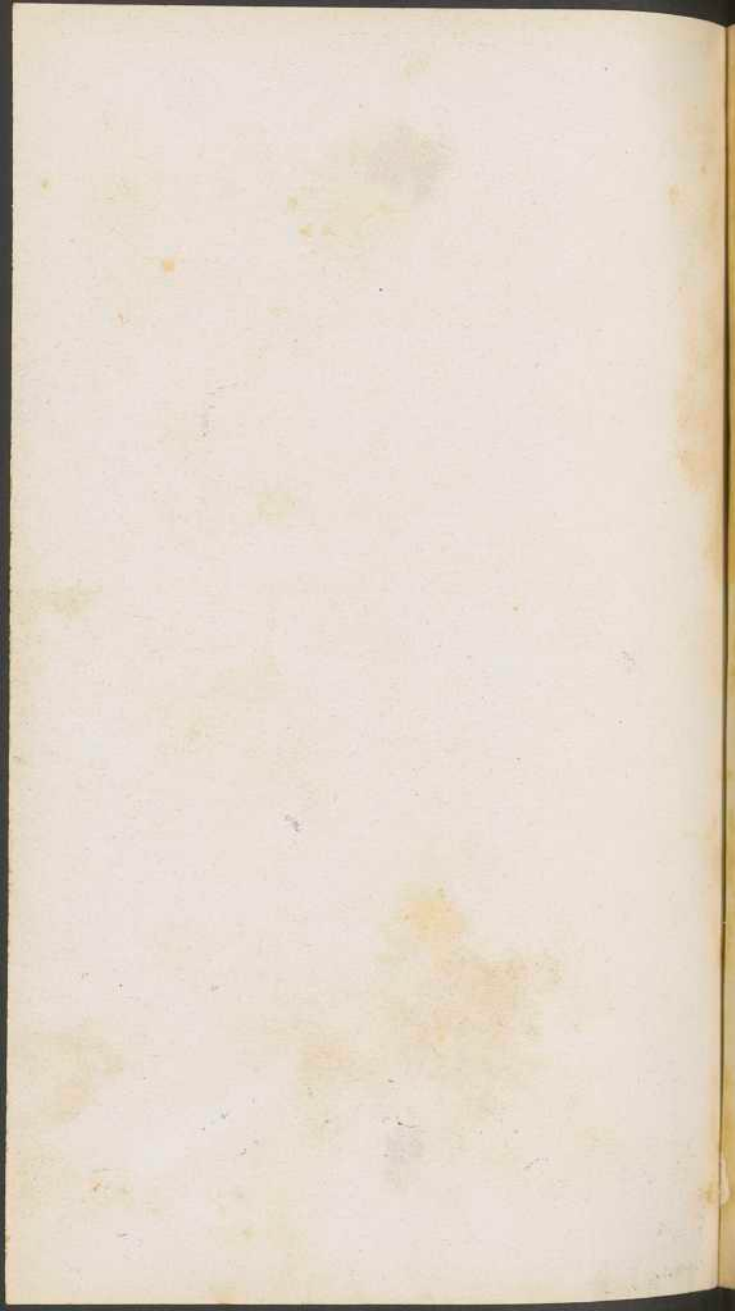


LA CORTE DE AMOR

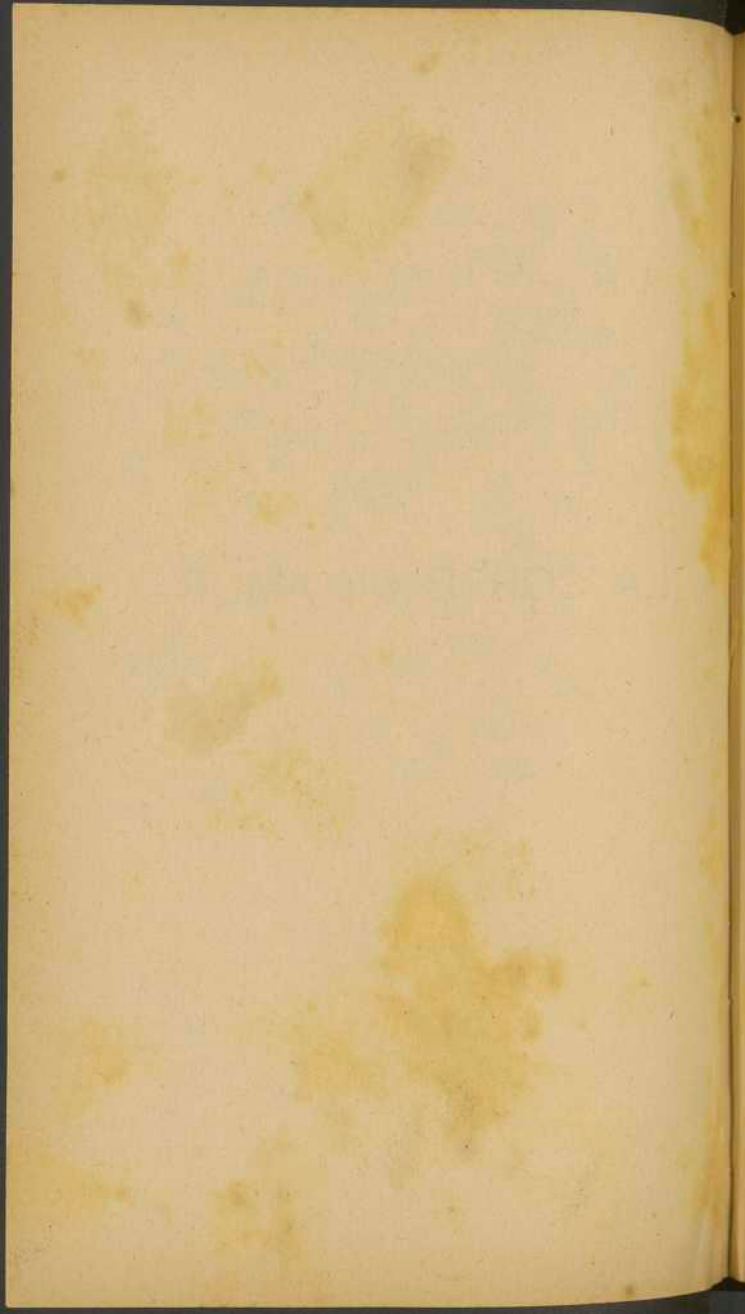
Por I. A.



CASA EDITORIAL LEZCANO
JESUS 10
BARCELONA
2 PESETAS



LA CORTE DE AMOR



DM/2752

LA CORTE== ==DE AMOR

NOVELA ORIGINAL

POR

== I. A. ==



CASA EDITORIAL LEZCANO

❖ Jesús, 10.—BARCELONA ❖

Es propiedad. Queda hecho
el depósito que marca la ley.



LA CORTE DE AMOR

I

Impresiones

- ¡Hermosa mujer!
- ¿Cual de las dos, Ricardo?
- La más alta. La morena. ¡Vaya unos ojos!
- La rubia es más elegante, más distinguida.
- Dame la morena y quedate tu con la rubia.
- Ya lo creo que me quedaría, vizconde, porque es una rubia encantadora.
- Pues los dos os quedareis iguales, amigos míos, objetó un tercero.
- ¿Porque? ¿Son casadas?
- No. Viudas.
- ¿Entonces?...
- Esas dos mujeres son imposibles.
- No digas semejante cosa, Lorenzo. No

hay mujer imposible cuando se sabe manejarla. ¡Digo!... ¡Y viudas!... cuando ya conocen la gracia de Dios!... vamos, chico, no digas eso.

—¿De modo que tu las conoces? dijo el vizconde.

—Mucho. Y cuando querais os presentaré en su corte—repuso Lorenzo.

—¡En su corte!

—Si. La corte del Amor. Formada por ellas y otras cinco amigas que no ceden a éstas en belleza ni en inteligencia.

—Pero ¿que estás diciendo, Lorenzo? Eso de las cortes de Amor, creí que no existían más que para los Juegos Florales; mas no sabía que las hubiese permanentes.

—Como que faltais de Madrid más de dos años y solo hace uno que se instituyó la de que os hablo.



Esta conversación sostenían tres caballeros, juvenes los tres, pertenecientes todos a familias distinguidas, ricos, elegantes y duchos en las lides de amor.

Ricardo Velez de Guevara, tenía treinta años; era huérfano, disfrutaba una renta de treinta mil duros, había viajado mucho, era una buena figura, fué héroe de más de una

aventura galante y si tenía fama de enamorado y de valiente, no la tenía menos de generoso y de caritativo.

En el Haber, de su vida, había muchos rasgos meritorios y en el Debe, no tenía que reprocharse una mala acción.

El vizconde de Utrera, Federico Palacios, era más rico que Ricardo; contaba veinte y ocho años y aun cuando su madre la condesa, residía en Utrera donde radicaban sus grandes posesiones, el vizconde pasaba su vida bien en Madrid, en París o en cualquier otra corte extranjera, sin que por esto dejase cada año de ir a pasar una temporada de un mes al lado de su anciana madre, que siempre esperaba con ansiedad, aquella visita.

Lorenzo Calderosa era un castellano viejo, franco, leal, simpático, expresivo, todo corazón, menos rico que sus dos amigos, pero hombre de orden, procuraba que su renta correspondiese a sus gastos en forma tal, que al terminar el año, si no había podido aumentar la tampoco cerraba su cuenta con déficit.

Cuando contaba quince años, murieron sus padres y tuvo la suerte de tener un tutor que supo dirigirle con tanta habilidad y tan desinteresadamente que le hizo terminar su carrera de ingeniero industrial y cuando cumplió la mayor edad le entregó su fortuna muy mejorada merced a su buena administración.

Los tres se habían educado en el mismo colegio en París.

Se separaron para seguir distintas carreras por más que el vizconde de Utrera ni Ricardo Velez pensaban utilizarlas y más tarde se reunieron en Madrid, donde el vizconde estudiaba para abogado, Ricardo para médico y Lorenzo para ingeniero.

La amistad de la niñez, se reanudó en la adolescencia y aquellos vínculos no se rompieron jamás.

En derredor de los tres condiscípulos se agitaban gran número de amigos pertenecientes, como se comprenderá perfectamente a lo más elevado de la sociedad, pero ninguno de estos podía contrabalancear la amistad que aquellos se profesaban recíprocamente.

*

* *

Los tres jóvenes se habían encontrado aquella mañana en la Carrera de San Jerónimo.

Hacía seis u ocho días que Lorenzo había regresado a Madrid después de haber inaugurado una vía férrea cuya construcción estuvo a su cargo, y sus amigos que el uno había estado en Alemania y el otro en Suiza llegaron a Madrid hacía tres días.

Lorenzo se dirigía a la casa de Ricardo Velez que la tenía en la calle del Príncipe cuando tropezó con sus dos amigos.

Detuviéronse hablando, en la esquina de la calle de Espoz y Mina, cuando por la acera opuesta pasaron las dos señoras que tanto llamaron la atención de Ricardo y el vizconde.

—Pero vamos a ver, Lorenzo — dijo el primero — explícanos eso de la corte del Amor, a que pertenecen esas dos señoras.

— Poco tiene que explicar — repuso el interrogado. — Es una asociación de damas ricas, jóvenes y desengañadas, que pretenden hacer pagar a los hombres los desengaños, los disgustos, o el desdén de que sus esposos o sus amantes las hicieron víctimas.

— ¡Hombre!... ¡Hombre!... ¿Sabes que eso tiene gracia? ¿Qué culpa tienen los demás del daño que uno haya causado?

— Por supuesto — dijo el vizconde — que eso no significa más sino que esas damas, más o menos legítimamente ofendidas, no han encontrado hasta ahora un hombre que les agrade.

— ¿Y ellas, hacen alarde de sus ideas?

— Como si lo hicieran. No hace mucho, Paco Herrera, un capitán de caballería, que supo salir victorioso en todos los peligros de la guerra, se enamoró ciegamente de Carolina Aramburu, una de esas señoras, la cual fué entreteniéndole durante algún tiempo hasta que finalmente le dijo que no pensaba contraer nuevas nupcias y que era en valde cuanto hiciera.

—Al menos, le desengañó — dijo Ricardo.

—Sí, pero al día siguiente de haberle hecho aquella declaración, Paco Herrera, desesperado se levantó la tapa de los sesos.

*

* *

Este final, no pudo menos de impresionar un poco, a los dos amigos de Lorenzo.

Por espacio de algunos segundos, permanecieron silenciosos.

Pero Ricardo, dijo después:

—No quisiera que mis palabras pudieran ofender al pobre muerto, más yo creo, que en su lugar habría procedido de otro modo.

—Sí a mí me hace una partida semejante—añadió el vizconde—ya podeis creer que de mí no se burla.

—No digas eso, Federico. Proceden de un modo esas damas, que no te dan ocasión para que las reconvengas. Son sirenas muy peligrosas. Creedme.

—¿Pero tu las tratas?

—Sí, las conozco. Ya podéis exigirles una respuesta clara, concreta; nunca os la darán. Unas veces porque toman por galantería no más, lo que las decís subyugado bajo el poder de sus encantos; otras porque son incrédulas en protestas de amor, pero al mismo tiempo con miradas, con sonrisas, con frases de esas que a nada obligan pero que sin embargo, alientan

esperanzas van formando la red en que quedais envueltos y cuando tratais ya resueltamente de despejar la situación, os dicen que ellas no pensaban que así hubiéseis tomado lo que solo eran muestras de afecto, de simpatía, delicadezas de la buena sociedad, pero nunca expresión de cariño suficiente para contraer nuevas coyundas matrimoniales ya que tan desdichadas fueron en las primeras. Y como efectivamente, no podéis justificar que os hayan dado una esperanza ni os hayan hecho promesa alguna, no os queda más remedio que deplorar el engaño de que fuisteis víctimas mientras ellas continúan la marcha que se han propuesto.

—Pues querido Lorenzo, me parece que esas señoras merecen...

—La suerte, que podéis estar seguros, alcanzarán. Por más escarmentadas que estén, por más que sus primeros esposos o sus amantes, las hayan hecho sufrir, reincidirán en el matrimonio, pero caerán en peores brazos que los primeros. Así como hay hombres que padecen una o varias equivocaciones, hay mujeres en muy gran número que son una equivocación continua, y como no quieren confesarlo van incurriendo en otras, contribuyendo ellas mismas a su desgracia.

—Vaya, pues a pesar de eso que dices—repuso el vizconde—y puesto que aseguras que

puedes presentarnos en el círculo de esas peligrosas sirenas, hazlo cuando quieras y veámoslas de cerca para conocerlas mejor.

— Por supuesto— añadió Ricardo— que de mucho puede servirnos todo lo que has dicho de esas señoras, y para nosotros tiene un gran valor todo ello, porque sabemos lo que realmente significa un juicio tuyo.

— Ya conocéis mi carácter. No me apasiono. Veo, oigo, observo, analizo y formo después de un detenido estudio, una opinión que quizá sea equivocada porque no presumo de infalible, pero generalmente suelo acertar.

II

Viajando en el Exprés

Jaime Casals de Ballesté, era catalán y fabricante de tejidos.

Hacia dos siglos que los Casals de Ballesté, de padres a hijos, fueron todos fabricantes de tejidos.

Empezaron, montando unos modestos telares en Berga, de donde eran oriundos, y desde entonces consagrados a su industria, olvidaron que habían sido nobles, en tiempos pasados, que habían tenido vasallos y riquezas, y que todo lo fueron perdiendo viéndose obligados a trabajar para poder subsistir.

«Siempre adelante» había sido la divisa de los nobles del Casals de Ballesté, y «siempre adelante» fué también la de los modestos tejedores.

En breve tiempo, sus tejidos ocuparon plaza en el mercado; los escasos telares apenas si podían servir los pedidos y fué necesario aumentarlos.

De Berga se trasladaron a Manresa y no tardaron mucho, a la segunda generación de los Casals de Ballesté fabricantes, ya se habían establecido inmediatos a Barcelona.

Los primeros que aplicaban a su industria cuantos adelantos se hacían en el extranjero eran ellos y tal prosperidad adquirió la fábrica que hubo de establecerse otra nueva y en la época a que nos referimos, más de tres mil trabajadores ganaban el pan en las fábricas de Casals de Ballesté.

Jaime, único heredero de la fortuna de sus padres que fallecieron tres años antes, había pasado gran parte de su vida en el extranjero.

Hablaba cuatro ó cinco idiomas, tenía conocimientos de todo lo concerniente a su industria y su firma como la de su padre era respetada y atendida en todas partes.

Veinte y siete años, buena figura, excelente educación, trato de gentes y una fortuna colosal adquirida por medio del trabajo hacían de Jaime un partido ventajosísimo para una mujer.



Pero Jaime tenía un defecto grave.

La mirada de unos ojos encantadores le trastornaba.

La sonrisa de unos labios sonrosados y frescos le desvanecía.

Su corazón era un volcán que estaba constantemente en ebullición.

El número de sus queridas era grande y su padre que ya había podido apreciar lo que era su hijo a fin de corregirle algo concertó su matrimonio con una encantadora americana, huérfana de un millonario de Chicago, que en compañía de su madre había estado en París donde la conocieron el padre y el hijo.

Quedó apalabrada su boda para el siguiente año, pero poco antes de espirar el plazo y precisamente en ocasión que Jaime estaba en Nueva York para adquirir una máquina para estampados considerada como una notabilidad, recibió la noticia de la enfermedad de su padre, que le obligó a regresar a Barcelona inmediatamente.

Miss Virginia Claymoore que esperaba a su futuro tan luego como éste hubiese embarcado la máquina en cuestión, para verificar su enlace, recibió un telegrama de Jaime diciéndole la novedad y su salida para Europa.

El joven llegó a Barcelona y pocos días después murió su padre.

Este acontecimiento trajo consigo una gran perturbación en la casa de Casals de Ballesté, perturbación que se prolongó durante algunos meses.

Arreglado ya todo, disponíase Jaime para emprender un viaje a Chicago para casarse.

cual cuando recibió un cablegrama del tutor de su futura anunciándole la muerte de la madre de Virginia.

Con mayor motivo, se apresuró a marchar a Chicago el joven fabricante.

Una vez allí, la huérfana manifestó resueltamente a su futuro, que no quería casarse hasta que no hubiera pasado un año de la muerte de su madre.

Aunque con gran disgusto, Jaime no tuvo más remedio que conformarse y de nuevo regresó a su patria, donde sus negocios reclamaban su presencia.

Así se pasó el año que había señalado Virginia.

Jaime, que estaba prendado realmente de la hermosa americana le dió aviso de que el mes inmediato iría a casarse.

Pero con gran sorpresa suya, recibió una carta de su futura en que le decía que habiendo tenido ocasión de reflexionar durante el año que había pasado, y convencida de que no podría ser feliz con el matrimonio proyectado, había dado su mano al hijo de un minero de California, cuyo carácter aventurero y valor reconocido se avenían mejor con su temperamento.



Afortunadamente Jaime sintió más la herida de su amor propio, que la de su corazón.

Todos sus amigos de Barcelona estaban enterados de su próximo casamiento y le mortificaba en gran manera que se enterasen de la causa de su ruptura.

Así fué que para evitarse explicaciones y eludir comentarios, resolvió marcharse a Madrid y pasar allí una temporada.

—¿Pues no te ibas a casar? —le dijeron sus amigos al saber que salía al día siguiente para la corte.

—Sí — contestó con indiferencia. — Pero el negocio es lo primero y la boda lo segundo. Me conviene mucho ir a Madrid para tomar parte en una subasta que me convendría quedarme, y después que la tenga segura me ocuparé del casamiento.

—¿Y qué dirá tu futura si ve que no llegas cuando ella creía?

—Que diga lo que quiera. No voy a perder una ganancia práctica por una boda que lo mismo puede verificarse dentro de un mes, que dentro de seis.

Y sin dar más explicaciones el siguiente día emprendió el viaje proyectado.

Una vez en el vagón, se colocó en un rincón saludando ligeramente a otros dos viajeros que iban en el mismo departamento y se entregó a sus reflexiones.



Lo único que sentía era que Miss Virginia, le hubiera pospuesto a un minero californiano, rudo, brutal, bebedor, jugador, con el cuchillo y el revólver siempre preparados para sostener sus razones y que la obligaría sin duda a llevar su misma vida de aventuras.

Y esto le era tanto más sensible, cuando él creía haberla hecho un gran favor porque tanto por su riqueza, como por su educación era o se juzgaba muy superior a ella.

Por otra parte, él se había ya formado sus ilusiones respecto a la vida conyugal.

Como consecuencia de la muerte de su padre, habíase quedado solo en el mundo.

Se habían roto bruscamente los lazos de la familia y sentía necesidad de crearse nuevos lazos para reconstituir el hogar que había perdido.

La resolución de aquella mujer destruía todos sus planes.

¿Qué debía hacer entonces?

¿Buscar otra mujer?

¿Dónde encontrarla tal como la deseaba?

Era preciso dirigirse en busca de lo desconocido.

Y lo desconocido aterra generalmente a los que se encuentran en el caso de buscarlo.

Como hemos dicho, Jaime que era asaz in-

flamable, había tenido más de una querida. Pero todas se le habían puesto al alcance de la mano.

Florasde paso que se cruzaban en su camino, las aspiraba más o menos según les duraba el perfume de la ilusión y las abandonaba después para que otros siguieran su ejemplo.

Pero para buscar una esposa, no sabía que hacer.

Su padre le proporcionó a Virginia y él la aceptó satisfecho.

Ahora, era muy distinto.

Tenía que ser él, quien la buscara.

Y buscar como hemos indicado, en lo desconocido le aterraba.

Reflexionando sobre todo esto pasó largo tiempo.

Y el tren seguía corriendo con vertiginosa rapidez.

Se detuvo para comer los viajeros, y Jaime bajó como todos y volvió a su departamento, donde encontró viajeros nuevos.

Se acurrucó en un rincón, y siguió reflexionando.

Pasaron las horas.

Distintas veces subieron y bajaron otras personas a su vagón y apenas se fijó en ellas.

De pronto, en Calatayud, se abrió la portezuela y una señora penetró en el coche y fué a sentarse frente a nuestro fabricante.



En el otro extremo del departamento iban tres caballeros ancianos que iban hablando de asuntos políticos.

Un perfume delicioso se esparció por el departamento desde el instante en que penetró en él la viajera.

Jaime, aspiró con afán aquella fragancia, fijó sus ojos en la persona de quien emanaba y de pronto cambiaron sus ideas.

A rey muerto, rey puesto —se dijo el catalán.

A falta de una mujer hay otras cien en el mundo entero entre las cuales se puede escojer.

Y pensando así, se entregó a un detenido examen de la recién llegada.

Y por cierto que esta tarea no tenía nada de desagradable.

Porque la dama era encantadora

Se había dejado caer en el asiento con cierta negligencia y por efecto del modo en que quedó el vestido al sentarse, dejó ver un lindo pie primorosamente calzado, y el arranque de una linda pierna aprisionada en calada y azulada media de seda.

El sombrero, coquetonamente colocado sobre su cabello rubio, abundante y rizado, permitía ver un cutis mate pero al cual prestaban una vida y un encanto extraordinario dos ojos azules de dulcísima expresión; una boca de

labios ligeramente gruesos y sonrosados y unos dientes blancos e iguales y sobre todo, un ho-yito en la barba que aumentaba su gracia.

Al hacer esta última observación, Jaime olvidó por completo a Chicago, al californiano minero y a Virginia.

Hasta se olvidó que hubiera una parte del mundo que se llamara América para no pensar sino en el medio que emplearía para entablar conversación con su vecina.

*
* *

Los otros tres viajeros, distraídos en censurar al gobierno y ocuparse de la felicidad de España, apenas si se fijaban en las dos personas que iban en el extremo contrario.

De pronto, Jaime sacó la petaca y ya se disponía para encender un cigarro, cuando como si se acordara entonces que iba una señora en el departamento, precipitadamente volvió a cerrar la petaca y se la guardó diciendo:

—Usted dispense. Pero esta maldita costumbre...

—Puede usted fumar, caballero—contestó la joven sonriendo.—Estoy muy acostumbrada, porque mi papá era un gran fumador.

—De todos modos, ¿señora... o señorita...?

—Lo segundo, caballero—le interrumpió la dama.

—Pues bien, señorita, no debo abusar de la bondad de usted.

—Ni yo pretendo que usted se mortifique por mí.

—Al contrario. Lo que se hace por gusto no causa mortificación.

—Pero va usted a privarse de satisfacer su deseo.

—En cambio disfruto de la compañía de una persona tan amable como usted.

—Muchas gracias—y añadió:

He oído decir en la estación que el tren llegaba con retraso.

—Cosa de poca importancia. Un cuarto de hora que lo ganaremos en el trayecto hasta Madrid.

—¿De modo que llegaremos?...

—A la hora reglamentaria.

La joven sacó de la bolsa de mano la Guía de Ferrocarriles, miró la estación que acababa de cruzar el tren y dijo:

—Todavía faltan dos horas para llegar.

—¿Le parece a V. mucho? preguntó Jaime.

—¡Ay! Si señor, mucho.

—Vea V. lo que son las cosas. A mí me parece muy poco, ahora.

—¿Y antes no?

—Antes no había tenido el honor de verla.

—Gracias por la galantería.

—Soy catalán, señorita, y no tenemos fama de serlo los catalanes.

—¿De modo que vendrá V. de Barcelona?

—Ayer salí de allí, con el propósito de pasar en Madrid algunos días.

—¿Para distraerse de sus negocios?

—Para distraerme de una contrariedad que he tenido.

—¡Caramba! ¡También es casualidad! — dijo la desconocida.

—¿Cuál? — preguntó Jaime.

—Que yo, salí de Madrid hace quince días para pasarlos en Calatayud, a fin de distraerme de un disgusto grave que había sufrido.

—¡Oh! El mío ha sido terrible.

—Y el mío inesperado.

—Por esa misma razón el mío me ha causado mucho más efecto.

—Otra identidad que hay entre los dos disgustos.

—Dispense V. una pregunta, señorita.

—Usted dirá.

—Si no es indiscreción, ese disgusto que ha sufrido ¿ha sido por algún asunto de familia?

—Algo de eso hay en él. Ha sido el causante un hombre.

—Y del mío una mujer — se apresuró a decir Jaime.

—¡Que coincidencia! — exclamó la joven.

Los dos jóvenes guardaron silencio algunos segundos.

La viajera dirigió la vista hacia el camino que iba recorriendo el tren.

Jaime contemplaba a su vecina.

Efectivamente era una coincidencia muy extraña que ambos se hubieran encontrado en el tren tal vez por una misma causa.

Deseaba Jaime conocer detalles; pero la joven parecía no mostrarse dispuesta a seguir la conversación.

Pero Jaime, que al olvidarse de la americana se sentía más y más atraído hacia su vecina, no sabía como reanudar la conversación.

La desconocida se llevó la mano al sombrero para arreglarlo porque había tropezado con el cristal de la portezuela, y se lo quitó.

Entonces quedó al descubierto aquella encantadora cabeza rubia y Jaime experimentó algo así como un desvanecimiento.

Era necesario a todo trance que el supiera quien era aquella mujer y que clase de disgusto podía haberla dado un hombre para que hubiese tenido que ir a pasar unos días a Calatayud para distraerse.

Así fué que dijo:

— Sin embargo, me parece que esa coincidencia que significó usted antes, no debe existir por completo.

— ¿Porqué no? preguntó la joven.

— Por las circunstancias que puedan haber mediado para los dos disgustos.

— Tal vez.

— El mío—repuso Jaime queriendo dar ejem-

plo para que su compañera le siguiera — ha sido de un género tal que no tiene explicación. Yo debía haberme casado con una americana, que si no era tan rica como yo, le faltaba poco. Esta boda fué tratada por mi difunto padre. Yo estaba ya disponiendo todos mis negocios para marchar a Chicago donde debía verificarse nuestro enlace, cuando recibí una carta en que mi prometida me participaba que no me moviese de Barcelona porque ya se había casado con un minero californiano que era más de su gusto. No crea usted que yo lo haya sentido porque a la verdad era una boda que arregló mi difunto padre sin tener en cuenta para nada mi corazón; pero me ha indignado por la forma en que se ha roto.

—Pero sea como quiera usted ha sentido esa ruptura.

—No señora y en estos momentos especialmente, me felicito por verme libre.

Y Jaime al decir esto fijó una mirada incendiaria en su encantadora vecina.

Y tan incendiaria debió ser, que las mejillas de la joven se enrojecieron ligeramente.

—Ya ve usted — prosiguió el catalán — si la he sido franco. Usted sola, sabe la causa de mi disgusto, que me ha proporcionado el placer de conocerla.

*
* *

La desconocida no podía menos de correspon-

der a la muestra de confianza que la acababa de dar su compañero de viaje.

Así fué que dijo:

—¿De modo que usted no estaba verdaderamente interesado por esa señorita?

—Confieso que no, pero me habría casado toda vez que mi padre lo había dispuesto.

—Lo mismo que yo.

—¿De modo que su futuro no era de su agrado?

—Ni me agradaba ni me era indiferente. Me había acostumbrado a verle y como desde la niñez ya se había hablado de nuestro matrimonio entre las dos familias...

—Vamos, lo mismo que yo.

—Pero él, sin duda pensó de otra manera y y cuando ya todo estaba dispuesto y señalado el día para nuestra unión, mi prometido encontró más agradable acompañar a una graciosa coupletista francesa, en la *tournee* que ésta iba a emprender, y me lo manifestó así en una carta de despedida que me envió. Ahí tiene usted lo que me ha pasado.

—De poco gusto ha dado prueba ese caballero.

—La coupletista es encantadora, positivamente.

—Pero usted vale infinitamente más que todas las coupletistas reunidas.

—Lo mismo que usted, sin duda, valdrá más

que todos los mineros californianos del mundo. Pero como sobre gustos no hay nada escrito...

—El mío se felicita en estos momentos de que se haya interpuesto entre usted y su futuro esa coupletista, y entre mi americana y yo, ese aventurero californio.

—Profundamente contrariada—dijo la viajera desentendiéndose de la felicitación de su compañero—salí de Madrid y en Calatayud he pasado unos días en compañía de mi tía.

—¿Y ahora regresará usted a Madrid?...

—A reunirme con mamá, que no puede permanecer mucho tiempo privada de mi compañía.

—Vea usted por donde, por diversas causas y ambos, con el corazón completamente libre, hemos venido a encontrarnos, cuando menos lo podíamos esperar.

—En cuanto a lo de tener el corazón libre, permítame usted que lo dude—dijo la desconocida sonriendo y fijando al mismo tiempo una mirada hechicera en su compañero.

—¿Por qué lo duda usted?

—Dudo, porque los hombres, en general, no se abaten fácilmente ante cualquier contratiempo amoroso. «A rey muerto, rey puesto» dicen, y después de todo, no les falta razón.

—Y si encuentran en su camino, persona en idénticas condiciones a las suyas—dijo Jaime—

surge en ese instante la simpatía; de esta a la confianza hay sólo un paso, y de la confianza al...

— Como vamos viajando en tren exprés, no tiene nada de particular que con tanta rapidez recorra usted la escala de las impresiones—dijo la viajera cortando la palabra a Jaime.

* * *

El fabricante se quedó algo confuso.

Pero esta confusión duró muy poco.

Coforme habían ido hablando, el tren había recorrido la mayor parte de la distancia que mediaba entre Calatayud y Madrid.

Jaime advirtió que se aproximaba a la corte y que todavía ignoraba quien era aquella viajera tan encantadora, y que tanta impresión le había causado.

Así fué que dijo de repente:

—¿Sabe usted, señorita, que se me ha ocurrido una idea?

—Más feliz es usted que yo.

—¿Por qué?

—Porque a mí no se me ocurre ninguna.

—Esta idea mía, nace de la coincidencia que nos ha unido.

—¿Otra vez?

—Ya lo creo. Como que soy de aquellas personas que creen que en el mundo, no existe nada que no deba suceder.

—Entonces hemos de suponer que ambos es-
tábamos destinados a ser engañados.

—Para reunirnos.

—¡Oh!...

—¿No opina usted que en nuestro encuentro
hay algo de providencial?

—No sé...

—Voy a explicárselo más claro, porque como
buen catalán no acostumbro a perder el tiempo.

—Usted dirá.

—Estamos ya muy cerca de Madrid y cuan-
do lleguemos a la estación tendremos que se-
pararnos.

—Desde luego.

—Por algo ha tenido lugar nuestro encuen-
tro.

—Hijo de la casualidad.

—Sea por lo que quiera. Yo he cumplido ya
los veinte y ocho años, y tengo una fortuna de
cien mil duros: Soy un hombre honrado y tra-
bajador, usted es una mujer encantadora y
siento algo que me atrae hacia usted como la
luz a la mariposa.

—Supongo que no pretenderá usted como
ella abrasarse en el fuego.

—Tal vez lo esté ya.

—Cuidado que eso sería peligroso.

—Permítame usted que continúe. El tren
entra ya en agujas y apenas nos queda tiempo.

Desearía que me concediese usted licencia para visitarla.

La joven pareció reflexionar.

—¿No me juzga usted digno de ello? preguntó Jaime.

La viajera, como adoptando una resolución dijo:

—Comprendo que lo extraño de nuestra situación avive su deseo.

Y abriendo el tarjetero que llevaba en la bolsa de mano sacó una tarjeta y se la dió a su compañero.

Y como en aquel momento, abrió el mozo de la estación, la portezuela, saltó ligera al andén y abrazó a una señora anciana que acompañada de dos criados estaba esperando sin duda.

Jaime miró la tarjeta y leyó:

«Angela de Arcos, marquesa de Monteblanco».

III

Cambiar de estado

El difunto marqués de Monteblanco, solo pudo dejar a su esposa y a su hija cuando murió, el lindo hotel que ocupaban en el barrio de Argüelles, una casa en la calle de las Huertas y una gran hacienda en Calatayud, produciéndole entre todo una renta que discretamente manejada por la marquesa les permitía vivir sin ostentación pero sin contraer deuda alguna.

Una buena cocinera, una doncella para su servicio y otra para su hija, un antiguo criado que hacía las veces de mayordomo y un criado, era toda la servidumbre.

En la cochera había una berlina y una carretela; cuatro caballos en la caballeriza, y un cochero, un lacayo y un mozo de cuadra.

El difunto marqués, no había sido un modelo de prudencia y aún cuando al casarse, reunía entre el capital propio y la dote de su esposa una fortuna muy regular, tal vez de prolongar más su vida, apenas si hubiese quedado a sus herederos, lo estrictamente necesario para vivir.

Cuando murió el marqués, su hija Angela contaba siete años y estaba educándose en el colegio de Loreto, donde permaneció hasta los diez y siete años que la sacó su madre para hacer su presentación en la sociedad.

Amigo íntimo el marqués, del conde de Santome, que se había casado tres años antes que él, y que al año de casado tuvo un hijo, cuando aquel se casó acordaron que si tenía una niña el marqués, sería la esposa del hijo del conde.

Y como el único vástago que tuvo el marqués, fué una niña, Angela acostumbró a considerar como su prometido esposo al heredero de Santome.

Más éste, según hemos oído a la misma Angela prefirió la cupletista francesa a la aristócrata madrileña, y la dejó en libertad para que eligiese a quien mejor le pareciera para darle su mano.

*
* *

Angela era preciosa, como había tenido ocasión de apreciar Jaime, había recibido una educación esmerada y como estaba dotada de inteligencia natural en los tres años que pasó al lado de su madre esperando cumplir los veinte para dar su mano al que la rechazó por fin, había podido hacer un estudio provechoso de la sociedad.

Algunas de sus condiscípulas se habían ca-

sado y pudo apreciar las condiciones de sus matrimonios, deduciendo de lo que observó, que por mucho que se pensara y por mucho cuidado que se llevase para elegir esposo, el matrimonio era una arca completamente cerrada cuyo contenido no podía descubrirse hasta el siguiente día de verificada la ceremonia nupcial.

Como había dicho muy bien a Jaime, no estaba ni mucho menos, enamorada del heredero de Santomé; se hubiese casado con él porque así estaba dispuesto, reservándose para obrar después, según el proceder que con ella siguiera su esposo.

Con lo cual queda ya demostrado que la encantadora Angelita tenía más cabeza que corazón.

Sin embargo, Jaime consiguió impresionarla un poco.

Su buena figura, su manera de expresarse y la fortuna que aparentaba tener, no la desagradaron y cuando de él se separó al llegar a Madrid, murmuró mirándole por última vez:

—Veremos.

A las pocas horas de estar Jaime en Madrid, ya averiguó donde estaba el hotel de la linda marquesita.

Esta indicó a su madre el extraño encuentro que había tenido en el camino; lo que el cata-

lán la dijiera y finalmente la autorización que le había dado para que las visitase.

—Será necesario, hija mía—la dijo la marquesa—que veamos de adquirir algunos informes respecto a ese caballero, porque ya sabes que a veces ni son todos los que aparentan, ni aparentan todos la maldad que guardan en su seno.

—Ya sabes mamá, y tu misma lo has dicho muchas veces, que yo tengo muy buen golpe de vista, y la impresión que ese caballero me ha causado no me ha sido desfavorable, de todos modos ya procuraré saber algo más, según lo que pretenda.

*

* *

Jaime, entretanto, por más que ardía en deseos de ir a visitar a su compañera de viaje, comprendía que no era correcto ir al siguiente día.

Pero ya que no podía ir, quiso escribirla pidiéndola que le autorizase para acortar el plazo que la buena educación exigía para su primera visita.

Varias veces empezó la carta y otras tantas la hizo pedazos.

Unas, le parecían sobradamente expresivas.

Otras, por el contrario, las encontraba ridículamente ceremoniosas.

Estas eran muy cortas; aquellas muy lar-

gas. En resúmen no encontraba ninguna de su gusto.

Por fin, encontró una, que si no le satisfizo del todo, por lo menos no le parecía tan mal.

Decía así:

«Señorita:

Veinte y cuatro horas hace que nos separamos y si por los latidos de mi corazón he de apreciarlas, me parece que ha transcurrido un siglo.

¿No habrá medio de acortar el espacio que las conveniencias sociales exigen para que yo pueda hacerle esa primera visita que con tanta ansiedad deseo?

De usted depende poner término a esta impaciencia de mi corazón.

¿Sería usted tan bondadosa que me autorizase para saludar a su mamá y al mismo tiempo poner término a la densa obscuridad en que me ha dejado la falta de luz de sus ojos?

Espera ansioso su respuesta:

S. S. S.

Jaime Casals de Ballesté.»

«Hotel de Embajadores»

*

* *

Pensando estaba la marquesita de Monteblanco, de quien se valdría para hacer alguna averiguación respecto a su compañero de viaje, cuando recibió la carta de Jaime.

Una vez que la hubo leído, se la enseñó a su madre que no pudo menos de decir:

—Parece muy vivo de genio este caballero.

—No me digusta eso, mamá porque demuestra que no es de los que acostumbran a perder el tiempo en escauceos amorosos. Se conoce que la impresión que recibió no se le ha desvanecido.

Y Angela sonrió con expresión satisfecha.

—¿Y la que tú recibiste, hija mía?—preguntó la marquesa.

—¡Oh! ¿Porqué te lo he de negar? Fué inmejorable. Me pareció algo inflamable, eso sí, pero le juzgué hombre formal y simpático.

—Sin embargo, a veces, bajo la piel de una oveja se suele esconder un lobo cerval. No conviene que nos fiemos mucho de las apariencias.

Aquella tarde y en ocasión que Angela estaba sola en el hotel porque su madre había ido a hacer algunas visitas, su camarera le anunció a la condesa de Rosales.

Esta era una condiscípula de Angela.

Salió del colegio cuatro años antes que la marquesita para casarse con el conde de Rosales y hacía dos que había enviudado.

Matilde Arenas que así se llamaba, no había sido nada feliz en su matrimonio.

Era realmente una mujer encantadora.

Tenía tres años más que Angela y de todas sus condiscípulas eras las que más se querían.

Joven, hermosa, viuda y con algunos bienes de fortuna, no la faltaron pretendientes, pero Matilde no quiso, como decía con mucha gracia, «repetir la suerte».

*
* *

Al anunciarla la camarera de Angela, exclamó ésta llena de alegría:

—¡Oh!... ¡En que buena ocasión llega!

Y salió al encuentro de su amiga que la abrazó diciéndola:

—Esta mañana he sabido en casa de Pepita Torres, que habías regresado ya de Calatayud y ya ves como me he apresurado a venir a verte.

—Precisamente estaba pensando en tí, cuando Rufina me ha anunciado tu visita.

—¿Y que tal, querida? ¿Has conseguido dejar enterrado en Calatayud el recuerdo de tu prometido?

—Debo confesarte que no he tenido necesidad de hacer grandes esfuerzos. Como tengo la seguridad que él, maldito lo que se acuerda de mí, no me he preocupado poco ni mucho respecto a su persona.

—Ya sabes que así te lo aconsejé.

—Y he seguido tu consejo.

—De modo que vuelves a Madrid, completamente libre.

—No tanto, querida Matilde.

—¡Cómo!

—Ya verás. ¡Si parece una novela!

—¿Y qué es más que una novela continua, nuestra vida?

—Te he dicho antes que pensaba en tí, cuando has llegado.

—¿Y era a propósito de esa novela?

—Si por cierto.

—Pues ya me tienes aquí y te escucho.

—¿No habías estado en Nueva York?

—Ya lo creo. Debes tener una porción de cartas mías fechadas en distintas poblaciones.

—Conservo algunas.

—Mientras, mi señor esposo, mezclaba más de lo conveniente la diplomacia con el amor...

—Sí, sí. Algo de eso me decías.

—Yo satisfacía mi pasión favorita de viajar y desde Nueva York a San Francisco hicimos más de un viaje.

—¿No te detuviste una buena temporada en Chicago?

—Sí. ¿Conoces a alguna persona de allí?

—Yo no. Pero tu puede que la conozcas.

—¿Cómo se llama?

—Creo que Virginia. Es muy rica.

—Virginia es nombre bastante común en aquel país. He conocido, en Chicago precisamente, una Virginia Okrane, casada y muy linda por cierto.

—No, no es esa.

—También conocí otra, muy guapa pero muy escéntrica. Montaba a caballo divinamente, jugaba toda clase de armas a la perfección.

—Esa... esa puede que sea la que yo te digo.

—Se llamaba Virginia... Claymoore, y era huérfana de padre.

—Creo que ese es su apellido... Sí... sí.

—Su madre apenas podía sujetarla. Era una especie de marimacho que solo gustaba de arriesgados ejercicios, de aventuras peligrosas...

—La misma; la misma—dijo Angela recordando lo que Jaime le había dicho.—¿Y tú la trataste mucho?

—Bastante porque su madre era amiga de una familia española que residía en Chicago. Y por cierto que ahora recuerdo que según me dijeron, debía casarse, o estaba comprometida, con un joven español.

—No digas más. Es ella.

—Y tú ¿qué tienes que ver con esa joven?

—Bastante—repuso Angela.—Todo es referente a esa novela de que te hablé antes.

—Supongo que en esa novela habrá algún hombre también.

—Desde luego.

—¿Le has conocido en Calatayud?

—No. En el viaje.

—¡Malo!

—¿Porqué?

—Porque sí—y añadió:

—Supongo que no iríais solos.

—No, mujer, no.

—Me alegro mucho.

—¡Pero Matilde!... ¡Por Dios!...

—Eres peligrosa querida Angela; créelo. Y quién quita la ocasión quita el peligro. ¡Son tan atrevidos los hombres!...

* * *

Angela no pudo menos que soltar la carcajada.

Recordaba los entusiasmos de Jaime, y no dejaba de comprender que su amiga no carecía de razón.

Esta continuó:

—Con que vamos, refiérme esa novela de la cual forma parte ese galán desconocido y la marimacho de mi amiga, la americana de Chicago.

—El galán desconocido, como dices, es catalán.

—Entonces será atrevido y brusco. He conocido muchos durante mi permanencia en Barcelona.

—¡Calla! Pues es verdad. También has estado en Barcelona.

—Como que mi marido era de Tarragona y tenía parientes por allí.

—Entonces conoces tal vez, al de quién te hablo. Es un fabricante muy rico.

—¿Cómo se llama?

—Creo que Jaime.

—¡Jaime!... Hay tantos que se llaman así en Cataluña... ¿No sabes que apellido tiene?

—Espera.

Y Angela sacando la carta que había recibido aquel día, buscó la firma y dijo:

—Jaime Casals de Ballesté.

—¡De veras!—exclamó Matilde sorprendida. Si los Casals de Ballesté son parientes de mi esposo.

—¿Qué dices, mujer? Este de quién te hablo es fabricante según me ha dicho.

—Justo. Es el mismo sin duda. Estos parientes de mi esposo, creo que perdieron su fortuna, y uno de ellos tuvo la abnegación de prescindir de sus títulos nobiliarios que solo de estorbo le servían y se dedicó a tejedor. Fueron afortunados, han trabajado mucho y han conseguido realizar una gran fortuna.

—Así parece.

—Y dime, niña. ¿De dónde conoces tú a estos parientes míos?

—Ha sido un capítulo de novela, como antes te dije.

Angela refirió a su amiga, con todos sus detalles lo ocurrido en el tren y la exigencia de Jaime en visitarla.

—¿De modo que vendrá a verte? dijo Matilde.

—Y más pronto de lo que yo creía.

—¿Porqué?

—Mira la carta que he recibido hoy.

Matilde la leyó rápidamente.

—No está mal escrita, dijo. Se conoce que mi primo va muy de prisa. ¿Y qué le has contestado?

—Todavía nada.

—¿Pero piensas hacerlo?

—Naturalmente. Fuera una descortesía dejar de contestar una carta.

—Y sobre todo cuando es carta de una persona que nos interesa algo. Pero todavía no me has explicado una cosa.

—¿Qué?

—¿Por qué me has preguntado por esa miss Virginia, de Chicago? ¿Qué hay de común entre esa dama y tu viajero del tren?

—Pues es muy sencillo, querida. Porque esa excéntrica norte americana era la prometida de tu pariente el señor Casals.

—¡Ah! Vamos, ahora lo comprendo. Sin duda mi primo te ha referido...

—Su ruptura con esa señorita, que parece ha preferido un aventurero de su país, un minero y cazador brutal y temerario tal vez, al fabricante millonario catalán,

—¿De modo que el prometido de quien me hablaron en Chicago, era mi primo?

—El mismo, por lo visto. Consecuencia del

disgusto que le ocasionó la ruptura con la americana, ^{fué} su viaje a Madrid con el propósito de distraerse...

—Y te cruzaste en su camino y la de Chicago se borró de su pensamiento, substituyéndola tú. Pues hemos de convenir que mi primo ha estado de suerte.

—¿En qué sentido?

—En que vales más que miss Virginia. Y si tú has substituido también en tu pensamiento al necio que te ha dejado por la cantante de café, con mi pariente, mira tú por donde podemos emparentar.

—¡Oh!... ¡oh!... Vas muy deprisa. Yo no le he contestado todavía.

—Pero estás deseando hacerlo.

Angela se ruborizó un poco, diciendo después de algunos segundos de silencio:

—Sí que me ha sido bastante simpático tu pariente, y que debo escribirle... pero... pero...

—Bien. ¿Qué quieren decir esos peros?

—Que vacilo respecto a la forma que he de dar a la carta.

—Pues si vacilas, no la escribas. Espera a recibir otra.

La marquesita hizo un gesto, significando que no estaba conforme con aquella dilación,

Su amiga no pudo menos de sonreirse, diciendo:

—Parece que no te agrada esa solución.

— Recuerda que tu primo dice en su carta que está ciego ansiando la luz que con mi respuesta puedo darle.

— Ya. Y tú compadecida de su desgracia no quieres aumentarla más. Está bien. Pues anda, escribe, hija, esbribe. Pero piensa lo que vas a escribir

— Tú me aconsejarás.

Angela abrió un lindo *secretaire* que formaba parte del mobiliario de su aposento, sacó un pliego de papel perfumado y se dispuso a escribir.

Matilde se puso a mirar por encima de su hombro lo que escribía.

La marquesita trazó la primera frase:

«Querido...»

— No—se apresuró a decir Matilde.— Eso no.

— Tienes razón—repuso Angela, haciendo pedazos el papel.— Es demasiado expresivo.

Empezó otra carta.

«Caballero:

He manifestado su carta a mamá, pues ya debe V. comprender que no puedo obrar por mí misma, y autorizado por ella puede usted cuando guste, venir a esta su casa, de tres a cinco de la tarde.

Recibimos los jueves, pero como no es justo que le condenemos a estar ciego cuatro días más, puede hacer su primera visita sin esperar al día indicado.—*Angela de Arcos.*»

Matilde no encontró nada que oponer a lo que su amiga había escrito.

El siguiente día, a la hora indicada, Jaime se presentó en casa de la marquesa y cuatro meses después, se celebraba con gran ostentación el matrimonio de la linda marquesita de Monteblanco con el millonario fabricante, don Jaime Casals de Ballesté.

IV

Una reincidente

Seis meses después del casamiento de Angelita de Arcos, iba un día Matilde por la carrera de San Gerónimo, cuando de pronto se detuvo una berlina que iba en sentido opuesto a la encantadora viuda y una hermosa cabeza de mujer apareció en la ventanilla del carruaje, y unos labios hechiceros exclamaron:

—¡Matilde!...

Se detuvo la berlina, dirigió la viuda la mirada hacia donde la llamaban y a la vez exclamó también con alegre expresión:

—¡Carolina!...

Esta, descendió del carruaje y las dos damas se abrazaron, diciendo la primera:

—No sabía que estabas en Madrid.

—Hace ocho días que he llegado, repuso la viuda. ¿Y tú?

—Yo llegué el mes pasado, contestó Carolina. Estuve en tu casa y me dijeron que estabas en Dieppe y que tal vez pasarías el invierno en París. Supe que Angelita de Arcos se había casado y estaba haciendo su viaje de bodas; que nuestra condiscípula Magdalena del Valle estaba en Londres con su esposo el Vizconde del Lagar, agregado a la embajada española; de modo, que de todas mis compañeras de colegio, no había ninguna en Madrid.

—Si, mujer. De las siete que formábamos la «peña de las presumidas», como decía la hermana Dorotea, cuando estábamos en Loreto, todavía residen en Madrid, María Morante, Esperanzita Argüelles y Soledad Castro.

—A estas tres las perdí de vista al salir del Colegio para casarme con Manolo Ibarra y como marché en seguida a encerrarme en Salamanca, si alguna vez he acudido a Madrid en vida de mi marido, únicamente he visitado a vosotras, y eso, acompañada siempre por mi guardián.

El acento con que Carolina pronunció estas últimas palabras, revelaban algo que no pasó inadvertido para Matilde, que no pudo menos de sonreirse diciendo:

—¿Pero de veras era tan celoso tu esposo?

—¿Qué si era?... Más que todo cuanto te puedas imaginar. Como que si Dios no se lo lleva a los tres años de haberme casado, antes de los cuatro me entierran a mí,

—Algo de esto me indicastes la última vez que estuvistes en Madrid.

—Y no pude decirte nada más porque no me dejaba a sol ni sombra. Yo no era dueña de salir a la calle si no iba con él. Todos los criados que había en casa eran hechura suya. Hasta mis doncellas era él quien las elegía. No podíamos ir a ninguna reunión, porque no toleraba que ningún caballero se dirigiese a mí para hacerme el más ligero obsequio. En fin, hija, era una vida la que me hacía llevar, completamente imposible.

—De modo, que ahora te parecerá que estás en la gloria.

—Cierto; pero después de todo no puedo acusarle sino de su excesivo cariño. Este le cegaba de tal modo que por efecto de el mismo me hacía desgraciada y lo era él también.

—¿Pero si por el exceso de ese mismo cariño hubieses muerto o hubieras saltado por encima de todo y tomado un rumbo?...

—Gracias a Dios, querida Matilde, he tenido la cabeza bastante firme y he sabido resirtirlo todo porque no creas, que si hubiese querido, ocasiones no me han faltado para hacerlo.

—¿Y cómo no te has decidido ya para establecerme en Madrid?

—Te diré. Tu sabes que la fortuna que constituía mi dote eran algunas tierras en la provincia de Palencia y Zamora, y la mayor parte en metálico que estaba en el Banco de Londres. Al hacerse cargo mi marido de toda ella, vendió las fincas rústicas y con el importe de éstas y el metálico del Banco, compró nuevos terrenos en la provincia de Salamanca.

—Empiezo a comprender.

—No; porque es imposible que te imagines lo que me ha pasado. No he tenido sucesión y mi marido murió casi de repente.

—Pero tu dote...

—Amiga mía, me armaron un lío de tal naturaleza los parientes de mi marido, que si no da la casualidad de que por aquellos días llegó a Salamanca uno de los diputados a Cortes, Faustino Ortega, el abogado, a quien tú debes conocer...

—Ya lo creo — repuso sonriendo Matilde. — El abogado más fino, más elegante y más enamorado que hay en Madrid.

* * *

Carolina no pudo menos de sonreírse.

Indudablemente algo debía saber respecto a la debilidad de Ortega, porque dijo:

—Ya sabe él que le conozco muy bien.

—Como talento no se le puede negar que lo

tiene, y su bufete es de los más visitados de Madrid.

—Faustino es hijo de un antiguo amigo de mi padre y me conocía desde que estaba en el colegio. Cuando salí de él, durante el tiempo que medió hasta mi casamiento ya estuvo haciéndome el amor, y aún casada ya, cuando estuvo en Salamaca para ponerse de acuerdo con los electores, trató de visitarme, pero mi marido para evitarlo me llevó a Portugal donde permanecimos mientras Ortega estuvo recorriendo el distrito.

—¿Y ha sido él quien se ha encargado ahora de tus negocios?

—¿Qué había de hacer? Me encontraba sola, aislada en aquella ciudad donde mi marido me había tenido casi reclusa y estaba envuelta en la red que me habían tendido todos los parientes del difunto, así fué que le dí poderes y gracias a Dios, ya he recobrado bastante y espero recobrar lo que me falta. Con este objeto he venido a Madrid.

—De modo que forzosamente debes estar muy agradecida a tu abogado.

—Es natural.

—Y de fijo te habrá recordado...

—Todo, hija todo. Y el caso es querida Matilde, que tiene un modo de expresarse...

—Vamos—le interrumpió su amiga—que estás en el camino de reincidir.

—Tanto como eso...

—No hemos de negar que Ortega tiene todas las condiciones para hacerse simpático a las mujeres. Buena figura, conversación distinguida, fino, galante, todo lo reúne tu abogado.

—Sí, pero no podrás negarme que los hombres cambian mucho desde el momento que se casan.

—¡Ay!... ¡A quien se lo dices!...

—Es verdad que tú también has tenido tu cruz.

—Por eso ne quiero exponerme a cargar con otra.

—Faustino que anatematiza a los hombres que por una razón u otra condenan a las esposas a una existencia desdichada, me parece que no ha de incurrir en el mismo pecado.

—No te fíes, querida Carolina. Generalmente los hombres, suelen ver muy clara la paja en el ojo ajeno, pero no distinguen la viga en el propio.

—En fin; como yo lo que deseo más que todo, es recobrar lo mío, tan luego lo tenga y esté ya establecida en mi casa, entonces veré lo que hago.

—Sobre todo piensa que viuda y teniendo para vivir con independencia, es el gran estado de la mujer.

—¡Ay! sí. Pero es tan triste la soledad de uno...

—Peor es la soledad de dos. Creeme. He pasado por esa soledad, y sé lo que es tener un esposo que nos deja abandonadas, que solo piensa en sus placeres, sin que se preocupe por nada de las lágrimas y de la soledad de su mujer. Eso es horrible.

—Pero permítame que te diga —repuso Carolina— que cuando se tropieza con un esposo semejante no debe quejarse si le pagan en idéntica moneda.

—Obrar de ese modo que dices, es rebajarse una misma, es querer vengar una ofensa haciéndose la mujer culpable del mismo delito del marido. No; jamás se me ha ocurrido buscar el desquite de ese modo.

—¿Pues de cual otro?

—Con la resignación, el llanto, el estricto cumplimiento de mis deberes.

Carolina hizo un gesto como desaprobando lo que su amiga acababa de decir.

Esta comprendió lo que significaba el gesto de su amiga y cambió la conversación preguntando:

—¿Y donde vives ahora?

—En casa de mis tíos. Una vez que tenga resuelto mi asunto, fijaré mi residencia en Madrid.

—Es natural, con mayor motivo si te casas con Ortega.

—¡Qué cosas tienes...! Es verdad que ahora no me deja a sol ni a sombra, más te aseguro que no le he dado esperanza alguna.

—Pero se la darás, Carolina. Y no solo se la darás sino que esa esperanza se convertirá en realidad.

—Después de todo, si no hubiese sido por él, estoy segura que no puedo sacar nada de lo que era legítimamente mío.

—Por eso te digo que no tendrás más remedio que casarte con él.

—Lo que encuentro más malo en Ortega, es que esté tan comprometido en política como está.

—¡Oh! La política en el día no es más que un medio para crearse una posición.

—¿Qué necesidad tiene él de eso? ¿Acaso no gana bastante con su bufete? ¿No es una verdadera eminencia en el foro? ¿Para qué quiere más?

—Tienes razón. Pero a veces los hombres no se contentan con lo que poseen y buscan lo que no les ha de dar más que quebraderos de cabeza.

—Eso mismo le digo algunas veces, pero me contesta que tiene ya contraídos grandes compromisos políticos y que no puede faltar a ellos.

—Mientras esos compromisos sean verdad...

—¡Oh! oh sí -- contestó Carolina con acento de profunda convicción, —Ortega no es capaz de engañarme. Realmente me ama.

—Más vale que sea así. De modo que ¿cuanto tiempo piensas estar en Madrid?

—Ya verás. Todo depende de las últimas diligencias que está practicando Ortega.

—En ese caso -- repuso Matilde acompañando sus palabras con una sonrisa -- ya procurará entretenerlas todo lo posible a fin de tenerte más tiempo aquí.

—No lo creas. Por el contrario. Lo que desea es que yo marche a Salamanca en seguida para que levante la casa y regrese a Madrid para establecerme definitivamente.

—¿Y se lo has prometido así?

—¿Qué había de hacer? Sabe pedir las cosas de un modo...

—Vamos, sí. Que no se le puede negar lo que desea. En fin, querida, ya tienes experiencia suficiente para saber lo que te conviene.

—Demasiada, hija, demasiada. Mi difunto que en paz descanse, me enseñó suficiente.

—Pues aprovecha esa enseñanza. Uno de estos días iré a verte y ya me dirás lo que has resuelto en definitiva.

—¡Oh! Eso ya te lo he dicho. Quedarme en Madrid

—No es a eso a lo que me refiero, es a lo otro.

—¿Qué?

—Lo de tu casamiento con Ortega.

—Sin duda que ya lo das por hecho.

—Poco le falta.

—¿Tú que sabes?

¡Ay! Carolina. Cuando las mujeres nos empeñamos en ver a los hombres bajo un prisma alhagador, cuando se abren los ojos y se toca la realidad, ya es tarde para poner remedio.

—Tú siempre has tenido un modo de ver las cosas...

—Y apesar de eso, ya sabes lo que me ha sucedido.

—Todos los hombres no son iguales.

—Pero se parecen mucho.

Las dos amigas se despidieron.

Cuatro días después, Matilde fué a visitar a su amiga.

Carolina estaba haciendo sus preparativos de viaje.

Sus negocios, gracias a Ortega, se habían arreglado como era de justicia.

Dentro de quince días, volvería a Madrid para establecerse.

Cuatro meses después, terminado el luto de Carolina daba su mano al abogado y diputado a cortes don Faustino Ortega.

Matilde estaba en San Sebastián cuando recibió la noticia y no pudo menos de exclamar:
—¡Pobre Carolina!

V

Dos buenas amigas

Magdalena del Valle, era otra de las siete condiscípulas de Loreto, que formaban, como hemos dicho la peña de las «Presumidas» como la hermana Dorotea calificaba el grupo formado por las jóvenes.

Y esta calificación tenía en parte su razón de ser.

Porque efectivamente, Matilde, Angelita, Carolina, Magdalena y Esperanza, orgullosas con sus riquezas, con su nobleza y su hermosura, estaban muy pagadas de su valer y miraban a las demás compañeras con cierto desprecio considerándolas inferiores a ellas.

--Mamá—decía una—ya me tiene elegido esposo para cuando salga de aquí. Y es un esposo rico; porque eso sí, mamá quiere que yo no carezca de nada porque como dice muy bien, las señoritas de nuestra clase no pueden ni deben casarse sino con hombres que puedan darles cuanto necesiten.

—Yo—decía otra—ya he significado a papá, en la última temporada que he estado en casa, que para casarme como él desea tan luego salga del colegio, quiero un esposo que no me niegue nada. Quiero dar grandes reuniones; la primavera quiero pasarla en París, el verano en Suiza o en Alemania, el otoño en Italia y el invierno en Madrid. Y si no es así no quiero casarme.

—Como mi papá—añadía otra—ha pertenecido al cuerpo diplomático, quiero que mi marido sea de antiguo abolengo, como nosotros, y diplomático. Secretario de alguna embajada y cuando menos agregado. Eso permite visitar cortes, alternar con lo más elevado, pasar la vida en una diversión continua, festejada y envidiada. Eso, amigas mías, eso. Ser envidiada es lo que debe desear toda mujer.

—Yo—decía otra,—no he puesto otra condición para el que haya de ser mi marido si no que sea muy rico. No me importa que sea feo o viejo. Como nobleza me basta con la de mi casa; lo que yo anhelo es brillar en la sociedad, que se elogien mis trenes, mis reuniones, mis trajes, eso es lo esencial.

—Pero ¿y el cariño? ¿y la ventura del hogar? ¿y la posesión de un hombre digno y amado? preguntaba alguna.

—Todo eso es secundario—contestaban aquellas.—Lo esencial, es lo que nosotras queremos.

El amor, como dice una amiga de mamá es una cosa baladí. El capricho puede satisfacerse, si se quiere, pero eso del amor y del sentimiento, de la fidelidad, es ya muy cursi, queridas. La mujer se casa para disfrutar y nada más.

De todas estas teorías participaba Magdalena del Valle y un año después de haber salido del colegio se unía a Feliciano Sanmillán, vizconde de Solaces.

El joven vizconde perteneciente al cuerpo consular, era otra cabeza sin seso como su esposa, y como regalo de boda, su padrino, que ocupaba un alto cargo en el Ministerio de Estado, consiguió agregarle a la embajada de España en Londres.

Si su mujer tomó el matrimonio como medio para disfrutar cierta independencia, penetrar en las más altas esferas, lucir valiosos trajes y escuchar franco galante, o bien oír algunas veces conceptos más o menos atrevidos, su esposo, que era guapo y simpático, lo tomó como autorización para sostener una o varias queridas, para jugarse parte de su fortuna y de la de su mujer y para exponerse más de una vez a tener algún lance desagradable.

No puede negarse, que Feliciano Sanmillán, era una figura arrogante y simpática, y que era el héroe de más de una aventura galante,

cuidándose muy poco de que su mujer se enterase o no de lo que él hacía.

Pero no le agradaba sin duda que Magdalena hiciera algo parecido a lo que él practicaba por cuanto un día que entró en las habitaciones de su esposa sin anunciarse y encontró en ellas un caballero que sostenía amoroso colloquio con Magdalena, cogió en brazos al galán y le arrojó por el balcón a la calle.

Afortunadamente, ni la calle era muy pasajera, ni el balcón era muy alto, pero el caso fué que al caballero no le pareció bien aquel procedimiento para salir de una casa, y en cuanto se curó la dislocación del brazo, que se ocasionó con la caída, pidió al vizconde una explicación respecto al modo expeditivo, que había empleado para colocarle en el arroyo.

Y se verificó un desafío y como el vizconde era más diestro que su adversario, no se contentó con la dislocación del brazo si no que le hizo una herida en el hombro opuesto, que le tuvo a tres dedos de la muerte.

Como es consiguiente hubo escándalo.

El embajador tuvo que tomar parte y por buena componenda, el vizconde fué trasladado a la embajada de Austria.

* * *

El vizconde temeroso de que en Viena, volbiera su esposa a conceder audiencias sin su permiso, a cualquier caballero austriaco, la

significó que lo mejor que podía hacer era marcharse a Madrid.

Pero Magdalena, con el trato de gentes, había aprendido lo bastante para saber lo que hacer.

Así fué que le dijo:

—En primer lugar, que tu, no audiencias breves, si no estancias de noches enteras y a veces de días, has estado haciendo, sin que yo haya intervenido para nada en ellas.

—Esa no es cuenta tuya, pues si yo he pasado alguna noche en domicilio ageno, ha sido en cumplimiento de mi deber. Un diplomático y en los momentos actuales en que hay tantos emigrados en Londres, tiene que vigilar para servir bien a su país.

—Y yo como buena esposa—repuso Magdalena, para ayudar a mi marido en el cumplimiento de sus deberes, daba audiencia al caballero español que tenía el cargo de vigilar por mi cuenta a esos emigrados que tanto te preocupan.

—En fin—dijo el vizconde.—Yo tengo que trasladarme a Viena por culpa tuya, y no quiero que me acompañes.

—No tengo tampoco interés en ello. Vamos al divorcio, y como no hemos tenido hijos, devuélveme mis bienes, de los cuales has gastado una buena parte, y me marcharé al momento.

El vizconde no había pensado en esto.

Efectivamente, en los dos años que habían pasado en Londres, la fortuna de ambos conyuges había sufrido una merma considerable.

Resultado; que los dos esposos marcharon a Viena y no hay para que decir, que siendo las vienesas caprichosas, y el vizconde enamorado, se representó la segunda parte de lo ocurrido en Londres.

Pero como no todos los esposos austríacos, llevaban a bien que sus esposas les proporcionaran un círineo que les ayudara a llevar la pesada cruz del matrimonio, hubo un consul que no pudo soportar semejante ayuda y el vizconde fué un día conducido a su casa con el pecho atravesado por una estocada de la cual falleció a las pocas horas.

Un escándalo más en la corte vienesa, un marido menos en la grey universal de esposos y una viuda de veinte y cuatro años disponible para los aficionados al género.

Magdalena, si no arrepentida de sus pasados extravíos, por lo menos algo más cauta, regresó a su patria para poder poner en orden sus asuntos financieros.

No muy bien parados estaban estos.

Tal prisa se habían dado a gastar los dos esposos que la brecha abierta en la fortuna de Magdalena era de gran importancia.

Esto la obligó a pasar un año retirada en

unas posesiones que tenía en Galicia, que estaban empeñadas y cuando a fuerza de economías consiguió levantar la hipoteca que sobre ellas pesaba, regresó a Madrid.

*
* *

Su íntima amiga Esperanza Argüelles, otra de sus condiscípulas, no había sido más feliz que sus demás compañeras, las que solo al casarse habían elegido esposos, no para satisfacer los sentimientos de su corazón, sino las ansiedades de su ambición y de su orgullo.

Los desórdenes a que se había entregado su esposo, le acarrearón una enfermedad, que al fin, después de grandes gastos le llevaron a la tumba.

De las siete que habían formado aquel grupo en el colegio, grupo célebre por la belleza y el ingenio de las que lo formaban, solo dos habían quedado sin casarse.

Estas eran María Monsante y Soledad de Castro.

La primera, que realmente era guapa y no carecía de ingenio ni de riqueza, tenía sin embargo dos defectos temibles.

Era envidiosa y coqueta.

Envidiaba a todas sus amigas, juzgándose superior a ellas en todo, y acumulándoles defectos que no tenían.

Había despreciado partidos ventajosos por

quererse dar importaneia, demostrando así que ningún hombre había conseguido llamar su atención, consiguiendo con esto, que finalmente ningún galán se aproximara a ella con propósito de casarse.

*
* *

La otra joven, Soledad de Castro, si no de una hermosura tan espléndida como la de sus compañeras, era también muy linda, y sobre todo muy simpática.

Su modo de pensar difería en gran manera del de sus amigas, pero como que a éstas no les hacía sombra alguna, y se mostraba siempre afectuosa para ellas, seguían queriéndola como en el colegio.

Soledad era pobre.

Precisamente tuvo necesidad de salir del colegio, porque su padre que era un comerciante sumamente rico y acreditado, sufrió una quiebra que le dejó arruinado, porque quiso cumplir como hombre honrado, y pagó a todo el mundo.

Soledad supo aceptar dignamente su nueva situación y utilizaba todo lo mucho que había aprendido en el colegio; y con el producto que esto le proporcionaba ayudaba a su anciana madre.

Todas sus condiscípulas la encargaban también trabajos muy delicados, que a veces los

hacían pasar por recibidos del extranjero, y con este motivo ninguna había roto con ella sus relaciones.

Ya había encontrado en aquel mundo a que pertenecían sus amigas, más de un hombre que deslizó en sus oídos alguna frase de amor, pero Soledad tenía el buen talento de comprender la diferencia que existía entre el oro de ley y el *doublé*, y sabía cerrar los oídos a cierta clase de proporciones.

Tales eran aquellas siete amigas que según Lorenzo dijo a sus amigos Ricardo y el Vizconde, formaban la especie de asociación denominada «La Corte del Amor» y en la cual prometió presentarles.

VI

Es necesario vengarse de los hombres.

Matilde Arenas, condesa viuda de Rosales, era como ya debe haber comprendido el lector, por las dos o tres veces que la ha oído expresarse hablando con sus amigas, la más discreta, y la de inteligencia más clara de todas.

Se había casado, tanto por complacer a sus padres, cuanto por verdadera inclinación, con el conde de Rosales, dispuesta a cumplir con

sus deberes, sin que la preocupasen todos los alhagos y todas las libertades que la sociedad concede a las mujeres casadas.

La educación que había recibido y el ejemplo de la existencia que llevaron sus progenitores le permitieron, al entrar en la nueva vida, precaverse de los peligros que pudiera haber en ella.

Por la posición que ocupaba, no tenía nada que ambicionar y sobre todo porque comprendiendo toda la grandeza y la importancia que tenían sus deberes como esposa y como madre, no se violentaba en lo más mínimo al cumplirlos.

Madre de un precioso bebé, al año de casada, aún cuando su esposo se empeñaba en que diese el niño a una buena nodriza, no quiso acceder.

Su madre la había criado a ella, y ella también criaría a su hijo.

De aquí empezó ya, la serie de sus disgustos.

Su marido no quiso resignarse a pasar la temporada de verano en Madrid.

Sus amigos se marchaban a Drippe Trouville, a Spa o a Suiza y él, no podía menos que acompañarles.

Matilde, criando a su hijo no podía emprender viaje alguno.

Cuando el conde regresó, había quedado con algunos de sus compañeros en reunirse en Niza dentro de poco, y a Niza se marchó, apesar de

los esfuerzos que hizo Matilde para detenerle.

Ya fuera por el disgusto que esto la ocasionara, ya porque la dentición se presentó laboriosa para el niño, el caso fué que murió.

La madre, ante la gravedad de su hijo, telegrafió a su esposo, juzgando que estaba en Niza.

Pero el conde había desaparecido de allí, sin que se supiera donde estaba.

Así fué que la esposa y la madre se encontraron solas en aquellos momentos de suprema angustia y de horrible dolor.

Por fin, tuvo el conde noticias de lo ocurrido en su casa, cuando estaba en Varsovia con una encantadora polaca que había conocido en Niza.

No tuvo más remedio que volver a Madrid.

*
* *

Matilde estaba inconsolable.

El conde no gustaba de lágrimas y reproches y pronto significó deseos de salir de Madrid.

Pero como no dejaba de comprender que obraba mal, para justificar su viaje consiguió con las relaciones que tenía, que se le otorgara una representación diplomática para Nueva York, agregado a la embajada.

Matilde no encontró razón que oponer para no acompañar a su marido y no tuvo más remedio que salir de Madrid.

Ya había empezado a comprender que el conde no era lo que cuando se casó con ella.

Pero supo ocultar cuidadosamente la herida que recibiera sin dar a entender nada a su esposo.

Comprendió que el mal estaba en el principio y que tal vez con su cariño y su inteligencia conseguiría curarle y a ello se dedicó con verdadero interés.

Los primeros meses que pasó en América parecieron infundirle alguna esperanza.

Mas de repente apareció en Nueva York la dama polaca y lo que la esposa había ganado en el corazón de su esposo, se lo hizo perder la recién llegada.

Nada más encantador que la reanudación de relaciones suspendidas por espacio de algunos meses.

Matilde advirtió el cambio, pero desconocía la causa.

Más no tardó en descubrirla.

Como era hermosa, discreta y honrada, y estas son flores que tanto ambicionan esas mariposas de salón que tan perjudiciales suelen ser para la paz de muchas familias, uno de los caballeros que mejor conocía las veleidades del conde y que estaba prendado de la condesa, acentuó de un modo tan marcado sus pretenciones que Matilde hubo de contestarle como se merecía.

El despechado caballero, la reprochó entonces porque no seguía el mismo camino que su esposo la trazara.

El efecto que en la joven produjo el conocimiento de lo que ignoraba, fué terrible.

Sin embargo, supo dominarse, y con más energía rechazó las proposiciones del pretendiente.

Muchas lágrimas costó a Matilde el conocimiento de la infidelidad de su marido.

Más no por esto le hizo ningún reproche.

Por el contrario, trató de alejarle de allí, pretextando la delicadeza de su salud.

El conde la dijo friamente:

—No tengo derecho para obligarte a que permanezcas donde tu salud corre peligro. Puedes regresar a Madrid cuando quieras, que yo por efecto del cargo que desempeño he de permanecer todavía aquí algún tiempo.

Matilde comprendió que el mal había adelantado mucho y a su pesar, hubo de decir algo que demostró al conde que su esposa conocía la verdad.

Pero ¿se contuvo acaso por esto?

Al contrario. Si algún reparo había tenido hasta entonces, toda consideración desapareció después.

Matilde, tanto porque la agradaba aquel país cuanto por ver si conseguía distraer a su esposo, le rogó que la acompañase en algunas expediciones que iba a hacer por las poblaciones más importantes.

El conde accedió al principio.

Acompañó a su mujer a San Francisco de

California, pero dede allí, pretextando los deberes de su cargo, la confió a una familia francesa amiga de ellos y regresó a Nueva York.

Matilde comprendió lo que aquello significaba y prosiguió su *tournee* por los Estados Unidos, regresando a Nueva York algunos meses después.

La existencia del conde no podía ser más deplorable.

A la pclaca, había seguido una italiana, y a esta sustituyó una cubana, gastando con ellas un dineral.

De los labios de Matilde no salió una queja.

Iba perdiendo una a una todas las ilusiones que había abrigado los primeros meses de su matrimonio.

Lo único que hizo fué, alegar el pretexto de su salud y regresó a Madrid.

Tal vez acarició, al tomar aquella resolución la idea de que su marido, siquiera por el bien parecer, la acompañaría o cuando menos iría pronto a reunirse con ella.

Pero no sucedió ni lo uno ni lo otro.

Matilde entró sola en su casa y sola permaneció en ella, hasta que algunos amigos de su padre, que tenían noticias de la existencia del conde, porque todas esas noticias se esparcen con gran rapidez, apreciando en lo que valía la conducta de aquella esposa que jamás se quejaba de su marido, que siempre estaba dis-

puesta para disculparlo, consiguieron que le privasen del cargo que ejercía y fuese a Madrid para dar cuenta del resultado de su comisión.

El conde llegó a Madrid hecho una furia.

Achacaba a su mujer lo que había pasado, y Matilde que encerrada en su casa, ignoraba lo que sus amigos habían hecho, se indignó por las frases conque su esposo la increpaba.

Otra nueva querida habíase traído consigo el conde y los escándalos de América se repitieron en Madrid con la agravante de que habiendo sido tan excesivos los gastos del conde en los tres años que llevaba de casado, como sus rentas no eran muy grandes, hubo de tocar al capital de su esposa.

Esta lo sabía, pero no le hizo cargo alguno por ello.

En cambio, el esposo, buscando un medio para subsanar la brecha abierta en la fortuna de su mujer, trató de hacerlo por medio del juego, y resultó que se aumentó la brecha más entre las queridas, los viajes y el juego. Un día le dijo el administrador, que no tenía ya ninguna finca que poder gravar más, ni nadie que descontase un pagaré con la firma del conde.

En cuatro años escasos, había destruído dos fortunas, hecho la desventura de una mujer honrada y deshecha para siempre la paz y la felicidad del hogar doméstico.

Entonces abrió los ojos, pero fué para recurrir al último extremo a que recurren los hombres que piensan como él.

Cogió un revólver, escribió dos cartas llenas de vulgaridades y fué a desenlazar el drama de su existencia a los jardines del Retiro.

* * *

Matilde lloró la muerte de aquel hombre que el mismo se había hecho desgraciado.

De sus labios no se exhaló ni una queja ni una censura.

Por el contrario, conforme le había honrado en vida, le honró muerto.

Procuró satisfacer las deudas que dejó y que eran bastantes; se retiró a un cortijo que poseía en Andalucía y por espacio de dos años se dedicó única y exclusivamente, con su administrador, antiguo servidor de su marido, a ver de que modo podía salvar algo de su fortuna.

Durante este período hizo algún viaje a Madrid, y en uno de ellos fué cuando como vimos en el capítulo III, estuvo a visitar a su amiga Angela de Arcos y ésta la consultó respecto a su aventura en el exprés, con Jaime Casals.

Más tarde supo que Angela se había casado con el rico fabricante catalán y después ya la perdió de vista conforme había ido perdiendo a todas sus demás condiscípulas, excepto a Soledad que no se había movido de Madrid, ni se había casado.

*
* *

A fuerza de economías y de una nueva y acertada administración, consiguió asegurarse una renta de veinte mil pesetas con arreglo a la cual dispuso sus gastos de modo que siempre pudiera quedarle un sobrante y entonces fijó de nuevo su residencia en Madrid

Poco a poco y como ovejas descarriadas que por fin vuelven al redil materno, fueron regresando a la corte, Angela, Carolina, Esperanza y Magdalena y como las únicas que no se habían movido de la corte eran Soledad y María entre ambas y Matilde cuando allí se estableció, fueron encontrando a sus antiguas compañeras.

Estas, como se comprende perfectamente, regresaban profundamente desengañadas de todas las ilusiones que se formaron al casarse y llenas de ira por el desengaño que cada una había sufrido

Pero ninguna confesaba que el mal había partido de ellas; que todas se habían casado por lucir, por brillar, por adquirir una independencia y una libertad de que no tenían como solteras.

El amor verdadero, el sentimiento, el cumplimiento de sus deberes, toda esto había sido secundario.

Lo demás era lo esencial.

Y precisamente lo esencial que ellas consideraban era lo que las había perdido.

Y no solo las había perdido antes, sino que según sus propósitos, seguiría perdiéndolas en lo sucesivo.

—Yo te prometo—decía Carolina a Matilde—que el hombre que a mí se dirija con amorosas pretensiones se va a divertir. Son muy recientes y muy graves las heridas que he recibido y para cicatrizarlas es menester que sufran ellos, tanto como yo he sufrido.

—¡Ay! Carolina. Creo que estás equivocada. ¡Pobre de tí, si llegas a enamorarte! la contes-
taba su amiga.

—¡Quién! ¡Yo enamorarme! Ni lo pienses si-
quiera. Si no me enamoré de mi marido cuando me casé, ¿cómo quieres que me enamore ahora?

—De ahí nació tu mal, querida Carolina. Si hubieses amado a tu marido, tal vez hubieras encontrado medio para hacerle variar de conducta.

—¿Y acaso tú, que le amabas, pudiste con-
seguirlo?

—Yo tuve la desgracia de que se me muriera un hijo y desde entonces empezó a desbaratar-
se. No es bueno el camino que tratas de seguir.

—Lo veremos.

—Todos los hombres son lo mismo — decía Angela—y el mejor se cree que su mujer le en-
gaña cincuenta veces. Si yo lo hubiera sa-
bido...

—Habrías pasado por lo mismo—la contes-

taba su amiga. Los dos os casasteis sin amaros. Tú por las riquezas que poseía Jaime y él por tu marquesado. Los dos equivocásteis el capricho con el verdadero afecto y satisfecho el capricho, uno y otro tratásteis de distanciaros todo lo posible.

—¡Oh! Es que Jaime me ha ofendido mucho.

—¿Y tú?

—Yo tenía razón.

—Siempre creemos tenerla, Angela. Desengáñate que en el mundo hay hombres malos y buenos.

—De esta última clase hay muy pocos.

—Ellos dicen también lo mismo de nosotras.

—Es que ellos tienen la culpa de que nosotras cometamos algunas ligerezas.

—Ligerezas que en nosotras constituyen faltas graves.

—¿Y en ellos?...

—No pensemos en ellos para pensar sólo en cumplir nuestro deber.

En vano era que Matilde tratara de hacer comprender a sus amigas, que por aquel camino, jamás llegarían al fin que se proponían.

Todas ellas hablaban de declarar una guerra abierta a los hombres.

—Afortunadamente—decían, hemos quedado viudas, jóvenes todavía, y por lo tanto nuestros encantos o nuestra riqueza, han de atraer a nuestro alrededor como moscas a dulcísimo

panal, muchos de esos galanes que tanto abundan en la corte. Todos, todos ellos deben sufrir nuestro yugo.

Un día, Angela, que después de Esperanza era la que se mostraba más dispuesta a escuchar las observaciones de Matilde, dijo:

—¿Por qué no haces una cosa, Matilde?

—¿Qué quieres que haga?—preguntó la condesa.

—¿Te acuerdas que en el colegio teníamos formada un «Peña», como esas que forman los señores hombres en el casino o en los cafés, que la hermana Dorotea al oírnos hablar de la nuestra la calificó de «Peña de las Presumidas»?

—Y por cierto que todas las que la formamos, hemos sido bien poco felices.

—Pues bien; ¿por qué no formamos ahora otra «peña» presidiéndola tú, que tienes más experiencia, denominándola «Peña de las Desengañadas»?

Matilde reflexionó durante algunos minutos.

Después dijo:

—¿Has hablado algo de eso con nuestras amigas?

—Sí. Se lo dije a Carolina y no le desagradó la idea. Quedó en hablar con Magdalena y yo me encargué de consultarlo contigo. Por supuesto, que también hemos de contar con María, porque esa detesta a los hombres, como nosotras, aun cuando no ha sido casada.

—Yo creo que esa, después de haber despreciado tantos, lo que desearía ahora sería encontrar uno que quisiera cargar con ella.

—Me parece ya algo difícil. Es la mayor de todas nosotras.

—Con quien debemos contar si acaso decidimos reorganizar nuestra peña, del colegio, es con la pobrecita Soledad. Tal vez bajo nuestra protección pudiera encontrar un esposo que la hiciera feliz.

La idea de Angela fué acogida con entusiasmo por sus amigas y a propuesta de Matilde, se denominó la extraña asociación en vez de «Peña de las Desengañadas», «La Corte de Amor», que quedó establecida en el lindo hotel de Angela de Arcos, marquesa de Monteblanco.

Por aquel invierno, la linda marquesita viuda, abrió sus salones, recibiendo en ellos lo más selecto de la corte, todos los viernes de cada semana.

Por más que el título que las viudas habían dado a su asociación, como se comprenderá muy bien, no se hizo público, algo debió traslucirse, y como realmente el grupo formado por las siete amigas, no podía ser más encantador, ni más atrayente, ellas mismas encontraron que en realidad era el que mejor le convenía.

VII

Enemigos que se estudian

El éxito que tuvieron los viernes de la marquesa de Monteblanco, durante aquel invierno fué extraordinario.

Porque el sexo femenino fué agrupándose al rededor de las siete amigas, y como es consiguiente la parte masculina se presentó en mayoría.

Matilde había conseguido mantener durante aquella temporada a sus amigas dentro de los límites de una discreta y galante cortesía, escuchando sonrientes y afables las ardientes protestas de algunos enamorados, sin aventurar frase alguna que pudiera comprometerlas.

Pero llegó el segundo año, y ya fuera por efecto de compromisos contraídos el verano anterior bien en Spa, Troerville, Vichy o San Sebastián, o viajando por Alemania, Italia o Suiza, ya fuese porque ninguna de las viudas se avenía a dominar el deseo que tenía de hacer daño a los hombres, el caso fué que hubo varios choques que no dejaron en muy buen lugar a algunas de las jóvenes.

Hubo quién dió esperanzas a un galán que realmente estaba enamorado, y cuando regresaron de su excursión veraniega y el caballero creyó encontrar la ratificación de lo que parecía haber quedado conforme en principio, se encontró conque había sufrido una equivocación lamentable pues tomó en un sentido totalmente distinto, frases que la dama pronunció sin intención alguna.

El caballero, estuvo quizás algo duro en su reconvención a la dama, y parece que hubieron de cruzarse frases algo fuertes; el caso fué que el galán deshauciado, no volvió más a visitar el hotel donde concurría la dama y las ausencias que de esta hizo, la favorecían muy poco.

Otro incidente que también ocurrió, por este mismo estilo, al empezar las reuniones de invierno, dieron pábulo al rumor de que la «Corte de Amor» no era más que una reunión de damas un tanto despreocupadas que habían formado sin duda, el propósito de divertirse con los incautos que cayesen en sus redes.

En estos momentos, precisamente fué cuando tuvo lugar el encuentro del ingeniero Lorenzo Calderosa con sus amigos Ricardo Velez de Güevara, Federico Palacios, vizconde de Utrera, en la Carrera de San Jerónimo, después de haber estado ausentes de Madrid los dos últimos, cerca de dos años.

Hablando estaban los tres, cuando acertaron a pasar por la acera opuesta Carolina Aramburo y Esperanza Argüelles, y al fijarse en ellas los dos amigos del ingeniero, pronunciaron las frases, que nos facilitaron la ocasión de presentarlos al lector.



Conocidas ya también las damas que tanta impresión produgeron en los dos amigos, y los antecedentes tanto de estas como de sus compañeras en la famosa «Corte de Amor», seguiremos a los tres caballeros en su conversación respecto a las que la provocaron,

—De modo—dijo Ricardo—que conoces a esas dos señoras.

Ya os lo he dicho. Y no solo a ellas sino a todas sus compañeras.

—¿Y nos presentarás?—preguntó el vizconde.

—Cuando queráis. Los viernes recibe la encantadora marquesita de Monteblanco que es una de las que forman parte de esa «Peña», tan peligrosa, y allí encontraréis a todas ellas.

—Pero estas dos que acabamos de ver, ¿las conoces bien?

—Como a todas. Sin embargo, de esas dos que habéis visto, hay una, Esperanza Argüelles, que me parece que tiene un poco más de sentido común que sus amigas.

—Esa Esperanza ¿cual es?—dijo Ricardo.—

¿La rubia o la otra?

—La rubia.

—Entonces es la mía.

—Mucho dices—repuso el vizconde sonriendo.

—Quiero decir, que es la que me ha gustado.

—Entonces la otra—prosiguió el vizconde—es la que según Lorenzo, carece de sentido común.

—Hombre, no exageres.

—Acabas de decir que Esperanza tiene algo de sentido común, lo que es conceder que las demás no tienen nada.

—Si tienen, no lo demuestran por lo menos.

—¿Sabes que con tus informes no quedan muy bien paradas esas señoras?

—Ya comprenderéis que únicamente por tratarse de vosotros os hablo así. En cuanto a los demás, como no me preguntan y aun cuando lo hagan contesto que nada sé, no tienen porque quejarse.

—De todos modos quedamos en que nos presentarás.

—Eso desde luego. Ya estais avisados y obraréis como mejor os convenga.

—Supongo que la mía, es decir la que a mi me gusta, tendrá nombre también, dijo el vizconde sonriendo.

—Sí, hombre, sí. Se llama Carolina Aramburu.

—¡Carolina!... ¡Bonito nombre!... Y viuda ¿eh?

—Viuda y joven y encantadora. Ya tu ves si tiene condiciones para agradar.

—Dices eso de un modo...

—Vamos... Lorenzo sin duda ha recibido algún desengaño y...

—No digas eso, Ricardo—repuso el ingeniero.—Si lo hubiera recibido, como a nadie tenía que atribuir mi desgracia, si no a mí mismo, me guardaría muy bien de dejar que el despecho me hiciera zaherir a la mujer que me engañara. A todas esas señoras, las he conocido por una amiga y condiscípula de colegio, de Matilde Arenas, condesa viuda de Rosales, persona dignísima con cuya amistad me honro, que supo ser buena esposa y buena madre y hoy viuda joven y tal vez más hermosa que sus amigas, ha sabido imponerse y hacerse respetar por su agradable trato y su inmaculada reputación. Y habéis de tener en cuenta que su esposo la hizo sufrir mucho, porque el diablo no tenía por donde cojerlo, y esta señora jamás exhaló una queja.

—Y esa señora tan digna y tan discreta como dices; ¿tiene amigas tan ligeras como las que forman esa corte de Amor?

—Sí, querido vize

senda tan peligrosa por donde querían marchar sus compañeras de colegio, sus amigas a quienes quería como hermanas, y procura aconsejarlas para evitar alguna otra caída peor que las anteriores. El despecho es un mal consejero y Matilde vió que todas esas compañeras de colegio que se habían casado tan mal, despechadas por la equivocación que sufrieran iban a incurrir tal vez en otras peores y no ha querido abandonarlas.

¿Y tú no le ayudas en esa benéfica tarea? — dijo con acento ligeramente irónico Ricardo.

— Nó. — Contesto Lorenzo. — No la ayudo, porque no me ha dicho el porque de su proceder. Lo he adivinado estudiándola, como he estudiado a cada una de sus compañeras; como he tenido que estudiar a muchos hombres con quienes he tratado. Porque como no he tenido grandes rentas como vosotros, para gastar, me ha sido preciso estudiar mucho para vivir y llegar al puesto que ocupo.

—Y de todo ese estudio, deduces que esas señoras son perjudiciales para nosotros, ¿no es eso? —dijo el vizconde.

—Podrían serlo, si no teneis cordura.

—Tendremos toda la que quieras, pero preséntanos.

*

* *

La presentación tuvo lugar en el hotel de

Angela y no hay para que decir que los dos caballeros fueron muy bien acogidos.

Patrocinados por el ingeniero que aun cuando siempre se había mantenido dentro del círculo de una respetuosa y cortés galantería sin propasarse jamás a demostración muy viva de afecto a ninguna de las señoras de la reunión, todas le apreciaban por su afabilidad, por su grata conversación y por su imparcialidad cuando se le exigía que emitiera una opinión.

Para todas era simpático y tal vez más de una había deseado que la tributase sus obsequios para aceptarlos, más ninguna lo pudo conseguir.

Para cada una tenía una flor; para cada una una frase delicada, un aviso afectuoso pero nada más.

Muchas de las señoras que asistían los viernes a las reuniones de Angela, habrían hecho cualquier sacrificio con tal de verle rendido y apasionado alguna vez, pero Lorenzo, sereno siempre, dueño de sí, constantemente, sabía burlar con gran destreza todos los ardides puestos en práctica para cojerle.

El vizconde de Utrera tan luego encontró ocasión propicia, se puso a hablar con Carolina que desplegó toda su seducción para mantenerle a su lado.

En cambio, Ricardo estaba hablando un buen rato con Esperanza, pero Magdalena, la viuda

del vizconde de Solares, desde que el joven entró en el salón, se fijó en él, y se aproximó a su amiga para invitarla a que la acompañase a tocar una pieza a cuatro manos y con ella se dirigió al piano.

Al terminar, algunos caballeros felicitaron a Esperanza y a su amiga; pero mientras aquella, cumpliendo con los deberes de buena educación, contestaba a las galantes frases de los que la hablaban, Magdalena se apoderó del brazo de Ricardo, diciéndole:

— Me parece que he tenido el gusto de verle en otra parte. ¿Ha estado usted en Dieppe, hace cuatro años?

— No sé si hace tres o cuatro, que estuve allí en la estación de verano.

— Pues sin duda debió ser en esa época cuando le ví.

— Tal vez... Si así fué, como no puedo dárlo, no me perdonaré nunca no haber tenido el placer de verla entonces.

— Triste placer por cierto fijarse en una vulgaridad como yo, cuando en aquella población se reunen tantas bellezas de distintas naciones.

— Pero siempre a una compatriota, igual o superior a aquellas bellezas, me hubiese sido más agradable poderla ofrecer mis respetos.

— Claro que sí, pero me parece si no recuerdo mal, que se los estaba ofreciendo y por cierto según decían, con gran entusiasmo a una en

cantadora americana, la señorita... la señorita... Tengo tan mala memoria...

—¡Mala!... No la califique usted con tanta injusticia cuando recuerda cosas...

—Que usted ha olvidado sin duda.

—Como se olvidan esas amistades pasajeras.

*

* *

Ricardo no sabía cómo desprenderse de la dama que se había apoderado de su brazo.

Su mirada se había dirigido más de una vez hacia el lugar ocupado por Esperanza, después de haberse separado de ella su amiga.

Esta, no pensaba sin duda en dejar libre a Ricardo, por que de pronto le dijo:

—¿Y qué tal le ha parecido esta reunión, donde según he oído, asiste por vez primera?

—¿Qué ha de parecerme, señora? Un rincón de cielo donde las mujeres son ángeles a quienes es necesario adorar.

—Exageración galante propia de un hijo de la poética Andalucía.

—Confesar ingenuamente la verdad—repuso Ricardo—ni es exageración galante ni debemos achacarla a los que hemos nacido en el suelo andalúz.

—Es cierto que aquí se reúne un precioso ramillete de bellezas. Allí tiene usted a mi hermosa amiga Matilde, condesa viuda de Rosales, a la dueña de esta casa, Angela, marque-

sita de Monteblanco, Esperanza Argüelles y algunas otras que son encantadoras; pero en Madrid, hay otras muchas bellezas que son superiores a estas.

—Observo que ha omitido usted, decir que de ese ramillete de bellezas que acaba de citar, forma usted una parte, la no menos valiosa.

—Como galantería puede pasar.

—Pero señora—dijo Ricardo deteniéndose un momento delante de un espejo—¿se atreverá usted a decir que es galante también ese espejo que está reproduciendo su semblante, conjunto de perfecciones?

—Repáre usted—contestó sonriendo Magdalena—que también reproduce el rostro de mi amiga Esperanza que está sentada enfrente.

—Lo cual no quiere decir más sino que reproduce dos encantos.

—El de la pobre Esperanza...

—Es más triste, más... más expresivo—la interrumpió Ricardo.

—Le parece a usted así.

—Desde luego. ¿Porque no? Es una señora muy simpática.

—Cuestión de gustos, sin duda—contestó Magdalena con algún despecho.—Hay otras personas a quien no les parece lo mismo, pues suponen que hay algo de fingido en ese aspecto.

—Lo que después de todo—repuso Ricardo—no tendría nada de particular, porque para acentuar un poco más la nota y hacerla más interesante, siempre hay que exagerar algo.

—¿Y eso le agrada?

—Como que no se trata de que me agrade o no, me tiene sin cuidado.

—Eso quiere decir que a pesar de encerrarse en este cielo, todos esos angeles de que antes hablaba usted, no ha encontrado ninguno que le agrade.

—Si soy un mísero mortal, ¿no comprende usted que sería una locura en mí, demostrar mi agrado por seres que no me han de corresponder?

—¿Y porque no?

—Entre lo puramente material y mezquino, como yo soy, y lo espléndidamente ideal que domina en esta reunión, media un abismo que el hombre prudente debe evitar siempre.

—¡Valgame Dios y que pesimista ha regresado usted de su viaje! Porque según ha dicho Lorenzo, hace poco que llegó usted a Madrid.

—Dispense usted la diga, que no es pesimista, sino convencimiento de como debo obrar.

—Vamos, ya veo que también usted pertenece a la misma escuela de Lorenzo. Meticoloso, alardeando de un puritanismo y de una discreción extraordinaria para tratar a las

señoras, a las cuales, apesar de todas esas exageraciones, les es muy simpático.

—Felíz él, si consigue ganarse las simpatías de esa hermosa mitad del género humano, que se llama mujer.

—Pues a él le importa muy poco por lo visto, porque no se ha dirigido en particular a ninguna.

—En lo que veo ha hecho perfectamente.

—¿De modo que usted lo aprueba?

—¿Como no, si con ello ha dado muestra de su buen talento? Así se ha evitado ofender a las demás.

—Vamos, está visto que son ustedes insoportables—dijo Magdalena haciendo un gracioso gesto de disgusto y separándose de Ricardo para cogerse al brazo de una amiga.

El joven se alegró de haberse librado de aquella viuda, aunque linda algo pegajosa, y se dirigió a hablar con Esperanza.

VIII

Comentarios

—Conque vamos a ver, amigos míos—decía Lorenzo a Ricardo y al vizconde después de haber almorzado en casa del primero.—¿Qué im-

presiones sacasteis anoche de la reunión de la marquesa?

—Sumamente satisfactorias. ¡Vaya una colección de mujeres bonitas que se reúnen en aquella casa!... Te aseguro que pasé un buen rato.

—Me alegro, vizconde, me alegro.

--Dices eso de un modo...

—Es que no he concluído todavía. Iba a decir que me alegro de que la impresión primera haya sido buena y que me alegraré mucho más, de que siempre sea así.

—¿Por qué no ha de ser? —preguntó el vizconde.

—Porque en el corazón de una manzana encantadora a la vista, suele encontrarse algo que emponzoña la existencia.

—¿Ya vienes con tus pesimismoes?...

—No. Con mis advertencias.

—Pues amigo mío, a mí me pareció encantadora Carolina Aramburu.

Y lo es.

—Además, como si la marquesa hubiera conocido la impresión que su amiga me había causado la encargó que me fuera presentando a todas sus amigas y ya comprenderéis que...

—Sí, que te aprovecharías de aquel encargo para estar haciendole el amor toda la noche—repuso Ricardo.

—Lo que tu habrías hecho en mi lugar.

Y que no lo pude hacer porque me cayó en suerte una vizcondesita de Solares que creí no me dejaba en toda la noche. La maldita, no se si supondría que yo tenía deseos de hablar con Esperanza.

—¿Acaso te habló mal de ella? — preguntó Lorenzo.

—No le dí tiempo. Me parece que si la doy un poco de cuerda la hubiera puesto...

—Conozco el sistema, querido Ricardo—contestó Lorenzo sonriendo.—¡Tiene una lengua!...

—Parecía como si se hubiera propuesto impedirme que fuese a hablar con Esperanza.

—Si había comprendido que tenías algún interés, de fijo que lo hacía intencionadamente.

—¡Oh! Pues sí llegó a comprenderlo, te aseguro que me oirá en otra ocasión.

—No hagas tal, querido Ricardo. Al contrario; no des muestras de haberlo comprendido porque entonces tendrías en contra todas sus amigas y la verdadera víctima sería Esperanza, que como ya te he dicho es la que tiene algún sentido común.

—De modo que tu opinas...

—Nada. Ahora estás avisado. Conoces a las mujeres con quienes estás en contacto. Tienes talento suficiente para saber lo que has de hacer y ya comprenderás que no debo cargar con la responsabilidad de un consejo que pudiera darte.

—Yo llegaré hasta donde pueda. ¿No te parece?

—Pero ten cuidado como llegas, porque me figuro que has de tener más de un disgusto.

■

■ ■

La entonación que Lorenzo dió a estas palabras, no dejó de impresionar a los dos amigos.

Sin embargo, Ricardo se reaccionó al momento y dijo:

—El caso es que a mí me gusta Esperanza y haré lo posible porque me corresponda.

—Lo mismo digo, respecto a Carolina—dijo el vizconde.

—Esa es más peligrosa que Esperanza y que la vizcondesa de Solares.

—Tú dirás lo que quieras, Lorenzo, pero conmigo estuvo muy razonable.

—Naturalmente, hombre. No había de dejarte ver lo que era, desde el primer momento. Tú, no debes tener en cuenta más que una cosa.

—¿Qué?

—Que ha estado casada dos veces,

—Mejor. Eso prueba que...

—Sí—le interrumpió Ricardo, que sabe enterrar maridos.

—No — contestó el vizconde — que ama al sexo masculino.

—Por el contrario, le detesta.

—No lo creas.

—Ella lo dice y sus compañeras que tampoco han quedado muy bien paradas en sus matrimonios, piensan como ella.

—Que me acepte, que después ya veremos si se harta de mí.

—Si se lo propones, desengáñate, Federico, que se burlará. ¿Y qué necesidad tienes de eso cuando hay en el mundo tantas mujeres tan encantadoras como Carolina y no tan vengativas como ella?

—La cuestión es, que tendría que buscarlas, mientras que a ésta, la he encontrado ya.

—Yo te felicité por el encuentro.

—Tú has tenido la culpa de él.

—¡Yo!

—Tú, sí. Por estar hablando contigo nos detuvimos en la Carrera de San Gerónimo. Ya lo sabes.

—Hombre, dijo de pronto Ricardo.—Quería habértelo preguntado y se me pasó. Creo que también hay otras dos amigas de las viudas, que están solteras. Eso me lo participó también mi vizcondesa.

—Sí. Otras dos condiscípulas.

—Una me la dió a conocer; es muy guapa. Creo que se llama Soledad.

—¿Qué te dijo de ella?—preguntó vivamente Lorenzo.

—Nada malo, hombre. Nada malo. No te alteres así—repuso Ricardo.

A que salimos ahora — añadió el vizconde con que nuestro amigo que tanto nos predica contra esas señoras, tiene también su privilegiada... Digo, y si apesar de lo que antes dijo, la condesa de Rosales es otra de sus predilectas, tendremos que nuestro catoniano Lorenzo Calderosa no tiene una, sino dos favorecidas entre las damas de la Corte de Amor.

Lorenzo no pudo menos de sonreirse.

—Calla, mala lengua, calla. Me parece que me conoces demasiado para que creas lo mismo que acabas de decir. Tanto Matilde de Arcos como Soledad de Castro no tienen necesidad de que yo las favorezca ni yo pretendo sus favores. La condesa tiene muy bien sentada su reputación y Soledad, aunque pobre es tan honrada y tan buena, que si a ella se parecieran otras de las que fueron sus condiscípulas en Loreto, no se verían tan señaladas con el dedo como ahora lo están. Cualquiera de las dos, tened presente lo que os digo, honrarán al hombre que se fije en ellas y sepa apreciar sus cualidades.

— Hombre. Parece que has tomado muy en serio lo que he dicho sin pretender ofenderte —repuso el vizconde,

—Ya lo sé. Pero deseo que tengais presente, ya que entrásteis en el círculo donde se encuentran todas estas damas, que conozcáis a unas y a otras y no os dejéis llevar por lo que otros

os digan. Ignoro lo que la vizcondesa pueda haberte dicho de Soledad, pero ten presente, que esa joven, nacida en una posición muy desahogada, tuvo que abandonar el colegio porque su padre el banquero D. Francisco de Castro, quedó arruinado por la quiebra de una compañía inglesa en la cual estaba comprometido. Que el banquero cumplió todos sus compromisos y se quedó en la miseria, y su pobre hija se vió obligada a utilizar cuanto aprendió en el colegio para sostener a su padre, a cuyo lado estuvo hasta su muerte. Que ha sabido luchar valerosamente con la desgracia, que ha preferido vivir pobre a aceptar proposiciones vergonzosas que la hubieran proporcionado vivir en la abundancia, y que hoy, todas sus condiscípulas la admiten en su casa y la favorecen porque los trabajos que les hace y el buen gusto que tiene para sus trajes y adornos, las permite decir que son obra de modistas extranjeras, siendo así, que son las manos y la inteligencia de su desgraciada compañera las que las han realizado. Esa es Soledad de Castro, a quién nunca ha desamparado esa otra noble y honrada mujer, que se llama Matilde Arenas, y por esa razón son criticadas y censuradas, por otras que no se encuentran a su misma altura.

*
* *

También el siguiente día por la tarde, en

casa de Angela, estaban Magdalena y Carolina hablando de los dos caballeros presentados por Lorenzo la noche anterior.

Era uno de esos días del mes de noviembre, días grises en que la llovizna, y la frialdad de la temperatura alejan de los paseos, a los habituales concurrentes cuando el sol y el cielo despejado convida a disfrutar de ellos.

Magdalena había ido a casa de Carolina en ocasión que ésta se disponía para salir.

—¿Dónde vas con este día tan desagradable? preguntó la recién llegada a su amiga.

—Como supongo que Angela no habrá salido de su casa—repuso Carolina— he pedido el coche para ir a comer con ella.

—Pues iremos juntas. Precisamente yo he dado orden en casa para que no me esperen, pensando que me darías un lugar en tu mesa, y así seremos dos las que haremos compañía a Angela.

Magdalena despidió su carruaje, y en el de Carolina marchó al hotel de la marquesa de Monteblanco.

Las tres amigas, hablaron durante un buen rato, del tiempo, de modas y finalmente llegaron a ocuparse de la reunión de la noche anterior.

—Ya te ví que estabas sosteniendo una conversación muy animada con uno de los caballeros que presentó Lorenzo. Y te aseguro que

me pareció un hombre muy simpático —dijo Angela a Carolina.

—Eso sí. Es muy simpático y habla, por los codos, hija. Para todo tiene contestación pero una contestación ingeniosa.

—Vamos, ¿a que conseguirá desbancar a Mariano Romero?— dijo Magdalena.

—¡Oh! Eso si que no. Mariano ya se yo que es un bribón, que me engaña cuanto puede, pero es tan mimoso, tan retepillo, que hay que perdonárselo todo por la muchísima gracia que tiene.

—Pero mujer, ¿es posible que te hayas chiflado de esa manera por Romero?

—¿Qué queréis que os diga? Muchas veces, quiero romper con él, porque ya sabéis que tengo motivos para ello, pero si así lo hago, me expongo a perder todo lo que le he dado.

—¡Bién tonta has sido!

—¿Qué había de hacer, si sabía que había jugado sobre su palabra y había perdido? ¿Como podía negarle los dos mil duros para que levantase la hipoteca del cortijo de Córdoba que le iban a vender?

—Ya te dije—repuso Angela—que Marianote arruinaría y finalmente no se casaría contigo.

—Eso sería lo peor que podía hacer—añadió Magdalena.

—Es que yo tampoco quiero que se case.

—Ya lo creo—dijo Angela—si ya estais ca-

sados... Parece mentira que hayas tenido tan poca calma.

—Eso es; solo falta que vosotras que sois las únicas que lo sabeis, vayais a pregonarlo por ahí.

—Demasiado sabes que no lo haremos—contestó Angela. Lo mismo Magdalena que yo, cuando supimos lo débil que habías sido te dijimos nuestra opinión y te aconsejamos que ya que habías cometido la falta, procurases romper, para evitar consecuencias.

—Bien, bien. Todo eso lo sé. Pero lo que yo quiero es ver si recobro lo que me debe.

—Y no lo recobrarás nunca y sabe Dios donde podrás llegar.

—Si ese vizconde de Utrera con quien hablaba anoche quisiera...

—¿Qué?—preguntó Magdalena sorprendida.

—Otra nueva locura—añadió Angela.

—Una locura—repuso Carolina—enjendra otra, y si yo consiguiera enamorar al vizconde...

—Provocarías un lance entre él y Mariano a quien ya ví anoche que os estaba observando y sobrevendría un escándalo.

—Entonces sí que podría romper con Mariano.

—Calla Carolina, calla, no digas disparates.

* * *

Carolina comprendió que había dejado ver demasiado el juego que quizás pensaba seguir

y durante algunos minutos permaneció silenciosa.

Después cambiando de conversación y dirigiéndose a Magdalena dijo:

—Pues veámos, que tu también te llevaste casi toda la noche hablando con el otro amigo de Lorenzo.

—No tiene nada de particular. Había conocido a Ricardo Velez en Dieppe hace tres años y volvimos a reanudar relaciones—repuso la vizcondesa de Solares. — Además, había otra circunstancia también.

—¿Cuál?—dijo Angela sonriendo.

—Mujer, ya verás No se porque me figuré que Ricardo que había estado hablando un rato con Esperanza, parecía encontrarse muy a gusto a su lado y por hacer rabiar a esa compañera nuestra que tanto alardea de formal y siempre censura lo que nosotras hacemos, procuré llevarme a Ricardo y conseguí que pasase a mi lado la mayor parte de la noche.

—Vamos, que también te ha gustado el otro amigo de Lorenzo,—dijo Carolina.

—Como que es una persona muy agradable.

—Todos los amigos de Lorenzo,—dijo Angela—son tan simpáticos y tan agradables como él.

—No puedes negar que Lorenzo ha sido siempre tu preferido.

—Sí, no lo niego, Magdalena. Si me hubiese dicho algo, podeis estar seguras que le habría aceptado sin vacilar.

—Pues hija,—repuso Carolina, con cierta vengativa satisfacción—lo que es él, parece que a quien se inclina es a esa tonta de Soledad.

Angela no pudo menos de palidecer.

—Es una hipócrita,—prosiguió Carolina. Por supuesto, que la culpa la tenemos nosotras como dice muy bien María Morante.

—Maria —repuso Angela—habla mal de todo el mundo y ella que tanto dice de Soledad, es la que siempre la está mimando para que le haga los trajes más elegantes, e invente los adornos de mejor gusto.

—Lo que hacemos nosotras también. Para eso la pagamos.

—Por supuesto, que en lo que hicimos muy mal, fué en haberla permitido alternar con nosotras—dijo Carolina.

—Eso fué cosa de Matilde.

—Ya se ve; como que las dos nos censuran todo cuanto pueden.

—Y lo peor es,—añadió Angela—que Soledad con las alas que le da Matilde, se presenta en el salón afectando una tiesura y alardeando de una virtud que... que no sabemos si es verdad y hace que algunos hombres la elogien y la ensalcen.

—Como Lorenzo, que parece se ha convertido en su panegirista,—dijo Carolina.

—Y no tendría nada de particular,—añadió Magdalena—que ella haya contribuído a evitar que Lorenzo hiciere el amor a Angela.

—No, Lorenzo no se ha fijado nunca en mí,—repuso la Marquesa.

—¿Qué sabes tú, mujer? Lo que debemes hacer, es evitar que Soledad asista a nuestras reuniones. Ya que como ella misma dice, tiene que vivir de su trabajo, que no salga de la esfera de una trabajadora.

—Harto hacemos nosotras con darle trabajo y pagarla más que a cualquier otra.

—Eso quien lo ha de hacer, eres tu misma, Angela— puesto que eres la dueña de tu casa.

—Ya veréis, amigas mías. Eso es muy delicado,—contestó la marquesa.

—Pues si con esas delicadezas andas, ten la seguridad que no poseerás el amor de Lorenzo.

—¡Oh! Si yo supiera que podía conseguirlo.....

—Si no pones los medios para ello...

—Ya veremos, queridas, ya veremos.

Y las tres jóvenes siguieron hablando hasta que las avisaron que podían pasar al comedor.

IX

El pretendiente de María Morante

Mariano Romero era uno de tantos vividores como hay en el mundo, que desde muy joven se había propuesto vivir a costa de las damas, y hasta el momento que hablamos, hay que convenir que se había salido con la suya.

Esta clase de existencia, suele tener también sus quiebras, pero Mariano procuró siempre evitarlas, preparándose con tiempo.

Había sido hijo único de modestos padres que querían a su hijo como a las niñas de sus ojos, y que por efecto de este cariño le hicieron ser un perdido.

El chiquillo era listo; gracioso como nacido en el barrio de Triana, guapo porque su padre carpintero, y su madre cigarrera de la fábrica de tabacos de Sevilla, lo eran, pero holgazán y travieso como él solo.

Las travesuras del muchacho les hacían gracia a los padres; la holgazanería, según decían ellos, ya le desaparecería cuando tuviera que ganarse la vida y el ser un poco embustero, era defecto propio de todas las criaturas.

Mariano aprendió en la escuela, en buen tiempo a leer, escribir y contar.

El padre, con muy buen sentido, quiso que su hijo aprendiera el oficio con él; pero la ma-

dre se empeñó en dedicarle al comercio y ni comerciante ni carpintero llegó a ser el muchacho.

Requebrar a las mozas como ninguno; cantor de cante *jondo* acompañándose con la guitarra, daban ganas de comérsele a besos, como decía su madre, cuando el chico cogía la vihuela, y atrevido y valiente, tenía a raya a todos los mozos de su edad, y les hacía cara aun cuando fueran mayores que él.

Hábil para fingir, desde los diez y seis años y con el objeto de poderse librar de la quinta, empezó a llevar anteojos y a quejarse de la vista y tan perfectamente supo sostener su papel, que cuando llegó a cumplir los veinte años resistió valientemente las dos pruebas y con algo que añadió el padre, Mariano fué declarado inútil.

Como que para sostener la comedia de la vista, no podía dedicarse a trabajo alguno para el que esta se necesitase muy excelente, le hicieron aprender música y entró de corista en el teatro.

Así pasó hasta que lo declararon inútil para el ejército, y entonces dijo a sus padres que en Madrid ya podría entrar en alguna casa de comercio donde nadie podría denunciarle.

Su padre pudo reunir cien duros, le buscó dos o tres recomendaciones para personas influyentes de Madrid y Mariano salió de Sevilla, que era lo que él quería.

Pero no se fué a Madrid. Su viaje fué más largo. La primera carta que sus padres recibieron al cabo de diez días de haberse marchado, fué de París.

¿Qué hizo Mariano en los tres años que allí permaneció?

Nadie lo supo. Pero el caso fué que en aquel espacio, Romero llegó a ser un jugador de fortuna un galanteador con suerte loca y un duelista de primera fuerza.

Tenía ayuda de cámara y *groóm*. Habitaba un lindo entresuelo en la calle de Hilder, donde solían visitarle alguna de las *estrellas* que más en moda estaban entonces; era un hábil ginete; tenía un caballo de silla y otro de tiro para su carruaje y hacía excursiones a Monte-Carlo, en su época a Alemania, a Londres o a Italia, hablaba dos o tres idiomas y siempre llevaba en su cartera algunos billetes de Banco por valor de dos o tres mil francos.

Durante este periodo murieron sus padres con el intervalo de algunos meses entre uno y otro, y entonces fué cuando Mariano resolvió ir a Madrid.

¿Cómo había hecho fortuna en tan corto espacio?

Algo adivinará el lector por la carta que don Nicolás Esteller, rico propietario de Madrid recibió de su amigo Mr. Etienne Duversy, de París, pocos días antes de la llegada de Mariano.



Era don Nicolás Esteller uno de esos hombres de agradable aspecto, siempre afable y sonriente, que vestía bien, que pertenecía a distintas congregaciones religiosas, lo que no era obstáculo para que asistiese a los teatros y perteneciera también a otras corporaciones científicas y políticas, que no pronunciaba jamás una palabra más alta que otra y a quien todos sus amigos que eran muchos y de diferentes clases sociales y partidos políticos, apreciaban, y le reconocían una posición desahogada sin que ninguno pudiera dar razón ni de donde procedía ni donde radicaban sus propiedades.

Se decía que tenía cuenta corriente en diversos Bancos, que prestaba dinero sobre buenas hipotecas, y que tenía dos o tres casas en Madrid.

Para su servicio, tenía un criado próximamente de su edad, unos cuarenta o cuarenta y cinco años, y una cocinera, mujer también algo anciana.

Pero ni el criado era hablador, como suelen ser las gentes de su especie, ni la cocinera se ocupaba de otra cosa que de cumplir con su obligación.

Hombre de muy buen trato, frecuentaba la mejor sociedad y cuando algunos de sus amigos

o las señoras cuyas casas visitaba, le decían que como no se casaba, que una persona ya de su edad no estaba bien entregada al cuidado de manos mercenarias, contestaba invariablemente:

—Para eso de casarse, siempre hay tiempo. El matrimonio no es más que una sociedad en comandita en la cual es preciso que los dos comanditarios estén en idénticas condiciones.

Y el tiempo iba pasando y Esteller, seguía siendo afable y obsequioso con todos, asistiendo a la mayoría de los espectáculos tanto religiosos como profanos, para poder hablar de todo, como él decía, abandonando Madrid dos meses en verano, que los pasaba en París, en Londres o en Italia y el resto en su querido Madrid, que lo encontraba superior a todas las cortes de Europa.

La casa que habitaba en la calle de Jacome-trezo, lindaba con la que formaba la esquina de la calle del Horno de la Mata, y era de su propiedad, lo mismo que otra que había en esta última calle.

Con sus inquilinos era complaciente en demasía para satisfacer cuanto le pedían, pero también era intransigente para cobrar los alquileres.

No esperaba más que cinco días después de vencido el mes y si pasado aquel plazo no le habían pagado entablaba el deshancio sin consideración de ningún género.

Por nada del mundo alteraba sus costumbres.

Se levantaba a las ocho en invierno y verano, almorzaba a las doce, comía a las seis de la tarde y desde las siete hasta las nueve, se encerraba en sus habitaciones y dormía aquellas dos horas, sin que por nada ni por nadie se le pasara recado alguno, ni se le despertara.

Tal era don Nicolás Esteller, según lo que todo el mundo conocía de su existencia, más la parte que el público desconocía de ella, podrá comprenderse por la carta que como hemos dicho en otro lugar, le escribía un su amigo de París.

* * *

La carta en cuestión, decía así:

«Mi excelente amigo:

»Dentro de pocos días, recibirá usted la visita, de un caballero llamado don Mariano Romero, que si sabe usted utilizarle como yo le he estado utilizando algún tiempo puede darle una gran utilidad.

»Es uno de esos *ganchos* de alta sociedad, que en unas manos tan hábiles como las nuestras dejan siempre ganancia segura.

»Por ahora no conviene que continúe explotando esta plaza.

»En esa es nuevo y puede usted utilizarle con su destreza y bajo su dirección.

»Es un *Sportman* en toda la extensión de la palabra.

»Monta admirablemente, maneja las armas como el primero. Aquí ha tenido dos duelos y tal vez esto habrá contribuído mucho para sus éxitos. No tiene escrúpulo para nada. Despoja a sus queridas, que siempre procura que sean muy ricas, de todas cuantas alhajas tengan algún valor; es muy diestro para descubrir un secreto que se le encargue y sacar partido de él. Juega sin ley ni fuero y sabe enganchar hábilmente al que necesita dinero para que venga a parar a nuestro poder. Tiene unas manos primorosas para el escamoteo. Por espacio de dos o tres años se le puede tener a nuestro servicio, pero nada más. Yo le conocí en Londres y le ví trabajar y no dejó de sorprenderse cuando le hice comprender que había conocido su juego. Le ofrecí ayuda para cuando juzgara que debía cambiar de teatro para sus hazañas, y efectivamente, dos años después, vino a París donde ha permanecido hasta ahora.

»A esa va, bajo su protección, y como él sabe que yo tengo razón suficiente para poderle reducir a prisión cuando se me antoje, y ya le he manifestado que usted sabe lo mismo que yo, porque estamos en buena correspondencia, no es fácil que a usted pueda engañarle.

»De la última remesa que usted personal-

mente me trajo, he colocado las últimas piezas en el Canadá y tengo a disposición de usted veinte y dos mil francos, que ya me dirá bajo que forma quiere que se los envíe.

»Esperando me de aviso de la llegada a esa, de Romero, soy de usted afmo. amigo.

E. DAVERSY».



Ha podido comprenderse por la carta anterior, lo que era Mariano Romero de quien estaba enamorada ciegamente Carolina, y quien, igualmente, aquel don Nicolás Esteller, tan perfectamente admitido en la alta sociedad, y que conocía al dedillo, todas las intrigas galantes, que en ella tenían lugar, todos los compromisos de dinero que tenían los caballeros libertinos, y finalmente cuanto pudiera de un modo o de otro, producirle algún beneficio.

Durante unos viajes que había hecho a París Esteller, encontró en el mismo vagón a María Morante, la condiscípula y amiga de Carolina y demás señoras que ya conoce el lector.

Seguía solterona, pues era la mayor de todas sus compañeras y no había podido casarse a pesar de ser rica y nada fea, primero, porque no encontraba ningún hombre a su gusto, todos le parecían poco para lo que creía merecer, y después, porque su fama de envidiosa,

murmuradora, mal intencionada y disciplente fué alejando de ella toda clase de pretendientes.

Cuando tropezó con Esteller en el tren, iba a pasar la temporada de baños en San Sebastián.

Esteller, ya conocía aún cuando no de trato a María Morante.

En una de las estaciones, María y su dama de compañía, bajaron del vagón, se distrajeron más de lo regular y fueron a subir con precipitación.

María resbaló y gracias a que Esteller pudo sostenerla a tiempo, salió del resbalón con un ligero magullamiento en una pierna y algunas erosiones en las manos.

Como don Nicolás era hombre muy prevenido llevaba en su bolsa de viaje, un par de curas antisépticas y pudo prestar auxilio a María lavando los arañazos de las manos y vendándolas y así llegaron a San Sebastián.

Y llevó su amabilidad el buen caballero, hasta el extremo de detenerse en la ciudad dos o tres días hasta que la contusión de la pierna, estuvo más aliviada.

Con este motivo quedaron hechas las relaciones y de regreso, en Madrid, estuvo a visitar a su compañera de viaje, mostrándose siempre afable y disculpándola siempre cuando delante de él, se hablaba de los defectos de la señorita Morante.

Por medio de ésta, el astuto caballero, sabía

la vida y milagros de muchas personas, sin que la envidiosa solterona pudiera comprender que estaba sirviendo los intereses de aquel amable y bondadoso don Nicolás.

Estas relaciones, se fueron sosteniendo por espacio de muchos meses, haciéndose más íntimas conforme pasaba el tiempo, y por las indicaciones de ella, él conoció al señor Duvversy, de París, e hizo que Mariano Romero entrase en relaciones con Carolina Aramburu.

El astuto caballero, conocía a todas las damas que componían aquella corte del Amor, las había estudiado bien y sabía todo el partido que podía sacar de ellas.

María, con su lengua viperina, y su envidia no perdonaba ni aún a sus compañeras de colegio y como estaba enterada de cuanto hacían, y pensaban, siendo Esteller el único que en las reuniones y en su casa, le guardaba más consideraciones y la hacía más obsequios, con él desahogaba toda la bilis en que rebosaba su pecho.



Tres días después de la última reunión que tuvo lugar en casa de Angela, fué don Nicolás a visitar a su amiga la señorita Morante.

Aquella mañana había estado ésta en casa de Soledad, para ver si estaba muy adelantado un vestido que la joven le estaba haciendo.

Precisamente también estaba allí Carolina Aramburu.

—¿Sabes,—dijo María a su compañera, que Marianito Romero se me está haciendo anti-pático cada día más?

—Naturalmente, mujer—repuso Carolina— como que sabe que tú vas diciendo por ahí, si es jugador, si no tiene muchas veces para pagar las deudas que contrae y que si no fuera por mí, no podría hacer muchas cosa que hace; es lógico que se disguste, como yo me disgusto también, porque a quien pones en ridículo es a mí.

—Pero hija, si tú misma te estás poniendo, sosteniendo relaciones con un ente como ese, contraviniendo lo que teníamos acordado, de no contraer compromiso ninguna de nosotras.

—Y eso ¿qué le importa a nadie? Bueno que entre nosotras lo hablemos, pero no hay necesidad de que nadie se entere. Sobre todo, querida María, cada uno hace lo que mejor le parece. ¿Acaso tú, no estás dando que hablar con tus relaciones con Esteller?

—Mis relaciones con Esteller las conoce todo el mundo y no tienen nada de particular. ¡Ojalá y todos los hombres se parecieran a él!... Sobre todo, yo no tengo que darle dinero y alhajas como tú, para sostener sus relaciones.

—Mira, María,—repuso Carolina incomoda—

da—de lo mío no tengo, gracias a Dios, que dar cuenta a nadie.

—Por esa despreocupación de que haces tanto alarde, vas a provocar un lance entre Mariano y ese vizconde que presentó Lorenzo la otra noche en casa de Angela.

—¡Yo! ¿Pero qué estás diciendo?

—¿Acaso no ví las miradas que Mariano dirigía al vizconde cuando hablaba contigo y tú, parecía que le escuchabas tan satisfecha? Ya sabes que te conozco demasiado, querida.

—Lo que tienes, es una lengua perversa y una intención más perversa todavía. Ya sabes que te lo hemos dicho siempre; que eres una envidiosa y en ese concepto te tiene todo el mundo.

*

* *

Soledad no había intervenido para nada en aquella cuestión.

Seguía trabajando sin pronunciar una palabra,—pero ya no pudo menos que decir:

—Pero amigas mías; ¿hasta cuando pensáis estar disputando de ese modo? Afortunadamente la oficiala que tengo ha ido a casa de Matilde. ¡Qué hubiera dicho si os oyera! Dejaos ya de esas cuestiones. Si las dos sois libres, sois independientes y tenéis para vivir ¿a qué andar con esas rencillas, que después de todo no tienen importancia alguna?

—¿Qué sabes tú si tiene importancia o nó?
—dijo Carolina con irritado acento—María no procede conmigo como buena amiga.

—No digas eso, Carolina. Tú te has ido exaltando poco a poco, y has pronunciado algunas frases, que María no ha merecido por lo que dijo.

Esto acabó de excitar a Carolina, que repuso con voz temblorosa de ira:

—Mira, Soledad, observo que estás muy en favor de María, porque te paga sin duda mejor que nosotras, por lo tanto quédate con ella, y desde este momento no te ocupes más en trabajar, para mí. Por supuesto, que un día u otro debía llegar esto, porque después de lo que hemos hecho por tí, todas nosotras, has ido echando unos humos que te has llegado a creer nuestra igual. Y debo añadirte más,—prosiguió Carolina—que no soy yo sola la que ha advertido esto; han sido todas mis amigas y creo que harás muy bien no presentándote más en las reuniones de Angela, porque podrías recibir un día un chasco, que bien merecido te estaría. Pero en fin, contando con la protección de María y por ende con la de Esteller, poco puede importarte lo demás.

Y antes de que Soledad, ni María pudieran contestar una palabra, porque Carolina lanzó toda aquella andanada sin darles tiempo para contestar, abandonó la estancia, y abrió

la puerta de la escalera, volviéndola a cerrar violentamente.

* * *

Las dos jóvenes se quedaron mirándose por espacio de algunos segundos.

Al cabo de ellos, Soledad, rompió a llorar.

—¡Pero esa chica está loca!—exclamó María. ¿A qué ha venido todo eso?

—Ya lo has oído. Hace tiempo, no se porqué, mi presencia en las reuniones de Angela, les parecía inconveniente y siempre me estaban con la misma canción; que si yo me esmeraba más o menos con el traje de esta que con el de la otra; que si el adorno de esta era más elegante y de mejor gusto que el de aquella, todo con el objeto de disgustarme y que fuese yo misma la que me retirase. Yono lo comprendía, porque nadie mejor, que tú, sabe que jamás me hubiera atrevido a presentarme en las reuniones de Angela si Matilde y Esperanza y tú, y la misma Angela no hubieseis formado empeño en que fuera. Pero ahora lo he comprendido bien claro.

—Lo que ha sabido mal a Carolina, ha sido lo que yo he dicho delante de tí, del tal Marianito Romero y que tú hayas intervenido en mi favor. ¡Oh! pero no sabe Carolina con quien ha tropezado. Yo te aseguro que me ven-

garé y te vengaré también, mi pobre Soledad. No llores, no, que ya tendrá mucho que llorar la pobre Carolina.

—¡Oh! No... no... — se apresuró a decir Soledad. — Por mi parte, no quiero que hagas nada. Después de todo, ha tenido razón. ¿Quién soy yo, que tengo que ganarme la vida trabajando, para frecuentar las reuniones de la marquesa de Solares?... ¿Qué títulos puedo yo ostentar para rozarme con las damas y caballeros de la aristocracia que asiste a esos salones?

—Déjate de tonterías, Soledad. Si la desgracia hizo que tu padre se arruinase, no dejas por eso de ser la hija de un verdadero caballero que no hizo lo que otros hubieran hecho en su lugar, que era guardarse cuanto tenía y que los demás se fastidiasen. Tu, entrarás siempre en mi casa como en la tuya, y yo te proporcionaré más trabajo del que puedas desear. Eso sí, ya sabes que a mí me gusta llevar todo lo mejor que tú inventes... Ea, no llores más, y deja a esas tontas que hagan lo que quieran que mucho tienen por que callar cada una.

Y después de esto, dió un beso a su amiga y se marchó —diciéndola:

—Te encargo mucho que te esmeres en ese traje de teatro, que quiero estrenarlo el martes cuando vaya al Real.

.

El siguiente día Soledad, envió el vestido a María terminado ya, diciéndola que en lo sucesivo sentía mucho no poder servirla porque había resuelto no seguir trabajando ya como modista.

Lo mismo hizo con todas sus compañeras de colegio.

X

Un buen amigo

Digimos en el capítulo anterior, que don Nicolás Esteller, había ido a visitar a María Morante, tres días después de la reunión de casa de la marquesa de Rosales.

Precisamente el rico solterón llegó cuando María estaba todavía bajo la impresión que recibiera poco antes, en la visita que hizo a Soledad.

Lo que Carolina la había dicho la llenaba de ira, y a duras penas, cuando la anunciaron la visita de Esteller, pudo dominarse para recibirle.

Más el solterón era sobrado perspicáz para desconocer que su amigo hacía esfuerzos para disimular su disgusto.

Así fué que la dijo:

—¿Sabe usted, amiga mía, que estoy observando una cosa?

—Usted dirá, señor Esteller,—contestó la envidiosa.

—Que ha tenido usted algún disgusto; que está usted algo nerviosa, que trata de ocultarlo, y que para los ojos de un buen amigo, como yo lo soy de usted, no puede conseguirlo.

—Me parece que se equivoca, amigo don Nicolás—repuso María tratando de sonreír.—No se porque pueda estar disgustada.

—Usted dirá lo que quiera; pero tengo la seguridad, y sabe que soy buen fisionomista, que en ese rostro, hay algo que está revelando lo que acabo de decirla. No es que yo pretenda saber lo que usted quiera ocultar, pero conete que en estos momentos no es la misma que he visto en otras ocasiones

—Vamos, que cuando a usted se le pone una cosa en la cabeza...

—Casi siempre acierto, Mariquita. Ya lo sabe usted.

Y tanto insistió don Nicolás, y tan necesitada estaba María de poder desahogarse con alguna persona que por ella se interesara, que concluyó por decirle lo que había pasado con Carolina.

Esteller la escuchó atentamente, sin que su

semblante revelara en lo más mínimo la impresión que aquello le causaba.

Y cuando su interlocutora hubo terminado la dijo con la mayor tranquilidad:

—Todo eso que la sucede con sus amigas, le está muy bien empleado.

—¡Cómo!...—exclamó María llena de asombro.—¿Eso me dice usted? ¿Es ese el consuelo que me da?

—Si señora, porque todo eso pudiera usted haberlo evitado perfectamente, si hace tres meses, cuando pedi a usted su mano, hubiese aceptado.

—Ya sabe usted las razones que le dí para no acceder. Estoy acostumbrada a ser independiente y me agrada disponer de lo mío, ya que tengo fortuna suficiente para vivir.

—Permítame usted que la diga, que eso no pasa de ser un pretexto. ¿No aportó yo al matrimonio un capital superior al suyo? ¿Qué de particular tiene que yo quiera que conste en nuestros capítulos matrimoniales que no podamos gastar nada ni uno ni otro, sin estar los dos de completo acuerdo?

—Y si yo quiero gastar, pongo por caso, en un traje, en un aderezo, en cualquier cosa, y a usted no le agrada, o no le conviene, ¿he de tener que renunciar a ello? No, amigo Esteller, no me conformo con eso.

—¿Pero venga usted aquí, cabecita loca; tan

raro, tan avaro, tan poco complaciente me juzga, que he de negar a usted cualquier objeto que para su persona me pida, o que necesite dada nuestra posición social?

—Bueno, bueno, amigo mío,—repuso María.—dejemos ese asunto para otra ocasión. Concretémonos a lo presente. ¿No le parece a usted que el proceder de Carolina no tiene disculpa?

—¿Qué ha de tenerla? Lo que merece es lo que la está pasando ya, como he dicho a usted otras veces.

—Pues ya vé usted lo que me ha pasado, por haber querido advertirla. Ese Marianito la arruinará y la estará muy bien empleado.

—Y eso que no sabe usted lo peor...

—¿Qué quiere usted decir?—exclamó vivamente la solterona?—¿Ha sabido usted algo más?

—Amiga mía, de esa gente cada día se sabe algo nuevo.

—¡Oh!...—dígame usted...—dígame que ha sabido respecto a ese perdido.

—Tantas cosas se saben de él... Yo no sé porque razón sin preguntar nada, sé a veces lo que todo el mundo ignora... ¡Cómo que conozco tanta gente y de toda clase de condiciones!... En fin, que se arregle cada uno como pueda que a mí me tiene sin cuidado la existencia de los demás.



Esteller, decía todo esto de un modo como si efectivamente nada le importase lo que sabía de los demás.

Pero todas aquellas reticencias, estaban tan bien estudiadas y demostraban tan claramente lo bien que conocía a la persona con quien hablaba, que debían darle el resultado que deseaba.

Desde el momento que dijo que de personas como Mariano, cada día se sabía algo nuevo, — María estaba deseando que se lo dijera.

Porque ya se imaginaba que cuanto se refiriese a aquel individuo había de relacionarse más o menos directamente con Carolina.

Y como siempre estaba ávida de saber algo para poder zaherir a sus amigas, comentándolo a su antojo, conforme hablaba Esteller esperaba con ansiedad creciente que contase lo que había sabido de Mariano.

Más las reticencias que empleaba, la afectada indiferencia de que hacía alarde la desesperaban y no pudiendo contenerse más, — exclamó:

—Pero hombre de Dios ¿no comprende que si a usted no le importa nada, como dice, lo que haga Mariano Romero y mis amigas, a mí me importa mucho, porque todas ellas por una razón o por otra se ocupan de mí? porque no

acaba de decirme todo eso que ha sabido de nuevo respecto a esas personas?

—Ya verá usted, querida Mariquita, como que todo lo que yo sé, es por referencias de otras personas, ya comprenderá que no puedo asegurar nada y a mí no me gusta hacerme eco de aquello de que no estoy bien seguro. Ahora, hay otras cosas, como por ejemplo, un medio aderezo de perlas y brillantes con un rosetón en que están enlazadas unas iniciales con chispas de diamantes, que me han traído ayer para si quiero dar por él mil quinientas pesetas, eso sí, puedo afirmarlo porque lo he visto y lo tengo en mi poder.

—¿Pero es que también se dedica usted a esa clase de negocios?—preguntó sorprendida María.

—No es que me dedique; pero a lo mejor se presenta una persona que viene recomendada por un amigo, que tiene algún apuro y puede disponer de una alaja de precio, que no quiere llevar a una casa de préstamos, tanto por lo crecido de los intereses como porque no se dé publicidad a su nombre y..... como saben que a Dios gracias, yo tengo siempre dinero disponible, se dirigen a mí:

—¿Y ese medio aderezo que ha dicho usted...?

¡Oh! Es una preciosidad. El medallón es ovalado y está rodeado por dos hileras de perlas blancas las de la primera hilera, y negras la segunda.....

—¿Y es de oro mate el centro y en él están las iniciales formadas por chispas de diamantes?— preguntó vivamente María interrumpiendo a don Nicolás.

—¿Quién se lo ha dicho?—interrogó éste a su vez fingiéndose sorprendido.

—¿Pero es así?

—Sí, señora.

—Ese medio aderezo lo conozco. ¿Quién se lo ha llevado?

—La Zapatera. Una inquilina que tengo en una casa de la Ribera de Curtidores. Una moza que tiene las tres *ges*.

—¿Y cuáles son esas tres *ges*, amigo Esteller?—preguntó María sonriendo.

—Gracia, gancho y generosidad. Con la gracia atrae, con el gancho saca buena ganancia y con su generosidad distribuye entre unos favorecidos, lo que la dan los ricos protectores.

—Pues ya le digo a usted que la tal Zapatera es una alhaja.

—Creo que ha dicho usted antes que conocía esas joyas.

—Me parece que sí. Lo que no comprendo es como esa mujer pueda tener semejante aderezo.

—Ni yo tampoco, pero el caso es que ella lo tenía y no me parece que ninguno de sus amantes se lo haya podido regalar. Pepito

Mondejour, que es uno de ellos, es capaz de darle un *sablazo* al sol que sale. Algunos me ha dado..... Manolo Alcázar, entre toros, juergas y otros excesos, más bien necesita que le den que no dar, él; Mariano Romero ese.....

—¿Qué dice usted?—preguntó María interrumpiendo a Esteller.—¿Acaso Mariano forma parte de esa colección de adoradores de la Zapatera?

—¡Toma! ¿Pues no lo sabía usted? Eso ya es viejo.

—Entonces ya no hemos de pensar de donde procede el medio aderezo de que usted hablaba.

—¡Calle usted por Dios, Mariquita! ¿Cuándo ha tenido Romerite dinero para comprar unas joyas semejantes?

—¿Y quién le dice que las haya comprado?

—¡Cómo! ¿Supone usted que haya podido robarlas? No... Tanto como eso no lo creo. Ya se que él no es muy corto de genio... Pero llegar hasta ese extremo.....

—¿Y sí se la hubiesen dado?

—¿Quién sería tan generoso que le fuera a hacer semejante regalo? ..

—Pero amigo Esteller, ¿no sabe usted que hay una mujer por medio, y una mujer enamorada que dice que no tiene que dar cuenta a nadie de sus acciones?... Que a mí misma me lo ha dicho hoy.

—¡Caramba!—exclamó don Nicolás con una sorpresa admirablemente fingida—pues es verdad! ¡Calle usted!... ¡Calle usted!... ¿En qué estaba yo pensando que no he caído que podría andar Carolina Aramburu en este asunto?...

—¿No ha oído usted, que dije antes, que conocía esas joyas?

—Cierto... Cierto... ¡Vamos! ¡Y yo que estaba devanándome los sesos pensando en la procedencia del tal aderezo!...

—Si le he dicho a usted varias veces, que Carolina misma, ha confesado, que la tiene tan ciega el tal Mariano, que le ha dado dinero más de una vez, y que si no lo tenía, le ha dado alguna alhaja para que la empeñe... Sí, señor. . Ella, ella misma nos lo ha dicho.

—Y sin embargo,—repuso don Nicolás después de algunos segundos de silencio—Carolina, conforme me indicó usted antes, la ha tratado de una manera inconveniente, porque usted la aconsejaba bien y...

—Ya ve usted. Por decirle que hacía mal en continuar sosteniendo los vicios de ese individuo... ¡Oh!... ¡Y no sabe usted como se ha puesto!...

—Vea usted. Y después se quejarán esas personas, si, no para vengarse, porque eso es indigno de una señora que se estime en algo, sino para darle una lección, ejecuta algún

acto... Vaya... vaya, yo no hubiese creído nunca que Carolina procediese así.

—No crea usted, que ya me alegraría poderle dar una lección.

—Si al menos le aprovechase...

—Si usted me ayuda...

—Ya sabe usted que por mi parte, estoy incondicionalmente a su disposición.

—Mil gracias, Esteller, mil gracias... Ya pensaremos algo porque ¡vamos! apesar de todo, me indigna que la pobre Carolina sea explotada por un sér tan vicioso como Romero.

Eso subleva el ánimo de toda persona bien nacida.

Cuando don Nicolás abandonó la casa de la envidiosa, se restregaba las manos satisfecho —murmurando:

—Esta señora me ha de ayudar o poco le de poder, a librarme de Mariano y después... después, no tendrá más remedio que casarse conmigo, que es lo que busco hace tiempo.

XI

El Consocio de Esteller

Han pasado algunos días de los anteriores sucesos.

Soledad no asistió ya a la reunión semanal

de Angela y si bien Matilde, Lorenza, Esperanza y alguna otra de sus amigas, lo advirtieron no le dieron importancia, pues también, otras veces había faltado.

En cuanto a Carolina y María que sabían lo que había pasado, se abstuvieron de decir nada.

Carolina, continuando su doble juego con Mariano Romero y el vizconde, no comprendía o no quería comprender que una situación semejante no podía prolongarse mucho.

Después de la violenta escena que había tenido lugar entre María y Carolina en casa de Soledad, no eran muy cordiales las relaciones entre ambas.

Las frases picantes, los epigramas, sobradamente transparentes, las indirectas más aceradas brotaban de labios de una y otra y todo el mundo comprendía que entre ellas había mediado algo que no era posible adivinar.

Magdalena, vizcondesa de Solares, pues aún cuando el título pertenecía a su esposo, ella había podido conseguir, que se le trasmitiese, por los buenos oficios de un pariente de su padre que era un alto empleado en el Ministerio de Estado, si bien obedeciendo a una genialidad del momento quiso entretener a Ricardo la noche de la presentación en casa de Angela, para mortificar algo a su compañera Esperanza, no persistió en aquella idea, y en

la siguiente reunión se limitó a cruzar con él únicamente algunas frases de pura cortesía,

Estaba muy lejos de participar de las ideas de Carolina a quien en su fuero interno censuraba duramente:

El vizconde le había sido simpático desde el primer momento que le vió, pero al notar la predilección que mostraba por Carolina, no quiso hacer demostración alguna de aquella simpatía, deplorando únicamente la desdichada elección que había hecho.

Tal vez, era de todas las siete compañeras de colegio, la que con menos satisfacción había acogido la idea de formar aquella «corte de Amor» que tanto dió que hablar en Madrid.

Una vez viuda, conforme, digimos en otro lugar, hubo de retirarse a Galicia, donde le quedaban algunos escasos bienes, a fin de ver si podía restaurar algo su grandiosa fortuna que entre ella y su esposo dejaron tan maltrecha.

Durante aquella larga temporada, en que tanto tuvo que pensar y obrar con una cordura extraordinaria, a solas con su conciencia y no exenta de talento, hubo de comprender todo lo mal que había obrado, por más que su difunto esposo la diera pie para ello, y formó la resolución de no reincidir, aun cuando la suerte la protegiese y pudiera recobrar su fortuna.

Y esta la recobró por medio de una herencia que tuvo de una parienta de su madre y además por la buena administración que la aconsejara el tío de su esposo que estaba en el Ministerio de Estado.

*
* *

Unicamente porque sus antiguas condiscípulas no la criticasen, accedió a formar parte de su asociación y si alguna ligereza cometió fué más bien en cuestión de trato social que no de nada que pudiera afectar su honra.

Reflexionando, después de lo que se habló en casa de Angela la tarde que allí estuvo con Carolina, y donde como se acordará el lector se inició la idea de expulsar de sus reuniones a Soledad, se arrepintió de no haberse opuesto resueltamente.

Pero pronto olvidó aquellas indicaciones hechas por Carolina, hasta que supo por esta misma, lo que había mediado entre ella y María en casa de Soledad, y lo que ella la había dicho.

Y como este relato se lo hizo la noche de la reunión en casa de Angela, a cuya reunión ya no asistió la pobre huérfana, no pudo menos de decirle indignada:

—Has hecho muy mal y no creí que tuvieses tan mal corazón. Yo, es verdad que algo dije la tarde que estuvimos en casa de Ange-

la, pero no pude imaginarme que se hiciera semejante cosa. Yo veré a Soledad y...

—Y tú podrás volverla a traer aquí, y entonces nos iremos todas, —le contestó irritada Carolina.

—Es que no la traeré aquí, porque ella tampoco querría venir, pero la recibiré en mi casa y alternará con todos mis conocimientos.

Mas los buenos propósitos de Magdalena, de nada sirvieron, porque Soledad al abandonar su casa no dijo donde iba a vivir, ni nadie tenía noticia de su nueva residencia.

Tanto disgustó a Magdalena la desaparición de Soledad, que tampoco quiso asistir a la reunión de Angela el viernes inmediato.

Cada día estaba más disgustada con el proceder de algunas de sus compañeras.

Especialmente con Carolina iba distanciándose más.

Veía el proceder que seguía con Mariano y con el vizconde, y temía que más tarde o más temprano iba a tener lugar un choque y como consecuencia, un nuevo escándalo.

Al mismo tiempo, veía también la tirantéz de relaciones que existía entre María Morante y Carolina y como que conocía perfectamente a las dos y sabía de lo que era capaz María, temía que una frase imprudente de ésta, pero lanzada ya con intención fuese la chispa arro-

jada en la mina que ya estaba formándose entre el vizconde y Mariano.

Como conocía la fama de duelista que tenía Romero, y la suerte que siempre le había favorecido en sus duelos, temblaba que llegase el momento en que ambos fueran a encontrarse frente a frente en ese terreno, llamado del honor.

Todo esto, la produjo tal disgusto que decidió ir poco a poco retirándose de aquellas reuniones que según los indicios habían de concluir muy mal.

Y cuando llegó el viernes, envió un recado a Angela diciéndola que no extrañase si no iba aquella noche porque estaba sufriendo un ataque de neuralgia que la obligaba a permanecer en su casa.

* * *

La falta de Soledad y de Magdalena llamó algo la atención y no faltaron algunos comentarios respecto a ellas, siendo los más intencionados los de Carolina, especialmente refiriéndose a la primera.

El día siguiente, sábado, era precisamente el que recibía Magdalena y entre las varias visitas que tuvo, una de ellas fué la de Matilde y Esperanza.

Como es consiguiente hablaron de la reunión de la noche anterior, - diciendo Matilde:

—Lo que no me explico es que no haya asistido tampoco Soledad. No puedo comprender lo que me ha dicho Esperanza respecto a que había recibido un recado de élla, indicándola que sentía mucho no poder hacer un trabajo que le tenía encargado, porque había resuelto no continuar trabajando de modista, para concretarse a ser una humilde obrera y que por lo tanto considerando que no podía ni debía alternar con nosotras, no extrañásemos si dejaba de asistir a nuestras reuniones, y que así nos lo participaba.

—También yo recibí una carta diciéndome lo mismo,—contestó Magdalena.

—Cuando yo recibí aquel recado,—añadió Esperanza—inmediatamente me fui a su casa.

—¿Y la encontraste?—preguntó la vizcondesa.

—No. El día anterior, según me dijeron unas vecinas, había dejado la habitación, sin decir a nadie donde iba.

—Lo mismo me dijeron también. Yo hice una porción de diligencias, pero todas han sido infructuosas.

—¿Pero qué diablos le ha pasado a esa chica?—dijo Matilde. —No me puedo explicar un proceder semejante. A mí nada me dijo, sin duda, porque como ya sabéis, consecuente con lo que me propuse desde que enviudé, no he tenido necesidad de hacerme traje alguno. Te-

nía demasiados, por desgracia, y arreglándomelos yo misma, según me ha convenido, he suprimido ese gasto, así como también hice con otros muchos, a fin de poder ir cubriendo brechas que quedaron abiertas en mi fortuna, al enviudar.

Ahora con lo que me habéis dicho de esa pobre Soledad, desde mañana voy a ocuparme de buscarla para saber la causa de esa tan extraña retirada.

—Diré lo que creo que la ha motivado y la parte que yo, aún cuando sin intención, he tenido en ella—dijo Magdalena.

—¡Tú! —exclamaron sorprendidas las dos amigas.

—Sí. Y podéis creer que lo deploro extraordinariamente.

Y Magdalena—refirió a sus amigas lo que había pasado en casa de Angela el día que estuvieron a comer ella y Carolina, y posteriormente, lo que ésta última dijo a Soledad..

Vamos, Carolina ha perdido el juicio sin duda,—exclamó Esperanza después que Magdalena terminó su relato.

—Y no es eso lo peor—repuso Matilde—sino que se lo haga perder a los demás. ¡Pobre Soledad! ¿Qué habrá pensado de todas sus compañeras de colegio? Es necesario que hagamos toda clase de esfuerzos para encontrarla. No

creí que Carolina pudiera obrar de ese modo.

—¿Pero no véis lo que está haciendo ahora? El día menos pensado vamos a tener un disgusto.

—Ya se lo he dicho a Matilde,—dijo Esperanza.—Mariano Romero y el vizconde de Utrera han de concluir mal.

—Sin embargo,—repuso Matilde—me parece que el vizconde lo ha conocido ya, y no le he visto la otra noche tan consagrado a ella como antes.

—Todo el mundo la critica.

—Hasta ese mismo caballero italiano, el príncipe de Monte Santo, que presentaron hace días,—dijo Magdalena—me decía ayer que era de muy mal género la coquetería de Carolina, pues podía dar lugar a un conflicto.

—Y por cierto,—añadió Esperanza sonriendo—que ahora que hablas de ese príncipe, según me ha dicho Ricardo, está enamorado de tí.

—¿Quieres callar? Segura estoy que eso ha salido de su amigo el vizconde, que la última noche de reunión, porque vió a Campodoglio, que estuvo a mi lado gran parte de la velada me dijo en voz baja al despedirse y con aquel acento burlón que le distingue «Señora princesa, que sea enhorabuena». Y puedo aseguráros que el italiano no me dijo una palabra de amor siquiera.



A la misma hora que las tres amigas sostenían la conversación a que han asistido nuestros lectores, don Nicolás Esteller paseándose por su despacho daba muestras de hallarse hondamente preocupado.

—Pues señor,—murmuró deteniéndose de repente en sus pasos—la situación se ha ido poniendo cada vez peor y es preciso que se despeje esta incógnica pronto.

Y fué a sentarse ante su mesa, abrió un cajón, extrajo un cuaderno, estuvo hojeándole algunos minutos, trazó en un papel algunos números y dijo después:

—La cuenta es exacta. Según mi contrato con Florentino debo entregarle por la parte de beneficio que le corresponde desde que está conmigo, deduciendo las entregas que le hice, que son de poca importancia, cuatro mil quinientos treinta y cinco duros. Bien lleva la cuenta el hombre; ¡lástima que esa aneurisma tenga su existencia tan en peligro como me ha dicho el médico!... Y el caso es que como el pobre no sabe lo que tiene, cree que trasladándose a su pueblo se pondrá mejor... Esto me obliga a no cejar en mi propósito de conseguir que María se case conmigo. Su fortuna en mis manos, unida a la mía constituiría una de primer orden... Mariano se va haciendo ya impo-

sible en Madrid... Se ha hecho conocer demasiado... Es preciso hacerle que desaparezca... para no volver a reaparecer,—continuó bajando la voz... — Hay que pensar en esto... La Zapatera me ha servido bien, muy bien... Es verdad que estaba obligada a hacerlo.. Una mosca más, que yo, como araña inteligente supe cojer en la tela que empecé a tejer hace años. También Florentino ha sido otra mosca... ¡Triste destino es el de las moscas que se enredan en la tela de la araña!... Esa envidiosa y perversa Mariquita, es la única que hasta ahora no ha caído en la red... Pero caerá... Vaya si caerá. Pensemos un poco más en este plan, que al realizarse me librará de tres moscas que ya no me harán falta.

Y el bueno de Esteller, apoyó los codos sobre la mesa, sepultó la cabeza entre sus manos y así pasó más de una hora.

* * *

Tres golpes, dados discretamente en la mampara que cubría la puerta del despacho, sacó a Esteller de su meditación.

—Adelante—dijo éste, alzando la cabeza e introduciendo la mano en el cajón de la mesa donde tenía dos revólvers.

Giró la mampara y Florentino, el que pasaba por su criado, penetró en su despacho.

—Vamos Florentino, le dijo Esteller afablemente. Como has tardado hoy.

—Pues apenas si tenía que despachar, —re-
puso Florentino con acento de mal humor. —La
Melchora me ha traído un par de pulseras de
la señora D..., que necesitaba el dinero para
pagar esta noche el abono del Real, Rodrigo
Pareja me traía un pagaré de dos mil pesetas
del conde Sendrías; don Francisco Ordales
que quería tomar tres mil pesetas más sobre
lo que ya tiene sobre la casa de la calle de las
Huertas...

—Que no se las habrás prometido, —se apre-
suró a decir Esteller.

—¿Qué le he de prometer? Lo que le he di-
cho es que si el día veinte no devuelve los
cuatro mil duros que le tenemos dados, la finca
en virtud de la escritura, queda nuestra. Es
decir, tuya.

—Y a la Melchora ¿qué le has dado por las
pulseras?

—Mil pesetas. Valen tres mil. Allí las verás
en el arca.

—¿Qué plazo le has dado?

—Un mes, y ha de abonar cuatrocientas de
interés y si no pierde las pulseras.

—Está bien. Y a Pareja ¿qué le has dado?

—Mil quinientas.

—Es decir, quinientas que se quedará él y
las otras mil se las dará al conde, que esta mis-
ma noche las perderá en el casino. Con esas mil
quinientas pesetas, hacen ya treinta mil las que

le tenemos dadas sobre la misma dehesa del Robledal. Ya no se le puede dar más y lo que hay que hacer es prepararlo todo para quedarnos con la dehesa. Vamos,—prosiguió don Nicolás con expresión satisfecha.—No se ha perdido la tarde.

—Pero yo estoy fatigado, Nicolás, y ya te he dicho que no puedo continuar así. Necesito irme a mi pueblo a ver si allí recobro la salud. Hay momentos en que no puedo... nada, que no puedo hablar una palabra.

Y efectivamente, parecía que la respiración le faltaba al pobre hombre.



Nicolás estuvo contemplándole atentamente durante algunos segundos y después le dijo:

—Vaya, Florentino. Ya te queda poco. Haremos la liquidación conforme hemos acordado y yo me quedaré aquí, con muchos huesos que roer y tú podrás irte a tu pueblo a descansar.

Me parece, querido Nicolás, que no te podrás quejar de mí, porque hace veinte y dos años, veinte y dos, acuérdate bien, que me dijiste que necesitabas mi ayuda para crearte la posición que necesitabas y como yo no podía olvidar que tu madre, que esté en la gloria, había socorrido mucho a la mía, y que tú también me habías sacado adelante en aquel mal negocio que tuve con el hijo del barbero del pueblo,

pues me vine a tu lado, acepté el puesto que me asignastes en tus empresas y me parece que no te puedes quejar.

—Pero si yo no me quejo hombre,—repuso Nicolás—si no te he dicho nada. Que me quedan algunos huesos que roer he dicho, y no eso no lo puedes negar, porque ya lo sabes.

—¿Y los que yo he tenido que roer, Nicolás? Ya sabes que yo he sido la cabeza de turco para recibir todos los golpes. Porque mira que he tenido que tratar con gente bien perversa. . Tú estabas detrás de la cortina, pero yo... ¡Válgame que no me asustaba tan facilmente!

—Ya sabes que ese fué nuestro trato. Tú preparabas el negocio según mis instrucciones, y mientras tú afrontabas los peligros y las amenazas, yo podía tranquilamente estudiar el pró y el contra de las operaciones y se realizaban conforme las había pensado.

—Sí, pero el caso es que tú te has hecho rico, que todos te respetan mientras que yo, he corrido muchos riesgos, he tenido a veces la vida en peligro y...

—Y hoy que te retiras a tu pueblo, puedes llevarte algunos miles de duros que te asegurarán una vejez tranquila.

—¡Quién sabe, Nicolás! Estoy muy malo, más de lo que tu crees... Y dime, dime,—prosiguió el pobre Florentino cambiando de ento-

nación. —¿Crees que efectivamente podré llevarme algunos miles de duros?

No muchos, porque ha habido negocios que han tenido sus quiebras como sabes...

—Lo que tú me has dicho.

—Y te he dicho siempre la verdad. Te he dado siempre lo que has necesitado. Nada te he escaseado y apesar de todo, como te he dicho podrás llevarte para que puedas comprar allá en el pueblo, un par de haciendas, y sostengas los mozos que necesites para los trabajos y puedas tener siempre un centenar de duros en tu cajón.

* * *

Conforme había ido Nicolás diciendo las últimas palabras, el rostro de Florentino, iba expresando el efecto que le causaba aquella perspectiva que le ofrecía su compañero.

La agitación de su pecho era extraordinaria; su rostro se enrojecía o palidecía incesantemente, su respiración era afanosa y finalmente; al oír a Nicolás que siempre tendría cien duros disponibles en su cajón, exclamó dando un grito como seguido de un desvanecimiento:

— ¡Oh!... ¡No me lo digas... Nicolás!... ¡No!... ¡No!... ¡Me... ahogo!...

Nicolás acudió inmediatamente en su auxilio.

Precisamente el médico le había indicado todo lo que debía hacer en el caso de que le sobreviniera algún accidente, y poco después, Florentino estaba completamente recobrado.

—¿Pero qué demonios te ha pasado? —le dijo Nicolás.—¡Vaya una manera de recibir lo que te estaba diciendo!... ¿Tan mal te parece eso de tener una o dos viviendas, cubiertas todas tus atenciones y...

—No me lo repitas, —interrumpió Florentino.—Ahora ya lo se. Ya se que en el pueblo se me pasarán todos estos ahogos y todas estas sofocaciones. Bien... bien, Nicolás... Haz esa liquidación y sean dos, sean tres mil duros, dámelos y me marcharé. ¡Ay! Creo que empezaré a vivir el día que allí me encuentre.

.
Cuando poco después, Esteller se quedó solo en su despacho porque Florentino se había retirado a su habitación, volvió a reflexionar sin duda sobre lo que había pasado, porque murmuró:

—Si a la idea de que pueden tocarle tres o cuatro mil duros, la impresión ha sido así... ¿cual será si le digo que es triple su fortuna?... El médico dice que una fuerte impresión ya de dolor ya de alegría, puede... Todo podría ser.

XII

En confianza

—¿Cómo tan retirada, Magdalena?

—¡Retirada!... No por cierto, vizconde. En los salones hace un calor extraordinario, y aquí disfruto de una temperatura agradable, merced a la frescura del jardín a la par que veo cuanto pasa en el salón.

—¿Y no podría tener alguna participación en ese alejamiento del bullicio de los salones, nuestro distinguido *sportman* el príncipe de Monte Santo?

—¿Quiere usted callar, vizconde? ¿También usted presta crédito a esas voces que ha hecho circular no se quien ni porque?

—Amiga mía, si yo digo esto, es porque he oído al mismo príncipe decir que ha sido tal la impresión que usted le ha causado que estaba resuelto a pedir su mano.

—Pero el caso es que no la ha pedido.

—Porque ha oído decir, que usted como alguna otra de sus amigas, había formado propósito firme de no contraer segundas nupcias.

Este diálogo sostenían en la reunión de la

marquesa de Monteblanco, Magdalena Aramburo y el vizconde de Utrera.

Magdalena que hacía algunos días, parecía contrariada, y que había ido aquella noche a la reunión de Angela porque Esperanza la había dicho que iría a buscarla, después de haber permanecido un buen rato en los salones, aprovechando un momento en que se bailaba, se dirigió a la terraza que había en uno de los costados del salón principal, llena de flores y que daba al jardín del hotel, y se sentó de modo que, como dijo muy bien, podía disfrutar de la frescura del jardín y de la animación del baile.

Carolina estaba bailando con Mariano Romero, y el vizconde después de haber recorrido los salones vió a Magdalena en aquel delicioso lugar y se aproximó a ella.

—No tengo muy buenos recuerdos,—dijo la hermosa viuda contestando a lo dicho por el vizconde—de mi anterior matrimonio, pero tampoco he dicho que no contraería otro, por que como usted comprenderá eso no puede afirmarse nunca.

—Pues vea usted lo que son las cosas; su amiga Carolina me ha repetido cien veces que tanto ella como usted, Angelita, Matilde y otras, habían jurado cien veces no volverse a casar.

—Carolina es una cabecita...

—Ligera ¿no es verdad?—dijo el vizconde viendo que su interlocutora se había detenido.

—Si no ligera, es algo distraída. Naturalmente, está dolorida, como lo estamos las que hemos tenido tan desdichada suerte en nuestra etapa matrimonial, que tal vez... tal vez hayamos tenido nosotras también algo de culpa.

—Gracias a Dios que oigo a una de ustedes hacer una confesión semejante.

—¿Qué tiene de particular eso, vizconde? ¿Acaso hemos de prescindir y sostener que somos perfectas en todo? No señor. Yo soy muy franca. Reconozco mis faltas y las confieso ingenuamente.

—Con lo cual gana usted mucho en el concepto de sus buenos amigos.

—También he de decir, no como disculpa, porque el obrar con alguna ligereza no la tiene, pero siquiera como atenuación de ello, que la indiferencia, el abandono, la ofensa diaria, van engendrando el despecho; el despecho abre la herida del amor propio, la soberbia y la venganza en íntimo consorcio aconsejan el desquite, y... y una vez en ese terreno... En fin, vizconde, vale más no hablar de lo pasado porque si hubo una Magdalena que pudo redimir sus faltas ante la gran bondad del supremo Redentor, en el día, las faltas de la mujer es muy difícil que encuentren Re-

dentor. Para empujarlas y que sigan delinquiendo hay muchos; para tenderles una mano y ayudarlas a sostenerse, hay muy pocos.



El vizconde permaneció algunos momentos sin contestar, mirando atentamente a Magdalena.

Después dijo:

—Lo que acaba usted de decir es muy hermoso, vizcondesa y estoy seguro que el príncipe de Monte Santo ha sabido hacerla justicia, si como dice tiene el propósito de pedirla su mano.

—No hablemos de eso —repuso la dama sonriendo— porque el príncipe nada me ha dicho y solo se ha limitado a dirigirme algunas galanterías, como se las ha dirigido a otras señoras.

—Pues no la quepa usted duda que ha hablado de esto con diferentes personas, todas muy conocidas de usted, expresándose de un modo que no deja duda alguna de sus propósitos. Como la he dicho, yo mismo le he oído hablar con Carolina, proponerle como amiga de usted, la hiciese alguna indicación respecto a sus propósitos.

—Mala embajadora fué a buscar,—dijo Magdalena sonriendo—de fijo que trataría de disuadirle de su propósito, si realmente tenía el que usted indica.

—No tanto, Magdalena, no tanto.

—Tal vez más, vizconde. Conozco bastante a todas mis antiguas compañeras de colegio y se de lo que cada una es capaz.

—Y apropósito,—dijo el vizconde.—Ahora que habla usted de sus condiscípulas. ¿Está enferma acaso su amiguita Soledad? He preguntado a Carolina por ella y...

—¿Y qué le ha dicho a usted?...

—¡Oh! Algo ha dado a entender que... Pero como Carolina, y usted dispense si hablo así, me parece que tiene una lengüecita algo ligera...

—Sí, sí. Bastante.

—Dió a entender no se qué de unas pretensiones exageradas y...

—Vamos, Federico. No haga usted caso. Carolina ha tenido la culpa de que Soledad haya desaparecido de esta casa.

—¡Qué dice usted.

—La verdad.

—Hablando con Lorenzo, que por cierto siempre había elogiado mucho a Soledad, creímos que tal vez habría tenido algún disgusto con alguna de ustedes, y esta sería la causa de su retraimiento. Pero Lorenzo preguntó, según me dijo, a Matilde y ésta le contestó que no sabía nada, Ricardo también habló de esto con Esperanza y ésta le dijo que no sólo no la ha-

bían vuelto a ver, sino que se había mudado de casa y nadie sabía donde se mudó.

—¿Y Carolina no le ha dicho...?

—Vulgaridades nada más, que no favorecen gran cosa a esa joven.

—Pues precisamente por ella no ha venido más Soledad ni volverá a esta reunión.

—¿Qué dice usted?...

—Lo mismo Matilde que Esperanza y yo, estamos haciendo diligencias para ver si la encontramos y tenga usted presente que apesar de cuanto diga Carolina y cuanto usted que parece distinguirla, pueda creer, Soledad entrará en nuestras casas porque la juzamos digna de nuestra amistad.



Con tanta firmeza. con tanta convicción pronunció Magdalena estas palabras, que el vizconde de Utrera no pudo menos que contestar:

—¿Pero qué daño puede haber hecho Soledad a Carolina para que así hable de ella?

—¿Y acaso necesita Carolina que le haga daño alguno una persona para censurarla y criticarla?

—Eso es verdad, —repuso el vizconde.— Tiene un carácter muy especial. Ahora que hablamos con franqueza, crea usted que yo

me he llevado un gran chasco. La creí otra cosa muy distinta. Me parece que en aquel corazón...

—¿Cree usted que en el pecho de Carolina existe el corazón?

Esta pregunta en una persona que hablaba con tanta discreción como Magdalena, de tal modo sorprendió al vizconde que se quedó silencioso durante un buen espacio.

Después dijo con una expresión extraña y como respondiendo a algo que en su fuero interno hubiese pensado:

—Quizás sea eso

A estas palabras siguió un silencio que se prolongó algunos segundos.

El vizconde miraba a Magdalena cual si quisiera decirle algo, pero no se atrevía.

Por fin, se aproximó un poco más y dijo:

—Magdalena, usted me dispensará lo que voy a decirle, pero crea usted que es la expresión sincera de lo que siento. Me parece que hasta esta noche no he conocido a usted.

—Pues sin embargo, —repuso la joven sonriendo,—creo que hace algunos meses que nos le presentó nuestro antiguo amigo Lorenzo Calderón.

—Cierto, pero debo confesar a usted porque también me agrada reconocer y confesar mis faltas, que me fijé solo en Carolina y no he

conocido a las demás, lo cual no me perdonaré jamás.

—¿Acaso está usted arrepentido de la elección que hizo?—preguntó Magdalena.

—Si no estoy arrepentido, quizá me encuentre en camino de ello. Ya he dicho a usted antes, que Carolina me ha dado un gran chasco. No es la mujer que yo había creído... ni me parece que es digna de un hombre que en algo se estime.

—Pues pensando de ese modo...

—Ya comprendo que me dice usted que podría dejarla. ¿No es así?

—Dispenseme usted si no le contesto afirmativamente. Pero desde luego, si usted juzga que no le conviene, en libertad se encuentra para romper unas relaciones que...

Y Magdalena no pudo continuar porque en aquel momento se presentó Carolina diciendo con intencionado acento:

—Vamos; no sabía yo que el señor vizconde estuviera tan agradablemente entretanido.

—Efectivamente,—contestó Federico.—La señora vizcondesa ha sido tan amable que me ha honrado permitiéndome pasar a su lado algunos minutos que me han parecido un instante.

—Siempre tuvo Magdalena fama de amable y bondadosa para con los caballeros galantes como usted. Pero como ya me parece que han

hablado ustedes bastante, en virtud de mi derecho, ofrézcame usted su brazo para llevarme al lado de Angelita.

Y apoyando la enguantada mano en el brazo de Federico, le separó de Magdalena.

La presencia del príncipe de Monte Santo, impidió tal vez que Magdalena o el vizconde contestaran a Carolina, la cual dijo ironicamente aludiendo al italiano.

—No padrás quejarte amiga mía; que te dejo bien acompañada.

XIII

Entre amigos

—Pero vamos a ver, ¿no habrá quien me sepa decir quién es ese don Luís de Campodoglio, príncipe de Monte Santo, que tanto lustre se dá, y nadie conoce?

—Pues mira, Federico, si tanto te interesa, preguntaselo a Mariano Romero que fué quien lo presentó en casa de la marquesa.

—¿A Mariano Romero, dices?... A ese, lo que me parece que voy a tener que darle es una estocada que lo tenga en cama al menos un mes.

—No hagas semejante cosa, Federico.

—Ya estoy harto de oír las bravatas de ese mono y los aires de dueño que aparenta respecto a Carolina. Puedes creer, querido Lorenzo, que me estoy conteniendo mucho, y ya sabéis que no soy hombre de gran paciencia.

Esta conversación sostenían Lorenzo, Ricardo y el vizconde de Utrera, una noche en el carruaje de Federico, al salir del Teatro Real.

—Pero bien,—dijo Ricardo.—Vamos por partes. Primero has preguntado que sabíamos de ese famoso italiano que según dicen es tan rico y a quien no conocemos ninguno. Después nos hablas de Marianito Romero, y salimos con que este individuo, a quien tampoco conocemos, sino por lo que de él dicen, te se ha montado en las narices y tratas de hacerle que se apée de semejante cabalgadura, lo que juzgo muy natural después de todo. ¿Pero qué tiene que ver lo uno con lo otro, vamos a ver?

—Mucho — contestó el vizconde.— Todos estamos conformes según lo que otros hablan que ese Marianito Romero, que tanto juega, y tanto gasta en juergas de todo género, nadie sabe ni de dónde ha llegado, ni quién es, ni de dónde saca el dinero que gasta. Todos sabemos también, que ese príncipe de Monte Santo ha sido presentado por Mariano Romero, que

dice le ha conocido en París y yo he tenido la ocurrencia de escribir a Casimiro de Grandpie, redactor de uno de los periódicos más importantes y un *sportman* de los mejores, y me ha contestado que ese príncipe debe haber bajado de la Luna sin duda, porque en nuestro planeta no ha oído nombrar nunca a ese caballero. Por eso os he dicho que deseo saber quién puede ser ese príncipe tan dudoso, presentado en nuestros círculos por un personaje tan dudoso también como Romero.

—¡Ay! querido vizconde — repuso Lorenzo. — Eso no te sorprenda. En nuestra sociedad, en nuestros círculos, tan ridículamente intolerantes para cosas insignificantes muchas veces, hay una gran tolerancia para admitir al osado que viste bien, habla mejor y gasta con profusión, sin que nadie se preocupe por saber quién es, de dónde viene y a dónde pretende ir. Déjate de hacer esas averiguaciones, que en todo caso, quien deberá hacerlas es la vizcondesa de Solares, si como se murmuraba por los salones parece que se va a casar con el príncipe.

— Pues precisamente por eso, es por lo que quisiera saber algo positivo.

— ¿Acaso te has desengañado ya de Carolina y piensas en su compañera de colegio?

— Necio fuera, — repuso Ricardo, — si no se hubiera desengañado de Carolina. Esperanza

que ya sabeis que no le gusta, lo mismo que a Matilde hablar de sus condiscípulas y censurarlas, algunas veces se comprende que la mortifican las ligerezas de su antigua compañera de colegio.

—Demasiado sé ya lo que es Carolina,—dijo Federico,—pero acordaros que os dije un día al hablarme Lorenzo de lo que eran la mayoría de estas señoras que forman la llamada «Corte del Amor», que llegaría hasta donde pudiera, y me parece que estoy ya muy próximo a ese caso. Respecto a la vizcondesa de Solares, he de deciros ingenuamente, que me he visto obligado a modificar en gran manera la opinión que formé al hablarla por primera vez.

—Acuérdate,—repuso Lorenzo,—que te dije también que no formarás juicio alguno respecto a todas estas señoras hasta que no las conocieras lo suficiente, y aun en este caso, te sería muy difícil acertar porque a la mujer, no se la conoce nunca lo bastante.

—Tan distinta la he visto en ocasiones en que hemos podido hablar particularmente; tan imparcial, tan franca, tan discreta, que si como dicen algunas personas, había cometido faltas durante su matrimonio, desde el momento que las reconoce y las deplora, y no ha vuelto a incurrir en ellas ahora que más libertad tiene para ello, ya está lo suficiente

mente rehabilitada. Por esta razón me intereso por ella como podría hacerlo por una parienta mía, y no sé porqué se me ha metido en la cabeza, que hay por alguien un afán muy grande por casarla con ese príncipe desconocido.

—Calla, chico, — exclamó Ricardo apenas cesó de hablar su amigo. — Lo mismo... lo mismo que acabas de decir, piensa Esperanza y ayer, sin ir más lejos, se lo decía a Matilde.

—¿Y qué interés puede tener nadie en que Magdalena se case o no, con ese caballero?

—He de advertiros, que en estos días he hecho una observación.

—¿También te vas volviendo observador, querido vizconde?—dijo Ricardo.

—Sí, amigo mio. Es un terreno el salón de la marquesa de Monteblanco que se presta admirablemente para poder observar.

—Dice bien Federico, —repuso Lorenzo— y empiezo a creer que no ha perdido el tiempo, como creíamos. Vamos a ver. ¿Qué has observado?

—En primer lugar, que según me dijo ese don Nicolás Esteller, que siempre se sonríe y esa sonrisa me parece más falsa que el alma de Judas, Maria Morante estaba poco menos que a matar con Carolina y algo debía existir, porque una y otra se decían cada indirecta que picaba, amigos, picaba. Pues bien; de

poco tiempo acá, las dos están a partir un piñón. Esteller y Mariano aparecen muy amigos del príncipe italiano y todos aconsejan a Magdalena que no sea tonta y que acceda a las pretenciones de Monte Santo que es una bellísima persona y está locamente enamorado de ella.



Ni Ricardo ni Lorenzo contestaron de momento, a lo que acababa de decir el vizconde.

Ricardo, tal vez porque no dió importancia al asunto.

Lorenzo, por el contrario.

Porque le tendría dado demasiado y frunció el entrecejo y se quedó pensativo.

De pronto, dijo:

—No te fies de esa aparente amistad de María y de Carolina. Lo mismo te digo de la de Esteller y Mariano. No te diré que aquel sea tan malo como éste, pero no creas que hay gran diferencia.

Así lo he creído también respecto a las dos señoras. En cuanto a los hombres, no tengo antecedentes respecto a Esteller, pero me es antipático; le juzgo muy falso y para mí ya tiene bastante. Además, según dice Carolina, es amante o pretendiente de María y con eso está hecha su apología, porque indudablemente se querrá casar por los cuartos.

—No sé cual pueda ser el misterio de ese consorcio porque si bien María es bastante rica, Esteller tiene más dinero que ella. Es verdad que él es muy avaro y que todo le parece poco, pero la verdad es que Esteller tiene un fortunón.

—Pero después de todo—dijo Ricardo—todavía no nos has explicado que tenía que ver esa reconciliación verdadera o aparente entre esas señoras con el asunto de Magdalena.

—Pues que según frases que se le han escapado a Carolina hablando conmigo sobre ese particular, he comprendido que entre ella y María Morante y tal vez contando también con Angelita, era menester que se casara Magdalena con el príncipe ese.

—¿Pero por qué se ha de casar...? ¿Van ganando ellas alguna cosa con esa boda?

—¿Queréis que os diga la idea que se me ha ocurrido? Tal vez sea muy descabellada, o pensar mal de algunas personas. Para mí, entre el príncipe, Esteller y Mariano, hay algún compromiso contraído, y quizás, la base de ese compromiso sea el matrimonio con Magdalena.

—En tal caso, si el príncipe es un bribón, debe ser un tonto a quien tratarán de explotar los otros,—dijo Lorenzo.

—Lo que me parece,—repuso Ricardo es que con todas estas cosas, con las envidias, las

quisquillas, y los propósitos matrimoniales que existen, la «Corte del Amor» se va a disolver. Ya hemos visto que sin saber como ni porque, ha desaparecido Soledad.

—No hablemos de eso,—dijo Lorenzo—porque he oído algunas suposiciones que si las diese crédito, me harían dudar del que juzgaba un gran conocedor de la sociedad.

—También yo he oído algunas de esas suposiciones, pero puedo daros noticias verdaderamente fidedignas.

—¡Tú!—exclamaron a la vez Lorenzo y Ricardo.

—Sí. Las tengo por la misma Magdalena, que aún cuando inconscientemente, tuvo alguna culpa.

—¡Hombre y nada nos habías dicho y eso que sabías el interés que nos tomábamos por esa joven...!

—Como no se había presentado ocasión de nombrar a Soledad... Ahora mismo, si no la nombra Ricardo, no se me hubiese ocurrido deciros lo que sé. Y por cierto que me extraña que Esperanza no le haya dicho nada a éste.

—Sí,—repuso Ricardo que era el aludido por el vizconde.—Me pareció que estaba muy contrariada por su desaparición y más todavía por no saber donde se había trasladado.

—Habla, vizconde, habla,—dijo Lorenzo. Cuéntanos lo que te refirió Magdalena.

Federico dió a sus amigos todas las noticias que Magdalena le diera, y cuando hubo terminado, el semblante de Lorenzo se había esclarescido.

—¡Vamos! ¡Qué la tal Carolina es una alhaja!—dijo Ricardo.

—Falsa, amigos míos, muy falsa,—añadió Lorenzo.

—Por mi parte,—repuso el vizconde—estoy esperando que se me presente una ocasión para romper por completo.

Me parece que es lo que debes hacer, Federico. Recuerda lo que te dije la primera vez que las vimos en la calle,—contestó Lorenzo.

—No hagas ese plural, querido,—se apresuró a decir Ricardo—porque Esperanza es bien distinta.

—No te lo niego. Lo que debes hacer, si realmente la quieres, es obligarla a que abandone esa reunión, como también trata de hacerlo Matilde.

XIV

Un pacto

—¿Sabes lo que te digo, Florentino?—decía una noche Esteller a su consocio, después de haber pasado las cuentas como hacía diariamente.

—¿Qué tienes que decirme?

—Que vayas despidiendo muchos de los clientes que tenemos. Tú te irás a tu pueblo ya que el médico te lo ordena y yo creo que tiene mucha razón, y yo no tendría más remedio que dar la cara y esto no me tiene cuenta. como tú comprenderás.

—Desde luego. Hasta ahora yo te he servido perfectamente y ninguno de esos bribones con quienes hemos tratado, podía sospechar que quien les daba el dinero y utilizaba en doble o triple, lo que ellos robaban era el rico propietario don Nicolás Esteller, ni podían sospechar que entre esta casa donde habitas y la en que yo, Florentino Garrote, como han dado en llamarme, vivo, hay una comunicación secreta porque las dos casas son tuyas. Tú no puedes ni debes alternar y utilizar ya sus negocios, con decirles conforme vayan viniendo que se dirijan a otra parte, estamos listos. Pero y los préstamos que tenemos hechos con pagarés o letras, ¿cómo lo vamos a arreglar?

—Eso no hay necesidad de tocarlo puesto que todos los documentos están endosados y las escrituras de hipotecas hechas a mi nombre. Este será el único negocio que pienso seguir.

—Haces bien. De modo que a la Melchora y a la Zapatera...

—Hay que despedirlas.

—Eso quiere decir que Mariano...

—Me estorba, Florentino, me estorba. Hace días que te he dicho que se va haciendo imposible en Madrid.

—¿Y qué vamos a hacer de él?

—No lo sé. Ya veremos.

—Te prevengo que ese es mal enemigo.

—Peores sabes que los he tenido. No te ocupes de él.

* * *

Durante un buen espacio, Esteller estuvo mirando unos documentos.

A lo mejor hacía alguna pregunta a Florentino, respecto a cuentas pendientes o a plazos próximos a cumplirse.

De pronto dijo:

—¿Cuando termina el plazo del medio aderezo que traje la Zapatera?

—El día ocho—contestó Florentino.

—Estamos a dos—murmuró Esteller—de modo que faltan seis días. No nos podemos descuidarnos.

—¿Qué quieres hacer?—preguntó Florentino que había podido entender las últimas palabras.

—Ese medio aderezo—repuso Nicolás arrellanándose en el sillón como satisfecho de sí mismo—no podrás tú comprender como puede ser una espada de dos filos que hiera a las dos personas que me conviene herir.

—Difícil es que lo comprenda, porque únicamente el diablo es capaz de adivinar lo que tú llevas en esa cabeza.

—Pues con el trabajo de esta cabeza he realizado mi fortuna y he contribuido para que hagas la tuya también,

—¡Oh! Pero la mía ha sido en proporción más reducida.

—Como que tú no has sido más que el brazo ejecutor de lo que yo creaba.

—En eso ya tienes razón, porque la verdad es que hemos hecho muchas maldades.

—Si no las hubiéramos realizado nosotros, otros las habrían llevado a cabo dejándonos con tres palmos de narices, conque vale más que nos hayamos adelantado. Sobre todo, desengáñate, que maldades no hemos hecho ninguna.

—Mira Nicolás. .

—Hemos hecho negocios algo arriesgados, es verdad, pero negocios al fin. Pero de esto no hemos de ocuparnos ya puesto que los medios sean los que quieran, nos han llevado al fin que perseguíamos.

—Tienes razón.

—Desengáñate, Florentino, que el hombre en el mundo no es más que una cifra cuyo valor varía según el lugar en que se la coloque. Los expertos deben utilizar esas colocaciones modificándolas, cambiándolas de sitio o anu-

lándola cuando conviene. La cuestión es que esa cifra sea siempre positiva para el que sabe manejarla.

—Y tú, lo has sabido. No se puede negar.

También he tenido mis quiebras.

—Mayores las he tenido yo, ya lo ves. He perdido hasta la salud por haberte servido.

—El resultado ya lo has encontrado igualmente. Si hoy puedes hacerte un modesto propietario en tu pueblo, y contar siempre con un centenar de duros a tu disposición; ¿cuándo hubieras podido llegar a ese estado siendo un triste cochero, como eras al encontrarnos en Madrid?

—Bueno, sí, pero hasta ahora...

—Dentro de pocos días, te daré tu liquidación y el dinero que te corresponde. Ya te lo he dicho y sabes que contigo jamás he faltado a mi palabra.

—Apresúralo todo lo posible, porque cada día que paso en Madrid me parece que estoy peor.

—El día ocho te prometo que te daré la liquidación y al mismo tiempo habré quizás, liquidado también esos otros dos asuntos, que debe resolver ese medio aderezo que me trajo la Zapatera.

—Pero, ¿qué es eso?

—Ya lo verás en su día. Por ahora me reservo el secreto.

*
* *

El siguiente día, Esteller, que se había cuidado bastante de su persona, hasta el extremo de que su ama de llaves, y cocinera le dijeran que parecía un pollo de veinte y cinco años, se dirigió a la casa de María Morante.

No era día de recibir para la solterona, pero esta había facultado a Esteller para que la visitara cualquier día de la semana, que si estaba en su casa le recibiría siempre.

Y como le había añadido también que generalmente no salía para hacer visitas o para ir a paseo hasta las cuatro, don Nicolás sabía muy bien que la encontraría dada la hora que era.

Cuando su doncella anunció a Maria la visita de Esteller, se apresuró ésta a decir:

—Que pase a la sala. Voy al momento.

Y cuando la camarera marchó a cumplir su mandato —murmuró:

—¡Buena le espera! Precisamente no podía llegar en mejor ocasión.

—Creí que se había usted perdido, amigo Esteller,—le dijo después de cambiados los primeros saludos.

—Usted me dispensará, amiga mia, pero he

estado tan ocupado estos días, con unas obras que he tenido que hacer en mi casa de la calle de Fuencarral y la pérdida de unas Acciones, que apenas si me ha quedado tiempo para los actos más indispensables de la vida. ¡Cuántas y cuántas veces me he acordado de usted!...

—Poco se ha conocido.

—Varias veces pensé escribirla diciéndola lo que me ocurría, pero esperando que tal vez el siguiente día, podría disponer de un momento para venir a visitarla, ha ido pasando el tiempo y...

—Diga usted mejor, que le importaba poco que yo tuviera necesidad de los consejos de un amigo, y dirá la verdad.

—Semejante suposición, querida Mariquita, permítame le diga que no tiene razón de ser, cuando usted misma sabe lo que la he dicho muchas veces.

—Si amigo Esteller, pero yo a eso le contaré que obras son amores y no buenas razones.

—Me parece que cuando he podido obrar con alguna libertad he venido a verla y a ponerme a su disposición para todo. ¿Puede usted dudar de mi cariño cuando tan repetidas veces la he pedido su mano, considerando como mi mayor felicidad poderla llamar mi esposa?

—¡Oh! Eso lo dicen ustedes con tanta facilidad...

—Los hombres como yo María, cuando tal dicen, están siempre dispuestos a hacerlo. Usted ha sido la que se ha negado siempre.

—Ya sabe usted la razón.

—Razón que no puede convencerme porque ya la he dicho que tan dueña como yo, sería usted de todo lo que poseyésemos. Vaya, Mariquita,—prosiguió Esteller aproximando su silla, y con acento sumamente cariñoso—decídase usted de una vez, y de ese modo con verdadero y legítimo derecho podré vengar a mi esposa de todas las ofensas que se la infieran.

* * *

Estas últimas palabras no dejaron de alhagar a la envidiosa e irritada solterona.

Más vivos todavía que el primer día, estaban los resentimientos que contra Carolina y todas sus amigas la tenían constantemente sobreexcitada.

Por vengarse de ellas, porque vieran que también ella había encontrado marido y marido que no participaba de los vicios que tuvieron los de ellas, marido tan respetable como era don Nicolás, y dispuesto a defenderla contra todos, casi estaba dispuesta a transigir.

Sin embargo, aquello de entregar su libertad y su dinero a un hombre, convertirse de

dueña y señora, en la segunda persona de su casa, la era bastante duro.

—No puede usted imaginarse lo que estoy sufriendo hace tiempo con las indirectas y genialidades de todas esas que fueron mis compañeras de colegio y que hoy me tratan de un modo incalificable. Y no es lo peor lo que ellas hacen, sino que al tomarme como blanco de su inquina, alientan a todos esos caballeros que las adulan y las obsequian para que también se diviertan a mi costa. Sobre todo, Carolina y su amante, ese sinvergüenza de Romero, que si la quiere, o aparenta quererla, es solo por el dinero que le saca; crea usted que se me han hecho insoportables.

—Vamos a ver, Mariquita, —¿usted quiere que yo me encargue de castigar a esos especialmente y a todos los demás en general?

—Sí que lo quisiera, pero comprendo amigo mío que apesar de sus buenos deseos, no le será posible conseguirlo. No me queda más recurso que encerrarme en mi casa, retirarme por completo de la sociedad y...

—No continúe usted María, —interrumpió Esteller a su interlocutora. —Eso nunca, mientras yo viva. Crea usted que tengo medios para poner en evidencia a Carolina, de tal naturaleza, que ella sí, que se verá obligada a retirarse de la sociedad.

—¿De veras?—dijo María mirando con ansiosa expresión a Esteller.

—Sí, señora. Tanto Carolina como ese perdido de Romero, los tengo en mi poder, pero para poder obrar libremente necesito que...

—Concluya usted.

—Sí ya lo sabe ¿a qué lo he de repetir?

María se quedó pensativa un momento.

Tal vez aquel momento fué suficiente para que pensara que estando tan enamorado de ella Nicolás y dispuesto a vengarla, de ella dependía una vez casada dominar por completo al marido, como acababa de dominar al pretendiente, y así fué que dijo:

—¿Y cree usted que los medios que posee serán tan eficaces que inutilicen a los que...

—¿Se acuerda usted de un medio aderezo de brillantes y perlas que la dije había llegado a mi poder?

—¡El de Carolina!

—Justamente. Aquella joya procedía de Romero a quien se la dió su amante para que la empeñase.

—¿Y qué?

—Que Romero se la entregó a su otra amante, la Zapatera, para partirse el dinero entre ambos.

—Es verdad, es verdad,—dijo María —Ahora lo recuerdo, y más todavía; que quedamos en que ya trataríamos de eso. Pero como usted

no había vuelto a decirme nada y después ha estado tantos días sin venir a verme... Suponía que se había olvidado ya.

—Ya ve usted como no me he olvidado. Todo lo tengo dispuesto para cuando llegue el caso. Ese medio aderezo puede ser una bomba cuyos cascotes alcancen a varias personas de las que a usted, la molestan y a mí, por esa misma razón.

—¿Y... colocará usted esa bomba?—preguntó mimosamente la vengativa solterona.

—Si usted, me autoriza para que anuncie lo que tanto deseo...

—En usted, confío, mi futuro esposo,—dijo María después de un momento, poniendo su mano entre las de Esteller.

XV

La bomba de Esteller

Pocos días después de haber celebrado este pacto, María Morante y Nicolás Esteller, empezó a circular entre la alta sociedad madrileña que la rica propietaria hija del Excelentísimo Sr. D. Francisco Morante, iba a casarse con el no menos poderoso caballero don Nicolás Esteller.

Sin embargo, cuando a una y a otro sus amigos les pedían confirmación de estos rumores, María contestaba:

—No sé quien haya podido decir semejante cosa, pues no he autorizado a nadie para que haga correr esas voces. Esteller es un antiguo amigo de casa, a quien aprecio mucho, pero nada más.

—¡Yo casarme!...decía a su vez don Nicolás a sus amigos.—Todavía no he tenido tiempo para pensarlo. Me va muy bien mi vida de soltero... los que tal digan y los que se lo crean indudablemente no me conocen.

Y apesar de esto, las voces seguían circulando y los epigramas, las ocurrencias y el chismorreos de la sociedad sacaba partido de aquel matrimonio en que la novia pasaba de los treinta años y el futuro esposo frisaba en los cincuenta.

De otro matrimonio se empezó a hablar también por el mismo tiempo.

El del príncipe de Monte Santo, con la bellísima vizcondesa de Solares.

Mucho había tardado ésta en decidirse, según decían, pero tanto había suplicado el novio y tanto habían insistido algunas amigas de la vizcondesa, que al fin esta se había decidido.

Todo el mundo hablaba de las fabulosas riquezas del príncipe, por más que nadie sabía

ni donde radicaban sus Estados, ni de donde procedía el dinero que gastaba.

El matrimonio se había fijado para el día del santo de la vizcondesa.

* * *

—Señor don Nicolás—decía Mariano Romero una noche cuando Esteller se disponía para marchar al teatro; —ya sabe usted que le dije ayer que necesitaba dos mil pesetas porque he de hacer algunos pagos.

—Y yo le contesté y hoy se lo repito, que me encuentro sin dinero, y como también creo que se ha dado usted a conocer mucho en Madrid, me parece que haría usted muy bien en marcharse a Viena o Berlín, cuyas plazas no ha visitado usted según me dijo Duversy, y donde puede, una persona como usted, sacar un gran partido.

—Por ahora no pienso emprender ese viaje —repuso Mariano.—Primero he de dejar casado a mi amigo el príncipe de Monte Santo y en posesión de la fortuna de su mujer.

—Si se casa, amigo Romero. Yo todavía no lo he visto.

—No le quepa a usted duda. La vizcondesa no sabe ya cómo rechazar los consejos de sus amigas ni los ruegos del príncipe. Le aseguro a usted que es uno de esos hombres a quienes no hay mujer que les resista.

—De todos modos, hasta que no vea esa boda no lo creeré. Por supuesto que no vaya usted ni el príncipe a creer que la fortuna de la vizcondesa de Solares es una gran cosa. No pasará de setenta a ochenta mil duros. Antes de su primer matrimonio, sí que era bien redonda; pero entre ella y su esposo se dieron tanta prisa a gastar, que después de viuda, a duras penas ha podido reunir lo que tiene.

—Que ya es lo bastante para que Campodoglio, pueda dar buena cuenta de ella en un par de años.

—Y si usted le ayuda...

—Es natural. Como que hace tiempo nos ayudamos mutuamente. ¿De modo, que con usted no puedo contar mañana para esas dos mil pesetas?

—Por ningún estilo. Mucho lo lamento pero es imposible.

—Lo siento.

—Vea usted si el príncipe se las puede dar.

—No tendré más remedio que recurrir a él, por más que no creo esté muy sobrado porque para representar su papel tiene que gastar mucho.

—Es cierto, pero después se lo desquitará con el dinero de su esposa.

—De todas maneras, siento tener que recurrir a él.

—Pues ¿y Carolina?

—También me ha dicho que no podía [por que su administrador no le había enviado fondos.

—La verdad es amigo Romero, que gasta usted como un potentado.

—Pero también doy utilidad y de eso nadie mejor que usted y Duversy pueden dar razón.

—Cierto. Más tan explotada está ya esta plaza, que como le he dicho, antes que se acabe de descubrir el juego y se ponga usted en evidencia, sería muy conveniente que pusiera tierra por medio.

—Ya veremos cuando se case Campodoglio, lo que hago.



Casi a la misma hora que estaban reunidos Esteller y Romero, el vizconde Utrera entraba en casa de Lorenzo, diciéndole:

—He recibido el recado que me enviaste y aquí me tienes.

—Parece que te tomas gran interés por la suerte de la vizcondesa de Solares, —le contestó su amigo sonriendo.

—Si hombre, ¿por que lo he de negar? Sentiría que tuviera algún nuevo desengaño. ¿Qué has averiguado? ¿Te dirigiste como quedamos a la embajada de Italia?

—Ya lo creo. Puedes estar tranquilo, respecto a la suerte de Magdalena. El principado

de Monte Santo es antiguo. Posee grandes posesiones en Toscana y el actual príncipe es persona muy instruída y muy formal.

—Mas vale así. Te aseguro que esa amistad del príncipe con Mariano Romero me tenía bastante inquieto. Además, ese interés demostrado por Carolina, por la Marquesa y por Esteller, me llamaba la atención. Como todas esas personas, no son santos de mi devoción en cuestión de lealtad y desinterés...

—Si que es algo raro. Pero la verdad es lo que te acabo de decir. El secretario de la embajada, que precisamente es Florentino, me ha dicho que las Monte Santo es familia conocidísima en el país y el joven príncipe una persona bellísima por todos conceptos. Y el casamiento, según me ha dicho Matilde, ha de verificarse muy pronto.

—El día del santo de la vizcondesa, creo que dentro de quince o veinte días.

—Pues que Dios los haga bien casados,—respondió Lorenzo.—¿Y tú? ¿Cuando piensas romper con Carolina?

—No creas que me falten ganas, porque cada día me va pareciendo peor. Pero como si la maldita lo comprendiera, cuando me ve a punto de estallar, no se que como lo conoce que me quita la acción para todo.

—Permíteme que te diga, vizconde, que de

eso tú tienes la culpa. Ya sabes que te dije que era una mujer peligrosa.

—Sí ya lo sé. Si he sido yo mismo quien se se ha ido enredando y hoy, te lo confieso, no se cómo concluir.

—¿Pero estás bien resuelto?

—Ya lo creo.

—Pues entonces, márchate un mes a París sin decirle nada, se pondrá furiosa, te escribirá una carta o varias en que te dará quejas; entre estas fácil es que se deslice alguna frase ofensiva o la tomas en este sentido y la escribes una carta de ruptura.

—Algo así tendré que hacer. Esa amistad tan estrecha que parece existir entre Carolina y Mariano ha llegado a serme insoportable.

—Bastante has tardado, querido amigo—repuso Lorenzo.—Créeme, rompe lo más pronto que puedas, porque... vamos, Federico, porque no te favorece mucho ese amor.

—Si yo no la quiero. Ya te lo he dicho. Creí que era otra cosa. pero esa mujer tiene una seducción extraordinaria y entro en su casa resuelto a no volver, y salgo de ella prometiéndola que a la noche nos veremos en el teatro o en la reunión de las de Prado o de la condesa de Llanas, o en casa de Angela.



Dos días después de esta conversación, acababa de levantarse el vizconde y se disponía a desayunarse, cuando entró en su habitación el ayuda de cámara, llevando en una mano un objeto envuelto cuidadosamente en un papel blanco y una carta.

—¿Qué es eso, Carlos?— le preguntó el joven.

—Esto acaba de traer un hombre bastante viejo y vestido modestamente, diciéndome que se lo entregara al señorito. Le pregunté si la carta exigía contestación, pero me dijo que no, que se trataba de un caso de conciencia, y que no necesita contestación alguna.

—¡Un caso de conciencia!— exclamó el vizconde.—¿Y se ha marchado ese hombre?

—Sí señor.

—Mal hecho. No haberle dejado marchar hasta que yo no hubiese visto esa carta.

—Como él me repitió tanto que no podía esperarse y que su presencia no era necesaria, yo...

—Bien, bien. Deja eso ahí encima y ya puedes marcharte, pero no dejes entrar a nadie, porque voy a salir.

Una vez sólo, el vizconde dijo al mismo tiempo que rompía el sobre de la carta:

—Vamos a ver este caso de conciencia, co-

mo dice Carlos, que le ha manifestado el portador de esto,

Desplegó la carta y miró la firma.

—¡«Un sacerdote»!— exclamó. — ¡Un sacerdote firma la carta y no pone su nombre?... ¿Si realmente se tratará de un caso de conciencia?

Y excitado por la curiosidad, se puso a leer la carta, que decía así:

«Señor vizconde de Utrera.

Muy distinguido señor: Usted me dispensará si no teniendo el honor de conocerle, me dirijo a usted, pero por lo que le diré, comprenderá la razón que he tenido para ello.

Bajo secreto de confesión, una desgraciada mujer, de vida algo licenciosa, amante según me ha dicho, de un individuo cuyo nombre me ha revelado, pero que yo no estoy autorizado para repetir, me ha dicho que esas alhajas que le remito adjuntas, que son un medio aderezo de brillantes y perlas, de gran valor, le fué regalado por el citado caballero, su amante.

Que ella aceptó el regalo creyendo que positivamente era de la propiedad del donante, pero que posteriormente supo, que el citado caballero había recibido aquellas joyas, de una noble dama con la cual tenía relaciones más o menos íntimas.

Desde el momento que supo esto, solo pensó la desgraciada a quien estaba confesando, en buscar el medio para devolver a la persona verdadera dueña del citado medio aderezo, lo que ilícitamente tenía en su poder, y como al mismo tiempo no quería comprometer al que se lo había regalado, venía a mí para que me encargase de ello, bajo el secreto de la confesión.

Como era consiguiente no podía negarme a lo que me pedía, y la pregunté a quien debía dirigirme y entonces me dijo que solo había podido averiguar que la dama, dueña de esas alhajas, se llamaba Carolina y que según había oído a su amante, usted la conocía mucho. Que me dirigiese a usted enviándole al mismo tiempo el estuche, diciéndole todo lo que acabo de referirle, para que usted se lo entregase a su legítima dueña.

En cumplimiento de la promesa que hice a esa pobre mujer, que tal vez al recibir usted esta carta, ya habrá muerto, le envió la presente y el medio aderezo de brillantes y perlas, para que usted lo entregue a esa doña Carolina, a quien pertenece.

Dado todo lo que antecede, no extrañará usted que firme esta carta, únicamente como,

UN SACERDOTE».



Puede comprenderse fácilmente el efecto que produjo en el vizconde la lectura de semejante carta.

Otra vez volvió a leerla y después cogió el estuche de terciopelo y lo abrió.

—Y efectivamente, el medio aderezo era precioso ¿que hago yo ahora?—dijo Federico mirando la carta y la joya.—En su vida ha cometido Carlos un disparate como el de hoy dejando marchar al portador de este mensaje. ¡En buen apuro me pone! No puedo entregárselo a la autoridad diciendo que no conozco la persona de quien se trata porque sería dar una publicidad a este asunto, que produciría tal vez el escándalo que ese sacerdote se ha propuesto evitar. No es merecedora Carolina a que se le guarde consideración alguna. Esa es la verdad. De modo, que esas voces que circulaban respecto a supuestos amores entre ella y Mariano, amores que ella siempre me había negado diciéndome que era un amigo antiguo y muy bueno para ella, era una mentira infame con la cual me engañaba... ¿Y merece acaso una mujer así, que se la guarde la más ligera consideración...? No; haré pública esta carta y... ¡Basta, vizconde...!—prosiguió Federico como avergonzado de lo que acababa de decir.—Fuera indigno tu proceder, y no por

ella, por tí mismo, que te pondrías a su nivel; no debes hacerlo.

Y volvió a dejar el estuche sobre la mesa y tornó a leer la carta.

—Tampoco puedo enviar con un criado carta y aderezo, sin que yo lo acompañe con otra que tendrá que ser muy dura y... No hay más. He de ser yo quien vaya a cumplir el encargo. ¿Pero tendré fuerza de voluntad suficiente para dominarme y no decir a esa mujer miserable, lo que es...? Debo tenerla. El mejor castigo para una mujer como ella, es el desprecio. Iré yo mismo a devolverla el aderezo y a entregarle la carta. Debería morirse de vergüenza al ver que yo estoy enterado del precio a que compra sin duda, el amor de ese indecente Mariano y el valor que éste da a las joyas que ella le entrega cuando se las regala a otra querida que valdrá poco más o menos lo que ella... Pero no se morirá, estoy seguro, y escuchará lo que yo le diga con la mayor indiferencia... ¡Oh! ¡Qué bien me decía Magdalena que no continuase esas relaciones...! ¡Qué en ridículo me ha estado poniendo esa mujer!



Carolina acababa de tener una entrevista algo violenta con Mariano Romero.

Este, desde la negativa de Esteller a darle

la cantidad que le pidió, andaba algo apurado.

Había recurrido al conde de Monte Santo y sin duda debió hacerlo en mala ocasión, porque salió del Hotel donde este residía mientras preparaba la casa que debía ocupar al casarse con Magdalena, diciendo:

—¡Para qué uno se fíe de los amigos...! Después que tantas veces le he dado para comer; y después de facilitarle una boda como la que va a hacer, me niega tres o cuatro mil pesetas que necesito.

Y como no le convenía dar a entender a sus amigos el aprieto en que estaba no le quedó más recurso que dirigirse a Carolina.

Pero ésta, como le dijo, le había dado ya todo lo que podía.

Empezó dándole su amor, y después le dió dinero, y alhajas cuando no tenía metálico y aún que ésta le pidió repetidas veces las papeletas de empeño de aquellas joyas, siempre se había negado a entregárselas diciéndola que no tardaría en desempeñarlas y devolvérselas.

Por fin, a fuerza de mimos y protestas de amor y caricias, consiguió que Carolina, le entregase mil pesetas que acababa de recibir de su administrador.

Sin embargo, cuando Mariano estuvo fuera de su casa y libre de la influencia que aquel miserable ejercía sobre ella, se arrepintió de lo hecho, pues ella también tenía sus compro-

misos a que atender, y se irritó contra sí misma por haber sido tan débil.

En aquel momento, entró su doncella anunciándola que el vizconde deseaba verla.

—Pues si llega nn poco antes y se encuentra con el otro, ya hubiésemos tenido tiesura y desdén para días,—murmuró.

—Me parece,—dijo la camarera con esa franqueza que suelen tener las que favorecen y encubren las intrigas de sus señoras—que el señor vizconde viene muy serio y muy grave.

—Eso solo falta—repuso Carolina.—Tentada estoy en no recibirle.

—Ya me ha dicho, sin que yo le hubiese hecho objeción alguna, que le era indispensable verla.

—Pues mira, que pase y así sabremos lo que quiere.

Poco después, Federico entraba en el aposento.

Detúvose un momento en la puerta, dando lugar a que Carolina, sonriendo le dijera:

—¿Espera usted acaso que le dé permiso para pasar adelante?...

—Por el contrario—Carolina—repuso el vizconde con frialdad. Lo que espero no es licencia; lo que deseo, es que usted reconozca que no debió alentarme nunca para que entrase aquí.

—¿Qué quiere usted decir, vizconde? —pre-

guntó Carolina levantándose de su asiento y dando un paso hacia el joven.

— Como nuestra entrevista ha de ser muy breve, pues sólo tiene por objeto cumplir un encargo, y abandonar un lugar que no me pertenece, dispénseme usted si no tomo asiento.

Carolina no pudo menos de extremecerse.

Veía a Federico como no le había visto nunca.

Sin embargo, todavía quiso ver si conseguía desvanecer la nube que parecía indicar el aspecto del vizconde, y le dijo mimosamente:

—Vamos, niño, me sentaré yo y tú vendrás a sentarte a mi *vera* como siempre.

Y la joven fué a sentarse en la *chaise longue* que tenía cerca de sí.

Federico permaneció de pie.

—Cuando un hombre como yo—dijo—forma una resolución, es porque tiene sobrada razón para ello y es inútil cuanto usted haga y diga para impedirlo. Hoy mismo y por una mano desconocida he recibido esta carta, léala usted y aquí está el objeto que con ella se me ha entregado.

Y el vizconde sacó la carta del sacerdote y el estuche con el medio aderezo.

Inquieta, agitada, presa de una sobreexcitación grande, Carolina vió aquellos dos objetos que Federico le presentaba.

El joven, para definir más la situación, abrió el estuche y dijo presentándoselo a la dama:

—¿Reconoce usted eso?

Al ver Carolina el medio aderezo, palideció intensamente y alzándose violentamente de la *chaise longue*, exclamó con voz temblorosa;

—¿Quién se lo ha dado a usted?

—Esa carta se lo dirá.

Carolina cogió el papel, y tal era la impresión que había recibido, que hubo de restregarse los ojos con el pañuelo porque no acertaba a leer lo que en él había escrito.

Conforme iba leyendo, iba acentuándose más el efecto que su lectura le producía,

Cuando terminó, estrujó de un modo nervioso el papel murmurando con voz sorda:

—¡Miserable!...

Federico percibió esta palabra y dijo:

—Si a ese hombre, cuyos actos bien merecen el calificativo que acaba usted de darle, reconoce que está bien dado, ¿qué calificación dará usted a la mujer que en tan poco se estima, que así compra el amor de un vividor de mal género, y ha aceptado al mismo tiempo el de un noble caballero, que con toda la lealtad de su corazón la hablaba, sugestionándole y poniéndole en ridículo ante esa misma sociedad que quizás sospechara o estuviera convencida del inmundo lazo que la unía con aquel miserable? Responda usted. ¿Qué merece esa mujer?

— ¡Oh! ¡Perdón!... ¡Federico! ¡Perdón! — gritó Carolina tratando de cojer una mano del vizconde.

Pero este la rechazó con dureza y dijo después, con un acento y una lentitud que hizo más duras sus palabras:

— A una mujer que delinque por una desgracia, se la puede perdonar. Pero a usted, compradora de las innobles caricias de un bribón, pagándolas por lo que se ve, a precio subido, y al mismo tiempo estar engañando a un hombre honrado y digno, no se la puede perdonar, que fuera hacerle algún favor todavía, Esa mujer no merece más que el desprecio y eso es lo único que puede usted esperar de mí.

Y sin añadir otra palabra, ni Carolina tratara de impedirlo, el vizconde abandonó la estancia.

XVI

Los efectos de la bomba

Más de media hora permaneció Carolina con la cabeza sepultada entre sus manos sin hacer movimiento alguno y sin que de sus labios brotara una palabra.

El golpe había sido terrible.

Ya suponía que Mariano la engañaba, pero se lo perdonaba todo, como decía, por lo mimoso, por lo gracioso, y por lo truhán que era.

Pero que las joyas que ella le entregaba cuando carecía de metálico en cantidad suficiente para atender las necesidades de su amante, se las regalase a mujeres de la clase que indicaba aquella carta, y que una de estas mujeres a pesar de su corrupción, hubiera tenido más vergüenza y más decoro que Mariano y se las devolviera a su legítima dueña, era superior a todo cuanto pudiera imaginarse.

Que las hubiera vendido, o empeñado, pase porque para esto se las había dado, pero no para rebajarla hasta el extremo de regalárselas a una meretriz de tan baja estofa.

Y a más de esto, lo más horrible, lo más brutal era que de ello se hubiese enterado el vizconde; que fuese por medio de él como las recibiera y por lo tanto que se enterase de lo que ella había procurado disuadirle, cuando alguna vez él, la habló de sus intimidades con Mariano.

Esto especialmente la había anonadado.

Apesar de toda su audacia, de su cinismo, no había tenido una frase para contestarle.

Las últimas frases de Federico, habían si-

do como un latigazo que la azotase el rostro, obligándola a esconderle entre sus manos para que no se advirtiera el sangriento surco que en él había dejado.

Hemos dicho, que durante un largo espacio permaneció como anonadada por el golpe que había recibido.

Pero al volver en sí, de aquel sopor en que estuvo sumida, dirigió la atónita mirada a su alrededor y tropezó con el estuche del medio aderezo y la carta que tenía sobre sus rodillas.

La reacción se verificó simultáneamente.

Se puso de pié, con la mirada centelleante y temblorosa de ira y exclamó:

—¡Oh! ¡Miserable!... ¿Cómo vengarme de él?... No, no de él solo, no... El otro me ha ofendido... ¡Despreciarme a mí!... ¡Y yo lo he podido resistir!... ¡Uno y otro me las han de pagar!...

Hizo sonar el timbre y un momento después entró en el aposento la camarera.

—Mira, Rosa,—le dijo su señora,—ve a casa del señorito Mariano y dile que... dile que venga al momento. Que es urgente que yo le vea.

—¿Y si no está en su casa?—preguntó Rosa.

—Pregunta a su *groom*, y si este lo sabe que vaya a buscarle. El caso es que venga cuanto antes.

Iba ya a marcharse la doncella, cuando Carolina la detuvo.

—Espera,—le dijo.—Encarga a Dominga, que no estoy en casa para nadie... Para nadie, ¿lo entiendes bien?...

—¿Pero si viene el señorito Mariano?...

—Para ese únicamente estoy visible. Para nadie más. Vete, no te entretengas.

*
* *

Una vez que la camarera se hubo marchado, guardó Carolina el estuche en el bolsillo de la bata, y la carta al alcance de su mano en la mesa inmediata a la *chaise longue*.

Después abandonó el aposento, fué a repetir a las otras dos criadas la orden de no recibir a nadie; salió al balcón mirando con impaciencia a la calle.

Volvió a entrar en su habitación, miró el reloj, y así estuvo dando muestras de su impaciente anhelo hasta que oyó el timbre de la puerta.

—¡Si será él!...—murmuró saliendo a la sala inmediata.

Efectivamente, Mariano afectando la mayor inquietud se adelantó hacia Carolina diciendo:

—¿Qué sucede?... ¿qué pasa?...

La viuda, sin hacerle caso, se dirigió hacia

la camarera que también había llegado con Romero diciéndole:

—Cuidado con lo que he dicho. No estoy visible para nadie.

Y cogiendo de una mano a su amante, le hizo entrar en su habitación.

—Pero vamos a ver, carita de gloria,—dijo Mariano cariñoso como siempre, pasando su brazo por la cintura de Carolina.—¿Qué es lo que te sucede?

—Pues es muy sencillo;—repuso friamente la interrogada, deshaciéndose de la presión de su amante y cerrando la puerta de la estancia.—Vas a saberlo al punto.

—Créeme, que muriéndome estoy de ganas de saberlo desde que Rosa me dijo que con tanto afán me esperaba la reina de mi alma.

—Olvidate por ahora de la reina y de la gloria y piensa únicamente en la mujer a quien has ofendido y a quien has obligado a que baje la cabeza y deje sin contestación a la persona que ha venido a decirme que no merezco más que el desprecio.

—¿Y quién ha sido capaz de decirte eso? Pronto, su nombre, y yo te juro...

—Antes de todo,—interrumpió Carolina a Mariano,—lee esa carta y tú me dirás que he de contestar a ella.

Y cogió la que el vizconde la entregara y se la dió a Mariano.

—Vamos, algún otro chisme sin duda, de tus amiguitas del alma.

Y Mariano al decir estas palabras desplegó la carta y al ver el encabezamiento, exclamó desdeñosamente:

—«Señor vizconde de Utrera... ¡Vaya! ahora se han valido de ese gomoso pretendiente que te ha salido. Me parece que voy a tener que enviar un recado de atención a ese caballero. ¿Y qué dice esta carta?... Vamos a ver.

—Te la he dado para que la leas—dijo secamente Carolina.

—No hay que incomodarse por eso, sol de los soles—repuso Mariano queriendo abrazar a su amada, que esquivó el cuerpo, diciendo con mayor sequedad:

—Que léas, te he dicho.



Mariano comprendió que no tenía más remedio que leer para saber lo que sucedía a su amada.

Pero del mismo modo que a ésta le había ocurrido cuando el vizconde le dió aquella carta, Mariano conforme iba adelantando en su lectura, se le turbaba la vista y tenía que hacer esfuerzos para continuar.

Y finalmente terminó la carta.

Y como no sabía que actitud tomar, se quedó mirando a Carolina sin saber qué decir.

Pero la misma Carolina le facilitó la manera:

—Ya te has enterado, ¿eh? — le dijo con un acento en que vibraba toda la inmensa cólera que le producía la bajeza de aquel hombre.

—Sí— contestó Mariano por contestar algo.

—El sacerdote autor de esa carta— prosiguió la viuda— cumpliendo la palabra que dió a la fulana que tú debías conocer mucho, entregó al vizconde la carta que acabas de leer y estas alhajas, que no puedes desconocer tampoco.

Y sacó del bolsillo de la bata el estuche.

Mariano, apesar de toda su desvergüenza, no pudo decir una palabra.

Carolina, cada vez más irritada viendo que aquel hombre no sabía encontrar una sola frase de disculpa, prosiguió:

—El vizconde, se ha presentado aquí, conector por efecto de esa carta de debilidades que tú debieras haber sabido respetar, y con mucha razón me ha dicho, al pretender yo sincerarme, que la mujer que había obrado como yo contigo, sólo merece el desprecio. Esto es lo que tú me has proporcionado.

Al escuchar esto Mariano, juzgó el momento oportuno de hablar.

—¿Eso ha tenido valor de decirte el vizconde? — exclamó alzando fieramente la cabeza. —

¿Eso te ha dicho refiriéndose a mí?... Yo te juro que no lo dirá más. Mejor dicho, que no tendrá tiempo para referir a nadie lo que ha descubierto por esa carta. Cuando vuelva a verte, te habré vengado.

Y aprovechando el efecto que su bravata había producido en Carolina, y antes que ésta hubiese vuelto a tocar la cuestión de las alhajas, con aire de matón, salió del aposento.

Al ver que se marchaba,—gritó la viuda:

—¡Mariano...! ¡Mariano...! ¿Dónde vas...? ven.

Pero esta llamada fué sin duda para cubrir el expediente, porque, tan luego se aseguró de que Mariano había abandonado la casa,—murmuró:

—Del choque de éstos quedaré libre de alguno de los dos.

*

* *

¿Quién ha podido sacar del poder de la Zapatera esas alhajas que yo la dí para empeñar y cuyo importe me entregó? Sin duda alguna ese maldito vizconde se habrá enredado con ella, la tunanta le habrá dicho algo; él habrá creído que con esto conseguiría la posesión de Carolina y habrá pagado a la Zapatera lo que le haya pedido para obtener esa joya... Pero

yo le juro al tal vizconde que ha de pagar cara esta jugada. Esta noche le encontraré en el Casino y no me faltará pretexto para cruzarle la cara.

Efectivamente, el siguiente día, aun cuando de una manera velada —decían los periódicos, que dos caballeros muy conocidos en la alta sociedad habían sostenido acalorada discusión en el Casino, que se cruzaron entre ellos frases bastante gruesas y que a consecuencia de ellas, se hablaba a última hora de un lance pendiente entre ellos.

Cuando Carolina leyó este suelto en los periódicos dijo:

—Lo que me había figurado. Mariano, que es tan diestro, estoy segura que hará pagar caro al vizconde, su desprecio.

A su vez Esteller,—decía a María mostrándole uno de los periódicos que hablaban de lo ocurrido:

—Ya está usted bien vengada y así se vencerá de la verdad de mi amor. La bomba que la ofrecí ha producido su efecto. Los dos caballeros que se han de batir, son el vizconde de Utrera y Mariano y la causa del duelo es aquel famoso medio aderezo que usted vió en mi poder. ¿Me negará usted todavía su mano?

La solterona envidiosa y malvada, calculó todo el efecto que podía sacar de aquel suceso

para poner en ridículo a Carolina y no pudo menos de tender su mano a don Nicolás diciéndole:

—Haga usted lo que quiera.

XVII

El príncipe de Monte Santo

Fué demasiado público el choque entre Mariano y el vizconde, para que pudieran los esfuerzos de Lorenzo, Ricardo y otros amigos del vizconde, evitar el duelo.

Todo el mundo comprendió que detrás del futil pretexto que hubo para el choque, se escondía algo más importante.

Sospechase desde luego, que Carolina no era agena a ello, pero no se podía atinar en que proporción había figurado en aquel asunto.

El duelo, concertado a espada y a todo juego, demostraba que podía esperarse un mal resultado y noticiosas de ello las autoridades procuraron impedir que se realizara.

Más ya sabemos, que a pesar de decirse esto en otros lances, los adversarios han sabido burlar la vigilancia de la autoridad, el encuentro se ha verificado y de él ha resultado muerto alguno de los dos o heridos gravemente ambos.

No le fué difícil al vizconde, encontrar la finca de un amigo en las inmediaciones de Pozuelo; allí se reunieron adversarios y padrinos, y examinando unas armas, según dijeron los periódicos, tuvieron la desgracia de causarse heridas de alguna importancia el conocido *sportman* don Mariano Romero y el joven vizconde de Utrera.

Trasladados con grandes precauciones a Madrid, circuló pronto la voz de que Romero estaba muy grave, tanto que peligraba su vida y el vizconde, sino de tanto peligro, estaba muy grave también.

Y como es consiguiente con mayor insistencia todos trataban de inquirir la razón que había motivado aquel duelo.

Pero ya se encargaron de hacer la luz respecto a esto, las indiscreciones de Maria Morante y las estudiadas reticencias de Esteller.

Tanto la una como el otro, se despacharon a su gusto, saliendo entonces a relucir todas las hazañas de Romero, de las cuales se lamentaba como víctima, el taimado don Nico-

lós, que se había asegurado antes de hablar, de que la herida de Mariano era mortal de necesidad.



Carolina, comprendió al saber el resultado del duelo, que había ido más allá de lo que pretendía.

Había buscado un poco de publicidad; que se hubiesen cruzado algunas balas entre el vizconde y Mariano o bien un cruce de sables a primera sangre, pero nunca el escándalo de un duelo a muerte, como Romero, según decían había exigido.

Objeto de todas las miradas estaba siendo; y con mayor motivo, al circular las voces que esparcieron Maria y Esteller; se la acusaba, y con justicia, de haber sido causa tal vez, de la muerte de dos personas.

Y como ya en su pasado, según hemos dicho, había algunas otras manchas, la misma sociedad que antes la había aceptado, hizo un tan marcado movimiento de repugnancia, que ella, que no era tonta, no pudo menos de comprenderlo.

Sin embargo, no quiso darse por vencida todavía.

Quería reconquistar la benevolencia de aquella misma sociedad que la acusaba de

haber engañado a dos hombres, ganando en uno de ellos un marido aun cuando fuera *in extremis*.

El que en mayor peligro estaba de morir era Mariano y en su casa se percató instalándose a su cabecera.

El herido ni siquiera se apercibió de su presencia.

La gravedad de su herida le había hecho perder el sentido, y si tenía algún momento de lucidez era tan breve que no daba lugar a nada.

Pero ella, supo de tal modo conquistar al sacerdote que debía auxiliar en sus últimos momentos a Mariano, que consintió en aconsejarle aquel matrimonio para dejar a cubierto el honor de la dama.

Hasta el mismo príncipe de Monte Santo, que fué uno de los testigos del duelo, entró en esta especie de conjura y todo quedó preparado para el momento oportuno.

Y este llegó.

Más contra lo que todos habían esperado, Mariano recobró subitamente su razón.

Y al enterarse de lo que el sacerdote le propuso y la misma Carolina con lágrimas en los ojos le suplicaba, con una energía superior a lo que de él se hubiera podido esperar, exclamó:

—No, nunca. No soy... nada bueno, pero esa mujer es peor todavía. Que se marche de aquí y me deje morir tranquilo.

Y no hubo medio de convencerle, y expiró poco después, sin haber querido verla.



Tres días únicamente habían pasado del duelo cuando murió Mariano, y los médicos que cuidaban del vizconde, dijeron a Lorenzo y a Ricardo que no se separaban de su lado, que de no sobrevenir alguna complicación inesperada, respondían de su vida.

Carolina tuvo noticia de esto por el príncipe, que diariamente enviaba su ayuda de cámara para saber como seguía el vizconde, e inmediatamente formó su resolución.

Aquella noche, cubierto el rostro con el manto, se presentó en casa de Federico.

Lorenzo y Ricardo que se habían instalado allí, la recibieron.

—Amigos míos,—dijo la viuda;—nadie como yo deplora lo que ha sucedido, máxime cuando yo era deudora a Federico, de haberme hecho conocer lo que era ese desgraciado Mariano, a quien yo había otorgado mi confianza. Vengo aquí a compartir con ustedes los cuidados que requiere el estado de su noble amigo y ojalá a costa de mi vida pudiera mi-

tigar los dolores que debe sufrir. Así seremos tres para cuidarle.

—Carolina, —repuso Lorenzo con severo acento.—Me parece que ha hecho usted un poco tarde para venir a hacer su oferta. En nombre de nuestro amigo, agradecemos su ofrecimiento, pero no podemos, mejor dicho, no debemos admitirlo.

—¿Por qué motivo?—preguntó la dama llena de despecho.

—Ignoramos tanto Ricardo como yo, lo que ha podido mediar para el suceso que ha tenido lugar entre, el difunto Mariano y nuestro amigo, pues ambos han guardado la mayor reserva respecto a la verdadera causa, pero como quiera que sea, la verdad es que usted ha figurado por mucho en ese desdichado lance y no es usted por lo mismo la persona más indicada para dedicarle sus cuidados cuando ha sido la que ha contribuido a ponerle en la situación que se encuentra. Compréndalo usted así, y evite que seamos Ricardo y yo más explícitos.

—Pero permítame usted que le diga,—repuso Carolina con alguna violencia—que se abrogan ustedes unas facultades, que no creo sean las más prudentes. Creo que lo que debían hacer es consultar con el vizconde y lo que éste resuelva...

—Dispense usted Carolina,—repuso Ricardo interrumpiéndola.—Lo que Federico resuelve—

ría, al conocer su propósito, sería indignarse de que después de haberse estado burlando de él, tuviese usted valor todavía para pretender cuidarle, y como esta indignación, en el estado que se encuentra, podía perjudicarlo, no debemos ni queremos consultarle.

Carolina comprendió que tampoco obtendría en aquella casa el resultado que deseaba y salió de allí llena de ira y de despecho.

* * *

El siguiente día, estaba Carolina bastante preocupada tanto por lo que le había pasado con Mariano y que lo había presenciado el médico, el sacerdote y Monte Santo, y lo que la noche anterior le habían dicho Lorenzo y Ricardo, cuando la anunció su camarera a su amiga la marquesa de Monteblanco.

Carolina se apresuró a salir al encuentro de su amiga diciéndola:

—Me alegro que hayas venido porque precisamente estaba pensando en ir a tu casa.

—Pues mira, te aviso, que vas a tener otra visita además de la mía—repuso Angela.

—¿Qué visita es esa, hija?

—Campodoglio. Me lo he encontrado ahora y se iba a saber como seguía el vizconde.

—No se toma poco interés por él.

—Creo que Magdalena es quien le pregunta todos los días como está.

—¿A que salimos ahora con que esa tonta se interesa también por Federico?

—Como nos interesamos todas—repuso Angela.—Por cierto querida Carolina, que en todo este asunto has estado haciendo un papel muy desairado. Y no será porque no te lo dijimos desde el principio tanto Matilde como yo.

—Mira, Angela, si has de venir ahora con reconvenciones, vale más que te calles.

—Es que mis reconvenciones son por tu bien.

—Muchas gracias, hija.

—Tómalo como quieras, Carolina, pero yo te he de decir la verdad. Como Matilde te la dirá también.

—¿Pero qué me ha de decir?

—Que te has puesto en ridículo, esta es la palabra verdadera, y en nuestra sociedad lo peor que hay es el ridículo. Yo no se cómo ni por quien se ha sabido que el duelo entre Romero y el vizconde, ha tenido por causa, un aderezo que tú entregaste a Mariano para que lo empeñara y se remediase un día que no tenías dinero que darle. Que ese aderezo, él se lo regaló o se lo vendió a una chula que llaman la Zapatera, que ésta lo hizo llegar a manos del vizconde, diciendo a quien pertenecía, mediando para esto un cura que fué quien se entendió con el vizconde.

—¿Pero qué novela es esa que estás diciendo?

—Novela ó no, el caso es que así se cuenta. Que el vizconde, te trajo el aderezo, que tu le recibiste mal, y que buscaste a Mariano y con mucha razón le llenaste de improperios y él para vengarse provocó en el Casino al vizconde y ya ves el resultado que ha tenido.

—¿De modo que es todo eso lo que se cuenta?

—Si, y ya puedes figurarte los comentarios que se añaden.

—Pues todo eso, creo que quien lo habrá dicho serán Lorenzo y...

—Lorenzo es incapaz de decir semejantes cosas aun cuando las supiera — se apresuró a contestar Angela.

—Bien se conoce lo que te interesa ese hombre.

—Interésame o no, estoy segura que no se ha ocupado de ese asunto. A mi me lo han contado, refiriéndose a Esteller, que es el que lo ha pregonado.

—¡Ah! Pues entonces ha sido cosa de María.

—A propósito. ¿Sabes que se casa?

—¿Quién?

—María.

—¿Y que desdichado va a cargar con ella?

—Pues, Esteller.

—¡Buena pareja por cierto! Ahora sí que creo que de ellos habrá salido todo eso que me has contado.

—Sea de quien sea, la versión que respecto

a tí se hace es muy poco satisfactoria y me parece que sería muy conveniente que... Supongo que ya comprenderás lo que quiero decirte.

—Ya puedes hablar — repuso Carolina con altivez. — Lo hecho hecho está ya, y me hallo dispuesta a sufrir todas las consecuencias. ¿Quieres decirme que tal vez sea víctima de algún desaire, de parte de nuestra sociedad?... Ya lo sé. Es inútil que me lo digas. Procuraré no recibirlo.

* * *

Iba a contestar Angela, cuando el príncipe de Monte Santo fué anunciado, y poco después el italiano saludaba a las dos señoras.

—¿Cómo sigue el vizconde, príncipe?—le preguntó Angela.

—Mejor, marquesa. Los médicos le han declarado fuera de peligro.

—Más vale así.

Carolina no dijo una palabra.

—Supongo—dijo la marquesa—que sus amigos no le abandonarán.

—No por cierto. Han establecido diversos turnos para asistirle.

—Y usted — repuso Carolina con incisivo acento—se habrá inscrito también para ayudarles. ¿No le ha ordenado eso también su futura?...

—Ni me lo ha dicho, ni yo tampoco lo hu-

biese hecho, porque comprendo que hubiese sido una inconveniencia.

—¡Como Magdalena se interesa tanto por el vizconde...!

—Como se interesaba también por Mariano —repuso Campodoglio.—Desde el primer momento que supo lo que había ocurrido, lo único que me rogó fué que suspendiésemos todos los proyectos matrimoniales hasta que estuviesen fuera de peligro los dos heridos.

—Respecto a uno — repuso Carolina —no lo diría porque desde el primer momento se dijo que era mortal su herida. Si acaso lo diría por el vizconde.

— Magdalena — dijo Angela — no hizo esa distinción.

—Como tanto se interesa por él...

—Su interés — contestó el italiano — es común al de todas las amigas y amigos del vizconde.

—En fin, —replicó Carolina, afectando indiferencia— el caso es, que su boda de usted amigo Campodoglio ha sufrido un nuevo retraso.

— Ya puede usted comprender que no ha sido por culpa mía.

—Es tan caprichosa Magdalena...

—Me ha parecido muy atendible su deseo, tratándose de personas que tan simpáticas eran en nuestro círculo.

— Con mayor motivo — añadió Angela —

cuando yo misma de acuerdo con Matilde y con la mayoría de nuestros amigos, al tener noticia de lo ocurrido, acordé suspender nuestras reuniones semanales durante un mes.

—Mejor fuera suspenderlas del todo.

—Puede que sí—contestó la marquesa.—Magdalena se casará dentro de un mes; María tengo entendido que lo hará antes. Esperanza, según me dijo ayer, solo espera Ricardo que su amigo esté en disposición de asistir a la boda; la baronesa del Lago, se marcha a Berlín con su papá que ha sido nombrado embajador en aquella corte. De modo que en poco tiempo perdemos varias de nuestras amigas.

—Yo también—dijo Carolina después de un momento—es muy posible que me marche una temporada a Salamanca. ¿No te parece?

—Creo que obrarás muy discretamente,—repuso Angela.

—En fin, eso ya le pensaré. ¿Y de Soledad, no se ha sabido nada más?

—No,—contestó con sequedad la marquesa.

—Vamos, esa habrá encontrado un buen acomodo y no necesitará nuestro auxilio. Si estuviera mal ya habríamos sabido de ella.

—Después de lo que la dijiste comprendo muy bien que haya desaparecido sin dejar huellas para poderla encontrar.

—Lo que yo la dije, ya lo habíamos acorda-

do nosotras. Tú y Magdalena estabais muy conformes.

—Pero lo hemos deplorado después.

—No tengas cuidado, que no se habrá dejado morir de hambre, si alguien le ha ofrecido un pedazo de pan.

Sin embargo, a veces hay pedazos de pan que dehonran y Soledad no carece de criterio para desconocerlo.

—Yo,—dijo el príncipe—se que Magdalena ha hecho todas las diligencias posibles para encontrarla y que yo mismo le he ayudado, sin conseguir nada favorable.

—Ya parecerá el día menos pensado, deslumbrándonos a todas con su lujo.

—O desesperándonos al tener noticia de sus sufrimientos y de su desdichada suerte,—repuso Angela.

XVIII

El negocio redondo, de Esteller

Conforme iban pasando los días, fué acentuándose la mejoría del vizconde de Utrera.

Grave había sido la lesión y fué necesario la inteligencia de los médicos que se encargaron desde los primeros momentos de su curación, ayudados también por su robusta naturaleza, para conseguir aquel resultado.

La mejoría como hemos dicho, se acentuaba cada vez más, pero iba con lentitud.

Sus amigos no le habían querido abandonar y Ricardo manifestó resueltamente que no se casaría hasta que Federico no estuviese en disposición de asistir a la boda.

Lorenzo, si acaso se separaba algún día de su amigo, era por ver si podía descubrir el paradero de Soledad, que desde su desaparición de tal modo se había adueñado de su pensamiento, que no se podía perdonar no haberla hablado antes de que ocurriera la escena entre ella y Carolina, en el sentido que deseaba haberlo después.

Pero Soledad se había perdido y no era fácil encontrar sus huellas, cuando ella misma había procurado borrarlas con tanta habilidad.



En el barrio de Pozas, vivía una pobre mujer que había sido criada en casa de Soledad en la época que su padre era rico.

Gertrudis, que así se llamaba aquella, se había casado en casa de los padres de Soledad, con el cochero que estos tenían.

Cuando el banquero se arruinó, Gertrudis y su marido, con una hija que tenían tuvieron de abandonar la casa donde tanto tiempo vivieron.

Más tarde, murió el marido de Gertrudis y teniendo ésta que trabajar para sostenerse ella y su hija fué decayendo y cuando la joven pudo ganar a su vez para ayudar a su madre, ésta apenas si podía ya salir de su casa.

Soledad, no había perdido de vista a Gertrudis y a su hija y las veía con frecuencia, procurando socorrerlas.

Cuando por efecto de la inconveniencia de Carolina, Soledad quiso romper en absoluto con aquella sociedad en la cual había penetrado más por las instancias de sus otras compañeras de colegio, que por aspiración propia, pensó en Gertrudis y allí se fué sin que nadie lo supiera, porque vendió rápidamente su modesto mobiliario y únicamente se llevó lo más indispensable.

La hija de Gertrudis, trabajaba para unas tiendas de la calle de Toledo.

Labor ordinaria que como es consiguiente la pagaban poco.

Soledad emprendió aquel trabajo y al mismo tiempo ayudaba a la hija de Gertrudis a cuidar a esta.

Con tal sigilo había obrado la joven que nadie, absolutamente nadie, pudo descubrir donde estaba.

Y cuidado que se habían hecho diligencias por Matilde, Magdalena, Esperanza y Lorenzo, para saber donde había ido a parar.

Hasta la misma Maria Morante, con el propósito de saber si la joven vencida por la miseria y el desamparo, había sucumbido, y poder después referírselo a todo el mundo; encargó a Esteller que averiguase algo, pero todo fué inútil.

*
* *

Las sesiones de casa de la marquesa, donde la famosa «Corte del Amor» había disfrutado de tan próspera vida, estuvieron suspendidas durante un mes, pero al reanudarse, advirtiose ya, que la concurrencia disminuía y la que acudió aquella noche, apenas apareció Carolina, hizo de tal manera el vacío alrededor de ella, que la marquesa resolvió anticipar la época de la clausura de sus salones.

—Nada, nada, Mariquita, —dijo Esteller a su futura— es preciso adelantarlo todo y todavía podremos ir a pasar nuestra luna de miel a Niza.

—Por mi parte, —repuso la solterona,— cuanto antes mejor. Esto se va poniendo insoportable.

Y como los dos estaban conformes, dijo Esteller:

—Mañana, liquidaré algunas cuentas que tengo pendientes; le daré al pobre Florentino los tres o cuatro mil duros a que asciende lo que le debo...

—¡Cómo! ¿Tanto dinero a un criado?—dijo sorprendida Maria.

—Ya lo creo. Como iba entregándome la mayoría de su salario para que yo lo negociase y ha ganado todo eso.

—¿Pero no está enfermo?

—Sí. Por eso se va a su pueblo, donde con ese capitalito puede darse buena vida.

—¿Y sabe ya lo que va a cobrar?

—No. Aproximadamente se lo figura, pero de cierto no lo sabrá hasta que le entregue la cuenta.

—Pues hágalo pronto, amigo mío, porque ya tengo gana de salir de Madrid.

*
* *

Esteller estaba lleno de satisfacción.

A fuerza de pensar, había encontrado una fórmula un tanto ambigua, para su contrato matrimonial, respecto al cual debía quedar muy satisfecha su futura.

Aparentemente, podría seguir administrando y siendo dueña absoluta de sus bienes, pero si trataba de hacerlo así, aquella fórmula daba al marido autoridad para disponer, y privar a su mujer de que hiciese lo más mínimo sin su consentimiento.

Maria firmó sin oposición alguna aquellos capítulos y todo estaba dispuesto como hemos dicho para celebrar el matrimonio tan luego

el futuro esposo hubiese despachado todos sus asuntos.

Es decir, ya el más importante era el de su consocio y criado Florentino.

Cuanto se había propuesto Esteller, todo le salió perfectamente.

De la nada había llegado a ser mucho.

Conoció el mundo en que vivía; supo engañarlo admirablemente; no desechó medio alguno por vergonzoso que fuera, si podía dejarle utilidad; tuvo brazos que supo explotar sin que se percataran de que eran explotados, y realizó una fortuna que jamás hubiese podido adquirir por lícitos medios.

Las personas de que se había valido, tuvieron la desgracia de sucumbir cuando ya no podían servirle, de muertes repentinas, de accidentes desgraciados, llevándose consigo a la tumba el secreto de lo que había hecho.

Mariano había muerto, sin que hubiera podido sospechar que la mano que le hería verdaderamente fué la de su amigo y explotador Don Nicolás Esteller.

Si no hubiese sabido éste que el vizconde de Utrera era un gran tirador, porque le había visto esgrimir con los más afamados maestros de esgrima, no hubiese preparado el duelo que produjo la muerte de Mariano.

Si no hubiese sabido los puntos que calzaba en cuanto a triquiñuelas notariales, la soltero-

na María Morante, no habría redactado el contrato matrimonial en la forma que lo hizo y respecto a Florentino, tenía muy en cuenta lo que los médicos habían dicho referente a su estado y esperaba confiado.

Por eso no le había dicho claro, jamás a lo que ascendía la cantidad que le debía entregar y sólo le habló de dos o tres mil duros.

Aun esto sólo, ya fué suficiente para producir al mísero criado, una excitación que en vano procuraba calmarse con las medicinas que tomaba.



—Vamos, Florentino,—dijo Nicolás a su consocio — prepárate para recibir mañana tu dinero y si quieres marcharte en seguida a tu pueblo, ténlo todo dispuesto.

Todo lo tengo ya dispuesto, querido Nicolás,—repuso el criado.—¿Y qué dinero vas a darme por fin?

—Amigo mío, yo, hubiera querido que fuese más,—contestó, poniendo un rostro compungido—pero ya te he dicho que he tenido algunas contrariedades y no alcanza a lo que yo suponía.

—¡Cómo!—exclamó vivamente Florentino cuyo rostro enrojeció súbitamente y cuyo pe-

cho se agitaba convulsivamente. No me digas que serían sobre...

—Sí, hombre, sí, pero ya te explico que las pérdidas sufridas...

—¡Dios mío! —dijo Florentido con voz ahogada y trocándose en excesiva palidez el encendido color de su cara. —¿Será posible que ni los tres mil duros que yo... que yo contaba...?

—¿Qué tres mil duros dices, querido amigo? ¿Estás loco?

—¡Qué...! ¡Qué...! ¡Ni... ni eso...?

Y la agitación del desgraciado era violenta.

Llevóse entrambas manos al pecho y fijó la angustiada vista en su amigo.

—Pues ya lo creo que ni eso, —repuso éste. ¿Sabes lo que te voy a entregar...? ¿Lo sabes?

—¡Habla...! Habla Nico... Nicolás...!

—Te voy a entregar... Te voy a entregar, en buenos billetes de Banco como estos... ¡Y sacó del bolsillo un fajo de billetes de Banco! ¿Los ves? Pues te voy a entregar ¡doce mil duros...!

—¡Do... doce... doce mil...! ¡Míos...! ¡Míos...! ¡Ah...! ¡Me...! aho... go...!

—¡Doce... doce mil duros, tuyos, Florentino...! —prosiguió Nicolás, sosteniendo en sus brazos al desdichado que acababa de expirar.

La aneurisma había hecho su efecto. La impresión recibida causó la muerte del desgraciado.

Su verdugo, se aseguró de que estaba muerto y guardó los billetes otra vez diciendo:

—¡Míos! ¡Míos todos!

Y entonces empezó a llamar al ama de llaves, poco después vino el médico y después de reconocer el inanimado cuerpo dijo:

—Ya sabe usted que se lo había anunciado. El pobre hombre estaba sentenciado a muerte.

.
Diez días después el honrado Don Nicolás Esteller, daba su mano a la excelente señorita Doña María Morante y salían de Madrid para ir a pasar la luna de miel, a Niza.

XIX

Una boda que no se verifica y una muerte que no se realiza.

—¡Gracias a Dios, doctor! ¡gracias a Dios! que ha venido usted, porque este muchacho estaba impaciente y quería marcharse a la calle sin que lo hubiese usted visto.

Así decía Lorenzo, al doctor Hernández, pocos días después de haberse marchado a su viaje de bodas, Esteller y su esposa.

El vizconde iba a hacer aquel día su primera salida a la calle, y el médico de cabecera

había dicho que no saliese hasta que él no le hubiere visto.

—Ustedes me dispensarán,—dijo el médico —si he tardado un poco, pero tenía una pobre enferma, que me inspiraba algún cuidado y por fin he podido conseguir que pase al hospital de la Princesa, donde la recomendaré, porque realmente me ha interesado.

—¿Tan pobre está?—preguntó Lorenzo.

—Ya lo creo. Y se conoce que es de una familia distinguida por lo bien que se expresa. No he podido saber más, sino que la casa donde está, allá en el barrio de Pozas, pertenece a una antigua criada de su casa, vieja ya y paralítica. Se conoce, por lo que he podido comprender, que esta señorita, porque para mí, lo es, aun cuando nada me han dicho, ha querido trabajar demasiado, para ayudar a otra hija que tiene la anciana y malpagada la labor, mucho trabajo y escaso alimento y tal vez alguna otra afección moral, han conseguido que Soledad, que así se llama la joven de quien hablo...

—¡Cómo!... ¿Como ha dicho usted que se llama esa joven doctor?—preguntó Lorenzo con voz alterada.

—Soledad, así me han dicho, Soledad de Castro. Y así he puesto para la recomendación que he hecho.

—¡Es ella!... ¡Es ella!—exclamó Lorenzo.

—Anda, amigo mío, anda,—dijo el vizconde.—No te ocupes de mí. Ve a casa de Matilde, y haz lo que sea necesario por esa desgraciada.

—Pero dejarte solo...

—No te preocupes por eso,—repuso Federico.—En primer lugar que el doctor dirá si puedo salir sin peligro. Yo creo que sí porque me siento fuerte, la herida ya está cicatrizada y además voy en coche y haré que me acompañe Felipe. Conque de mí, no te cuides por ahora, ya que fácilmente hemos descubierto el paradero de la pobre Soledad.



Lorenzo, inquirió del doctor lo poco que éste sabía de Soledad, pues había sido llamado por la hija de Gertrudis cuando ya empezó a acentuarse la anemia de la víctima de la maldad de Carolina.

Vencido por las instancias de su amigo y por su propio deseo de ver a Soledad, se marchó precipitadamente en busca de Matilde.

El vizconde a su vez, entró en el coche y acompañado por su ayuda de cámara, dió orden al cochero para que le llevara a casa de Magdalena.

Esta, había enviado diariamente a saber cómo seguía el vizconde, aun cuando por el

príncipe tenía también noticia, y como Federico había sabido que Magdalena le puso como condición a Campodoglio, que no se realizase su matrimonio hasta que no estuviere curado, creyó que su primera visita debía ser para la persona que tanto se interesara por él.

Magdalena, que como ya hemos dicho, más bien se casaba con el italiano, por las repetidas súplicas de éste y por los ruegos de sus amigas Carolina, Esperanza, Angela y Maria, que por verdadero afecto, recibió con verdadera alegría la visita del vizconde.

—Vamos, amiga mía,—le dijo éste,—ahora ya que ha sido usted tan buena amiga, que ha estado haciendo esperar al pobre Campodoglio tanto tiempo, supongo que pronto me invitarán ustedes para la boda.

—Crea usted vizconde,—repuso Magdalena,—que no tengo gran prisa. A usted puedo decirselo con franqueza. No sé porqué, me parece que no he de ser feliz en este nuevo enlace.

—Campodoglio — repuso el vizconde — me parece un joven excelente. Ya sabe usted que yo también al principio estaba algo desconfiado, pero después que me informé ¿se recuerda usted que la dije mi opinión?

—Pues a pesar de todo crea usted, que no estoy todo lo satisfecha que para un acto semejante debería estar. Sobre todo, lo que

más me preocupa es el interés que Carolina especialmente ha tenido para que esa boda se efectue.

—En ese caso, si usted comprende que no ha de ser feliz creame usted, Magdalena, no se case.

—Ya es tarde, vizconde,—repuso con acento alterado la viuda.—He dado mi palabra, está todo muy adelantado y suceda lo que quiera debo casarme. ¿Qué dirían sino, todas las malas lenguas de esa sociedad en que vivimos?

—Tal vez se equivoque usted y sea muy feliz.

—¡Oh! No. Eso no. Feliz no podré ser. Y usted, amigo mío, ¿por qué no se casa? ¿No ha encontrado acaso la mujer soñada?

—Para encontrarla y perderla tal vez, crea usted que vale más no buscarla. La casualidad suele hacer más muchas veces, que los mejores cálculos.



La conversación estuvo así girando sobre distintos objetos, diciendo de pronto el vizconde:

—¿Sabe usted lo que estoy pensando, Magdalena?

—¿El qué?

—Que la «Corte del Amor» está terriblemente amenazada.

—¡Amenazada! ¿En qué sentido?

—En el de desaparecer.

—Mejor hubiese sido que no apareciera. ¿Qué bienes ha producido?

—Ninguno. Ha traído consigo males y sabe Dios los que podrá acarrear todavía.

—Y sin embargo, cuando se formó, ninguna podíamos suponer lo que sucedería.

—Tuvo ya un mal de origen, según me contó Lorenzo alguna vez. Entre ustedes había algunas señoras que...

—Si, que eran las naranjas podridas que podrían perjudicar a las sanas.

—Justamente. Carolina era una de ellas.

—Y Maria otra.

—Pero ambas han llevado el castigo que se merecían. Carolina, según me han dicho, ha visto hacerse el vacío a su alrededor.

—Pero Maria se ha casado.

—Y harto castigo tiene, dado su caracter, porque según todos los indicios, parece que Esteller no es le que todos habíamos creído.

—Pues Campodoglio lo pone por las nubes.

—Me parece que se equivoca si tal juicio le merece. Lorenzo, que vale mucho como hombre, como talento y como observador, duda mucho de él.

—Y la opinión de Lorenzo merece tenerse en cuenta.

—Y a propósito de Lorenzo,—dijo de pronto el vizconde,—estamos hablando de él y no he dado a usted una noticia que la ha de sorprender agradablemente.

—¿Qué es?

—Que ya hemos encontrado a Soledad.

—¿Qué dice usted? ¡Oh! amigo mío, que noticia más agradable me da usted. ¿Y cómo, cómo ha sido eso? ¿Dónde está? ¿Qué ha sido de ella?

El vizconde refirió a Magdalena todo lo que el médico le había dicho y como Lorenzo había ido en busca de Matilde para ocuparse en mejorar la situación de la joven.

Magdalena tuvo una verdadera satisfacción y tan luego se marchó de su casa Federico, se fué ella a la de Matilde para saber si había visto ya a Soledad.

※

※ ※

Ocho días después de estos sucesos, la alta sociedad madrileña estaba reunida en el precioso hotel de la vizcondesa de Solares en cuya capilla debía celebrarse el matrimonio de ésta con el príncipe de Monte Santo.

El vizconde de Utrera y Ricardo, habían ido a casa de Lorenzo para reunirse los tres y dirigirse al hotel de la vizcondesa de Solares.

Disponiéndose estaban para salir, cuando el criado de Lorenzo, anunció la llegada del agregado de la embajada italiana señor Carlos Albertini.

—¡Vaya un momento de venir a visitarme!
—dijo Lorenzo.

—Ya le diremos donde vamos —repuso Ricardo.

Entró el italiano, y después de los primeros saludos, dijo a Lorenzo:

—Usted me dispensará y estos señores también por esta visita algo intempestiva, pero ya que yo fui quién dió a usted ciertos informes que me pidió respecto al príncipe de Monte Santo, me he apresurado a venir ahora, para si es posible disipar mi error.

—¡Qué dice usted! —exclamaron los tres amigos.

—Sí señores. El príncipe que aquí se ha presentado no es más que un estafador miserable que hace un año anda recorriendo cortes, aprovechándose de que el verdadero príncipe, de quien este tunante era ayuda de cámara, estaba viajando por la India, haciéndose pasar por su amo. Esta mañana se ha recibido en la em-

bajada un telegrama de Florencia para que se proceda a su detención y creo que en estos momentos ya se le habrá detenido, tal vez cuando se iba a casar pues creo que hoy lo iba a hacer.

Puede comprenderse perfectamente el efecto que semejante noticia, causó en los tres amigos.

Inmediatamente, acompañados por el italiano se dirigieron al hotel de Magdalena.

La mayor consternación reinaba en él.

Cuando todo estaba dispuesto para la celebración de la ceremonia, presentóse un comisario de policía, acompañado de otro italiano que había llegado aquella misma mañana, procediendo a la prisión del señor Gaetano Ursivo, como usurpador de estado civil y autor de grau número de estafas y robos en distintos países.

El escándalo fué terrible.

Magdalena cayó desmayada viéndose sus amigos obligados a conducirla a sus habitaciones, mientras el falso príncipe era conducido a la cárcel entre los agentes de policía.

—Esto ya lo esperaba yo, —dijo Carolina a sus compañeras mientras estaban haciendo volver en sí a la vizcondesa.

—¿Sabías algo y no lo has dicho?—la preguntó Esperanza.

—Siendo amigo íntimo de Mariano,—repuso la malvada viuda, ya me figuraba lo que podía ser.

—Vale más que te marches de aquí, Carolina,—la dijo Matilde—porque ahora acabo de convencerme de que eres indigna de alternar con nosotras.

EPÍLOGO

El último escándalo ocurrido en el hotel de la vizcondesa. acabó de desconceptuar aquella «Corte del Amor» que por algún tiempo tanto llamó la atención en Madrid.

Soledad, que había sido ya conducida al hospital de la Princesa, recibió las visitas de Matilde, Esperanza, Magdalena y Angela, y cuando estuvo en disposición de ser trasladada sin peligro, fué a casa de Matilde.

La marquesa de Monteblanco cerró en absoluto sus salones y abandonó Madrid para irse a residir en Calatayud.

Ricardo se casó con Esperanza y se fué a establecerse en su país.

Cuando Soledad se hubo restablecido del todo, Lorenzo que siempre la había mirado con gran predilección, la pidió su mano y una vez

casado fué destinado como jefe de ingenieros a la provincia de Barcelona.

Magdalena estuvo enferma durante algún tiempo, efecto del grave disgusto que sufriera, y convalesciente de su enfermedad, el vicconde de Utrera la dijo que, pues la casualidad había hecho que se descubriera a tiempo la impostura del príncipe italiano y ella quedase libre, si quería ser su esposa, y marcharse a residir en Utrera al lado de su madre.

La viuda no supo decir que no, pues tiempo hacía que el andalúz se había hecho dueño de su corazón y sin ostentación ni ruido alguno, se verificó la boda y los nuevos esposos marcharon a ocultar su felicidad en Utrera.

La vida que llevó Carolina ni pudo ser más accidentada ni más desastrosa. Era la que merecía.

Lo mismo le sucedió a Maria Morante.

Pasado el primer mes en Niza, Esteller la demostró que la famosa cláusula del contrato matrimonial, le daba facultades para disponer como quisiera de los bienes de su mujer y en consecuencia, quedó burlada aquella independencia que quiso conservar.

Y sufrió más.

Esteller dueño de aquella fortuna, se entregó a toda clase de desmanes, y Maria hubo de presenciar como su dinero se distribuía

entre amantes y diversiones, mientras ella quedaba abandonada y despreciada.

También tuvo el castigo que merecía.

Matilde, volvió a su existencia retirada, pasando algunas temporadas bien al lado de Esperanza y de su esposo, o bien en las residencias de Magdalena y de Soledad.

FIN

Acaban de publicarse las siguientes obras:

«MALDITOS SEAN LOS CELOS.»

«POR SEGUIR A UNA MUJER.»

«EL ALMA EN UN BESO.»

